

una novela de

CHRISTIAN MARTINS

¿Tú?



¡Tú?

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN DICIEMBRE 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

¡Comenzamos la temporada de novelas navideñas!

Espero que estas historias consigan despertar vuestro espíritu más tierno y navideño.

Con cariño, para mis chicas Martins,

Christian

“La felicidad es un regalo que debemos disfrutar cuando llega.”

Charles Dickens

¡Feliz, feliz Navidad, la que hace que nos acordemos de las ilusiones de nuestra infancia, le recuerde al abuelo las alegrías de su juventud, y le transporte al viajero a su chimenea y a su dulce hogar!”

Charles Dickens

Volar en avión es algo que siempre me ha desagradado muchísimo. En realidad, lo odio. No tengo un pánico atroz, pero soy incapaz de dormir tranquila varias noches antes de viajar. Quizás, por esa misma razón, estoy luchando con mis párpados para que no caigan rendidos. No me gustaría despertarme con una sirena de emergencia y la voz de la guapa azafata indicándonos que cojamos las mascarillas y nos preparemos para un aterrizaje de emergencia. No, creo que no.

Pero las casi trece horas de vuelo hasta Fairbanks se me están haciendo muy duras y Buster no colabora lo más mínimo. Le miro discretamente y le veo leyendo el periódico en la Tablet. Está tan serio y tan distante que últimamente empiezo a pensar que algo va mal entre nosotros. No lo sé. Después de casi diez años de relación es normal tener algún que otro altibajo, pero me da la sensación de que esta vez está durando más de lo normal.

—¿Te apetece ver una película conmigo? —pregunto, acariciándole el antebrazo suavemente.

Él se retira, como si el repentino contacto entre nosotros lo hubiera electrizado, y me responde un escueto “no” sin siquiera mirarme.

Resoplo, hundiéndome en mi asiento mientras me repito a mí misma que todo está en mi cabeza y que en realidad estamos bien. Está leyendo y no quiere que le interrumpa, nada más. ¿Por qué diablos me empeñaré siempre en buscarle un quinto pie al gato?

Decido sacar los cascos y ponerme una película en la pantalla del asiento. No hay mucha variedad, pero finalmente me decanto por una comedia romántica que ya tenía vista de antes y que es bastante entretenida. Jennifer Aniston aparece en la pantalla pintándose las uñas de los pies y eso me hace recordar que mi manicura actual es un auténtico desastre. Me miro las uñas de las manos; están feas, cortas y repletas de padrastrós. Nada más regresar a Nueva York me pasaré por el centro de belleza para un pequeño retoque. Y puede que, además, también me haga algo en el pelo. Hace bastante que no cambio de estilo y empiezo a estar aburrída de este castaño tan apagado.

Pero mis pensamientos no llegan mucho más lejos y mi atención no aguanta a la segunda escena de la película antes de quedarme plácidamente dormida.

Tal y como esperaba, unas cuantas horas más tarde me despierto sobresaltada con la voz de la azafata de fondo. Al principio imagino que mi peor pesadilla se está haciendo realidad, pero después comprendo que solamente está anunciando que el aterrizaje está próximo. Sobre mi cabeza ya se ha encendido el botón que indica que hay que abrocharse los cinturones, pero yo procuro llevarlo abrochado siempre que estoy sentada y quitármelo únicamente cuando me levanto para ir al aseo o estirar las piernas. Solamente por precaución.

Aún adormecida, me giro hacia Buster con una sonrisa y me doy cuenta de que está dándome la espalda y hablando con la pasajera que tiene a su lado.

—¿Cariño? —murmuro, tocándole la espalda para llamar su atención.

Él suelta una risotada encantadora antes de mirarme.

—Vaya... Ya te has despertado —me dice con cierto tono de reproche, abrochándose el cinturón.

—Sí, pero podías haberlo hecho tú si estabas aburrído.

Pone los ojos en blanco y me dedica una sonrisa fugaz.

—No te preocupes, Scarlett me ha hecho compañía mientras tu babeabas el reposacabezas.

Me río, porque supongo que eso ha debido de ser una broma —¡yo no babeo mientras duermo! — y le esquivo ligeramente para ver a la tal “Scarlett”. Rubia platino, ojos azules, guapísima. Una oleada de celos me recorre de pies a cabeza, pero respiro profundamente y me digo a mí misma que después de tantísimos años de relación es absurdo que me sienta de este modo.

—Bien... Me alegro —refunfuño sin querer, incapaz de ocultar lo mucho que me desagrada en mi tono de voz.

El avión pega una fuerte sacudida y el descenso se acentúa aún más.

Buster se da la vuelta para decirle algo a ella, pero yo no consigo escuchar de qué diablos hablan. De repente, me siento marginada y fuera de lugar; como si yo fuera la tercera pasajera sin acompañante.

Cuando por fin ponemos los pies en tierra firme me siento agradecida y aliviada por partes iguales. La tal Scarlett desaparece de nuestro campo de visión con rapidez porque, a diferencia de nosotros, ella no ha facturado ninguna maleta y no tiene que esperar en la cinta.

—¿Preparado para morir de frío? —bromeo, propinándole un pequeño codazo juguetón a Buster.

Él me devuelve la sonrisa, saca la maleta de la cinta y rodea con su brazo mi cintura antes de echar a caminar hacia “llegadas”.

—Tendré que estarlo —asegura, de muy buen humor.

Y en ese instante, vuelvo a repetirme a mí misma que soy una idiota con celos absurdos y paranoias sin sentido. O Buster es bipolar, o yo empiezo a ver cosas donde no las hay.

Rodeo su cintura, estrechándome a él, y caminamos a paso ligero hasta la salida. Aún no hemos cruzado la puerta cuando veo a mi hermana, Ginnifer, a su novio Neo y a mis padres al otro lado, esperándonos con los brazos abiertos y unas sonrisas de oreja a oreja.

—¡Abey! —grita Ginny nada más verme.

Ginny es mi hermana pequeña.

Nos llevamos algo más de cinco años, pero ahora que ambas somos unas mujeres hechas y derechas prácticamente nadie consigue encontrar ninguna diferencia entre nosotras. Somos dos calcomanías y si no fuera por los años que nos llevamos cualquiera pensaría que somos gemelas. Nos fundimos en un profundo abrazo mientras Buster y Neo se saludan golpeándose en el hombro. Después saludo a mamá, que está tan radiante como siempre, a papá y por último a Neo. Van abrigados de pies a cabeza, así que supongo que septiembre ha entrado con mucha fuerza en Fairbanks, mi hogar de la infancia.

Hace doce años que no vivo aquí, pero cada vez que vuelvo siento que vuelvo a ser una niña. El frío de Alaska siempre ha formado parte de mi vida, aunque he de admitir que no lo echo para nada de menos. Vivir en la gran ciudad tiene muchas ventajas y comodidades que no cambiaría ni por todo el oro del mundo.

Nos subimos al coche apretados. En realidad, la ranchera de mi padre solamente está preparada para cinco pasajeros, pero conseguimos apañárnoslas para caber los seis. Buster tuerce el gesto de mala gana cuando yo me ofrezco a ir sobre él para dejar sitio a los demás.

—Has engordado un poco últimamente, ¿no? —bromea, pinchándome, y yo me acomodo mejor para ocupar más espacio y molestarle lo máximo posible.

De camino a casa, nieva. Es septiembre, y mientras que en Nueva York aún nos estamos despidiendo del verano, en Fairbanks los meses de temperaturas altas ya han quedado atrás hasta

el próximo año. El cartel parpadeante de una farmacia que pasamos de largo me indica que, en el exterior, hay 1°C. Solamente con pensarlo me muero de frío, así que me aprieto con más fuerza la chaqueta y me acurruco en el hombro de Buster.

Mamá y papá aprovechan el trayecto para ponernos al día de las últimas novedades. Como, por ejemplo, que la vaca del vecino que siempre pastaba en nuestro jardín ha fallecido. O que han cambiado de sofá y ahora, en vez de tener uno verde, han comprado uno granate. Según ellos, el salón parece otro totalmente diferente. Sí, esas son las novedades más interesantes en la jubilada y tranquila vida de mis padres.

Apoiada contra el hombro de Buster, veo de reojo a Ginny y a Neo haciéndose arrumados, caricias, y besándose como dos tortolitos que se acaban de conocer. Se ríen tontamente, dándose un besito de esquimal y susurrándose ñoñerías al oído. “Ya veremos si dentro de diez años les siguen quedando ganas para esas ñoñerías”, me digo a mí misma, recordándome que no debo sentir celos de lo que ellos tienen. Buster y yo estamos en una etapa muy diferente de nuestra relación; una etapa mucho mejor. Ya nos conocemos bien, llevamos tiempo viviendo juntos y lo nuestro es firme, seguro y consolidado. Supongo que esa chispa de los primeros días se extinguió con el paso del tiempo, pero es algo completamente normal. Lo que tenemos ahora es mejor; es respeto, cariño, amor y seguridad.

Papá aparca la ranchera en la entrada de la casa y yo agradezco poder salir al exterior para estirar las piernas. Buster suelta un resoplido indicando que él también se siente aliviado.

—Cariño, ¿no deberías ponerte a dieta antes de que lleguen las navidades?

Le fulmino con la mirada mientras Ginny se ríe como una loca.

—¡Di que no, hermanita, estás estupenda! —exclama con diversión.

—Yo también te veo estupenda, Abey —me dice Neo con amabilidad.

Le dedico una sonrisa de agradecimiento mientras mi hermana se enrosca en sus brazos.

—¡Ohh! Eres un amor, ¿lo sabías? —le pregunta, ronroneándole alguna guarrería a la oreja.

Neo se ríe, colorado y supongo que rezando internamente porque el resto de los presentes no hayamos escuchado a Ginny.

Papá abre la puerta y nos pega un grito para que nos apresuremos a pasar al interior. Según él, “se escapa el gato”. Así que sin demorarme, dejo que Buster cargue con las maletas y me adentro entre las maravillosas paredes en las que pasé mi infancia felizmente.

Hogar, dulce hogar.

Por mucho que adore la ciudad, tengo que admitir que el olor a chocolate que siempre impregna esta casa me resulta exquisito, relajante y terapéutico. Si algo nunca cambia, es que en la cocina de mamá los fogones siempre están encendidos y en pleno funcionamiento. Si no es chocolate, es un té, y si no está preparando uno de sus deliciosos estofados y guisos. Nada como la comida casera, ¿verdad?

Buster, que está frente a mí, deja la maleta sobre la cama y empieza a sacar su contenido para guardarlo en mi armario de la infancia. Aún tiene alguna desgastada fotografía de los Backstreet Boys pegada en la puerta derecha que me trae muy buenos recuerdos.

—¿Por qué no dejas eso para luego, cielo? —pregunto, acercándome a él por la espalda para besarle en el cuello—. No hay prisa.

Él sacude la cabeza, apartándose con suavidad.

—Cariño, no te pongas tontita, anda...

Le dedico una sonrisa de niña mala. Uno de esos gestos traviosos que sé que tanto le gustan.

—¿Y por qué no? —replico—, mis padres están abajo y nadie nos está esperando...

Buster me aparta suavemente, me sonrío y niega con la cabeza.

—No tienes remedio —asegura, cogiendo otro jersey de la maleta—. Además, ya sabes que no me gusta hacerlo... aquí. En esta casa.

Resoplo, rendida, y me dejo caer sobre la cama con cara de fastidio.

—¿Qué le pasa a mi casa? —inquiero con la mirada clavada en el techo.

—Esta no es tu casa... Es la casa de tus padres —me corrige—. Y eso me corta el rollo.

Resignándome a la situación, decido levantarme y ayudarle a sacar la ropa de la maleta. Buster es un poco rarito para estas cosas, así que lo mejor será no insistir para que no se ponga de mal humor.

Cuando estamos terminando con la tarea, la risa feliz de mi hermana pequeña me llega desde el pasillo y siento una oleada de celos que no puedo controlar. Sí, me alegro por ella y sé que esa felicidad no durará para siempre —o al menos no de esa manera—, pero no puedo evitar sentir añoranza por lo que Buster y yo un día tuvimos. Es decir... Antes ambos éramos más pasionales, más cariñosos y fugaces y muchísimo más atentos el uno con el otro.

—¿Bajamos?

—Claro —respondo, colocándome las zapatillas de casa en los pies.

Otra de las manías de Buster; yo odio las zapatillas de casa —por eso siempre he usado calcetines gorditos— y él odia que la gente no las use. Al final, él ha terminado ganando la partida y yo cedo, porque odio con toda mi alma las discusiones absurdas que se pueden evitar.

Mientras bajamos las escaleras percibo el aroma del estofado de ternera de mi madre. Me encanta; lo prepara con unas patatitas pequeñas y redondas que le dan un toque exquisito al plato. Ginny está ayudando a mi madre a poner la mesa y Neo y papá, mientras tanto, ven el fútbol en la televisión. Buster se sienta en la butaca vacía y saca el teléfono para trabajar mientras las chicas cuchicheamos y terminamos la tarea en complicidad.

—Qué raro que no le guste el fútbol... —me dice mi hermana con una risita—. Nunca me acostumbraré.

—Bus es así —le digo, cogiendo la fuente de ensalada—, ya le conoces. No le gustan los deportes.

—¿Y qué tal os va todo, cariño? —pregunta mamá, sacando el bizcocho del horno.

Me apoyo contra la pared pensativa y asiento.

—Supongo que como siempre... Sin novedades —aseguro con una sonrisa, convenciéndome a mí misma de que todo sigue “como siempre”.

—¿Sin novedades?

—Ajá. Nosotros ni siquiera hemos cambiado de sofá —bromeo.

Ginny suelta una risita por mi broma, antes de apoyarse junto a mí.

—Nosotros vamos a irnos a vivir juntos —me cuenta con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿De verdad?

—De verdad —me dice, emocionadísima—, en enero nos darán la casa.

Me quedo muda al escucharla y le lanzo una mirada a mamá. Su gesto tranquilo me indica que ella ya conocía esta noticia.

—¿Cómo que os dan la casa? —repito, sin comprender—. ¿Es que vais a compraros una casa juntos sin antes probar... qué tal es la convivencia?

Mamá me da una palmadita en la espalda.

—Les irá bien, cariño —asegura ella sin ningún atisbo de preocupación—, se nota que se quieren mucho.

Estoy a punto de añadir que me parece una verdadera locura, pero al final decido callarme. Ginny y yo nos vemos solamente un par de veces al año y no me gustaría desilusionarla.

—Claro —aseguro, dándole la razón a mi madre—. ¿Nos sentamos a comer? —grito, para que los chicos también puedan escucharme.

Dos minutos después, todos estamos en la mesa devorando la cena en silencio. Está deliciosa y, no sé los demás, pero yo al menos, después de un viaje tan largo, estoy muerta de hambre. Papá y Neo siguen hablando de fútbol, Ginny y mamá comentan la próxima reunión del club de lectura a la que acuden juntas y, mientras, Buster y yo cenamos en silencio sin levantar la mirada del plato. A veces tengo la sensación de que estamos un poco fuera de lugar porque, a fin de cuentas, nos vemos de pascuas en ramos y no formamos parte del día a día de mi familia. Creo que en estas reuniones familiares es cuando más consciente soy de lo mucho que extraño el tenerlos cerca.

—Abey, la tía Isy me dijo el otro día que te pasases por su casa a verla antes de marcharte de vuelta a Nueva York —me dice mamá—, y me pregunto si este año vendrías de nuevo por navidades.

—Pues... —murmuro, pensativa, lanzándole una mirada cómplice a Buster para ver si se posiciona él—, aún no lo hemos hablado.

En realidad, sí está hablado.

Buster no quiere ni oír hablar de pasar las navidades en Fairbanks. Tengo que admitir que pasar las fiestas a menos treinta grados centígrados no es, precisamente, lo más agradable del mundo. Pero es mi familia y, por mucho que le pese, este es mi hogar. No sé si este año lograré convencerle

—Este año vamos a celebrar las fiestas en casa de la tía Isy —me explica Ginnifer—. La pobre está ya muy mayor y no sabemos cuánto tiempo aguantará... Deberías ir a verla sin falta.

Asiento rotundamente.

—Claro —aseguro—, mañana mismo iremos a verla.

Y aunque Buster no parece muy contento —no le gusta mi tía Isy ni su ejército de gatos

asilvestrados—, también asiente.

—Oye... Ginny... ¿Nosotros no tenemos algo que contar? —pregunta Neo, guiñándole un ojo a mi hermana.

Supongo que se referirá al asunto de haber comprado una casa, aunque creo que a estas alturas ya debemos de saberlo todos los presentes. Miro a mi hermana con curiosidad para ver si estoy en lo cierto, pero me sorprende al comprobar que se ha sonrojado. Está roja como un tomate y se ríe con nerviosismo.

—No estarás embarazada, ¿no? —pregunto, a punto de atragantarme con el pudding de mamá.

—No, no... No es eso —responde con una risita nerviosa antes de levantar su mano izquierda y mostrarnos un enorme pedrusco—, es que... ¡Nos casamos!

Mamá salta de la silla y sale disparada a abrazarla. Papá tarda un poco más en reaccionar, pero al final hace lo mismo. Buster, que asimila la noticia antes que yo, se acerca a Neo para darle la enhorabuena mientras yo aún continúo sentada donde estaba, haciéndome a la idea de que mi hermana pequeña se va a... casar.

—¿Abey?

La miro y sonrío, levantándome para acercarme a ella. Mamá ha empezado a llorar y papá se aleja para felicitar con un buen estrechón de manos a Neo.

—Me alegro muchísimo, Ginny —aseguro, y aunque me esfuerzo porque mi voz suene sincera, no lo consigo.

Tengo un maldito nudo en la garganta que no consigo tragar.

Diez minutos después, la euforia principal ha quedado atrás y todos volvemos a nuestros respectivos sitios. Neo explica con detalle la romántica escena en la que le pidió matrimonio y todos escuchamos con atención como el camarero destapó el postre en el que, en lugar de un coulant de chocolate, se encontraba la cajita abierta con el brillante pedrusco.

—Casi me desmayo al verlo, mamá —explica Ginny, radiante de felicidad y roja como un tomate.

Yo escucho todo de fondo, pero en realidad, internamente, solamente me pregunto: ¿de verdad mi hermana pequeña va a casarse antes que yo o esto es un sueño? ¡Dios Santo! ¡Si prácticamente ni se conocen!

—Espero que los próximos seáis vosotros, ¿eh? —suelta Neo, propinándole un codazo amistoso a Buster.

—Por ahora no entra en nuestros planes —se ríe, saliendo del paso—, creo que ni Abey ni yo somos de ceremonias, ¿verdad?

Estoy blanca.

Ahora mismo solamente pienso, “tierra, trágame”.

¿Cómo puede decir eso después de diez años de relación? En realidad, siempre creí que a estas alturas ya estaríamos casados. Pero cada vez que le saco el tema a Buster siempre me tiene alguna excusa absurda con la que posponer la conversación: “para una boda se necesita dinero, y no lo tenemos”, “¿no es mejor pensar en comprar un piso?”, “¿por qué no hablamos de casarnos en otro momento más oportuno? Ahora estamos cenando”, etc.

—Sí, claro... —consigo murmurar.

Me retiro la servilleta y, esforzándome mucho por dibujar una sonrisa, anuncio que me retiro a la habitación.

—Creo que la cena no me ha sentado bien... —les digo, pero al ver la cara de preocupación que pone mi madre al escuchar eso sobre su guiso, decido rectificar—, o quizás sea el cansancio

del viaje.... No lo sé.

—¿Quieres que suba contigo? —me dice Buster, aunque sigue sentado en su silla y ni siquiera hace amago de levantarse.

—No, tranquilo, estaré bien.

Cuando me encierro, a solas, en mi habitación, vuelvo a sentirme esa adolescente desprotegida. Me echo a llorar observando la misma pared que vi durante las largas noches de mi infancia mientras vuelvo a sentir los mismos celos que tenía entonces hacia Ginny. Ella siempre era la pequeña y la mejor. La mejor bailarina, la mejor cantante, la más graciosa, la más alegre, la más cariñosa... Y aunque todos esos celos infantiles hacía años que quedaron atrás, hoy es imposible no recordarlos. Diez años. Diez años pensando que yo sería la primera en casarme, en comprar una casa bonita y en formar una familia. Pero supongo que en eso también será pionera Ginnifer, claro.

Al final, me quedo dormida por puro agotamiento. A las cuatro de la mañana, cuando abro los ojos, me doy cuenta de que Buster ha regresado a la cama. No sé cuándo, porque ni siquiera se ha molestado en despertarme para darme un beso y preguntarme qué tal estoy —y si lo ha hecho, no soy capaz de recordarlo—. Me revuelvo entre las sábanas y observo su cabello castaño en la almohada y su pecho subiendo y bajando por la profunda respiración. Supongo que si no ha venido antes es porque sabe perfectamente que tenemos una conversación pendiente y que esta vez no podrá escaquearse de ella. “¿Piensas casarte conmigo alguna vez? ¿Sí o no?” me pregunto mentalmente, mirándole, mientras ensaño cómo comenzará el caos mañana. Después saldrá el tema de las navidades y seguramente deje caer lo de que mi tía Isy está muy mayor para hacer entrar en razón, pero no servirá de nada porque él tendrá su posición muy clara y no conseguiré que dé su brazo a torcer. Una parte de mí desea dejar estar todos esos temas por no complicar las cosas y evitar una discusión absurda que sé de antemano cómo terminará. Pero otra parte de mí está cansada y no quiere seguir siendo la tonta de turno.

Al final, vuelvo a dormirme. Esta vez caigo rendida en un plácido sueño y no vuelvo a abrir los párpados hasta las nueve de la mañana, cuando el olor a chocolate caliente de mamá consigue filtrarse desde la cocina hasta mi habitación. A mi lado, Buster continúa durmiendo. Me pregunto si debería despertarle o no, pero la verdad es que estoy lo suficiente enfadada con él como para querer perderle rápido de mi vista.

Me abrigo con la bata de lana que la tía abuela me tejió hace ya muchos años y me pongo los calcetines gorditos de andar por casa. Estoy metiendo los pies en las zapatillas cuando Buster suelta un ronquido y decido, en ese momento, que hoy me apetece pasar de las dichosas zapatillas por una vez.

Cuando bajo a desayunar, la única que está despierta es mamá. Me da los buenos días y me cuenta que ayer se les hizo bastante tarde hablando de los preparativos de la boda de Ginny, así que se marcharon a dormir casi a las tres de la madrugada.

—No espero que ninguno de ellos aparezca por la cocina hasta pasadas las diez —me dice, guiñándome un ojo—. Pero mejor, así tenemos un rato para estar a solas.

Le dedico una sonrisa inmensa mientras ella pone un tazón de chocolate y unos churros caseros con extra de azúcar frente a mí. Me abalanzo a por el primero recordando aquellas mañanas de invierno —en Fairbanks casi siempre es invierno— en las que Ginny y yo nos peleábamos por ellos. Era una especie de competición. Los devorábamos, cada cual más rápido, para que no se enfriasen y para que la otra hermana gulosa no se los comiera todos antes de tiempo.

Mi madre se sienta en la mesa con otro tazón de chocolate humeante entre sus manos y me observa con añoranza. Algo me dice en mi interior que ella también se ha despertado nostálgica.

—Le he dicho a Ginny que diciembre podría ser una buena fecha para la ceremonia.

Pestaño, incrédula, cuando la escucho decir eso.

No hablará en serio, ¿verdad? ¡Solamente faltan unos meses para navidades!

—¿Quieres que mi hermana se case en Navidad?

No es que me parezca mal y cada uno es libre de hacer lo que le dé la gana, pero..., ¿no sería mejor un enlace primaveral?

—¿No te parece buena idea? —me pregunta antes de darle un sorbo a su tazón.

—Pues, creo que sería mejor en julio o agosto, cuando las temperaturas suban un poco más —me explico—. No me gustaría tener que asistir a la boda de mi hermana como un esquimal.

Mi madre suelta una risotada.

—¿Eso parecemos en Fairbanks? ¿Esquimales?

Me abstengo de decir que sí y ella continúa.

—La verdad es que dudo mucho que la tía Isy aguante hasta julio o agosto del año que viene... En realidad, será un milagro si la tenemos estas fiestas con nosotros.

Trago saliva al escuchar eso.

La tía Isy es, a parte de nuestra tía, nuestra madrina. Después de nuestros padres, es el familiar al que más unidas hemos estado mi hermana y yo. Todo el mundo decía que estaba loca de remate, pero he de admitir que nosotras nos divertíamos mucho con sus locuras y sus gatos. Aún recuerdo cuando cogimos a Silber y lo disfrazamos de fantasma en Halloween...

—Esta tarde iré a visitarla —murmuro, cambiando de tema.

—Lo agradeceré mucho. Sabes que te quiere con locura y que te echa mucho de menos.

Lo sé, sí.

Me bebo mi chocolate a sorbos en silencio, disfrutando de la compañía de mamá y de la paz matutina que se respira en casa mientras un sinfín de pensamientos acuden a mi mente. Hoy me he despertado mucho más nostálgica de lo que imaginaba y no puedo evitar preguntarme cuánto me estaré perdiendo viviendo fuera de Fairbanks. ¿Llegará el día en el que me arrepienta de haberme marchado a la gran manzana? ¿En algún momento extrañaré noches heladas de Fairbanks? No, creo que no. Creo que mi calidad de vida ha mejorado y que en este pueblucho me hubiera terminado quedando atascada.

Poco después, Buster baja a desayunar y nosotras dejamos de lado el tema de la boda. Me da un beso en la frente antes de sentarse junto a mí y me pregunta qué tal me encuentro.

—Mucho mejor —aseguro sin ganas, todavía refunfuñada con él—. Voy a ducharme... Me gustaría que después de desayunar fuéramos a visitar a la tía Isy.

Veo la poca gracia que le hace y estoy convencida de que si mi madre no estuviera delante hubiera protestado y me hubiese pedido dejarlo para más tarde. Pero como mi madre está presente, sonrío y asiente.

—Genial, ve vistiéndote y ahora subo yo.

La tía Isy tiene cáncer.

Lo lleva arrastrando muchos años y el maldito de él nunca termina de marcharse por muchas pruebas y tratamientos a los que se someta. Hace tiempo que la pobrecita vive con una bolsa que le sale del estómago y que tiene que cuidar al máximo su alimentación, aunque dudo mucho que siga a raja tabla las instrucciones que el médico le encomienda —nunca las ha seguido—.

Recuerdo la primera vez que le detectaron el cáncer. Ginnifer y yo solamente éramos unas niñas cuando la tía nos explicó que tenía un parásito malo en su interior y que tenía que pasar un tiempo en el hospital para que se lo quitaran. Después llegaron las operaciones y la quimio, y aunque durante unos años el malvado parásito parecía haberse extinguido para siempre, regresó. Siempre regresaba. Según los médicos, la tía Isy debería haber fallecido hace ya bastante tiempo, pero ella es una luchadora y, al parecer, tiene un plan bastante diferente al que estipula la ciencia para ella.

La última vez que vi a la tía Isy estaba llena de vida y parecía estar totalmente sana —aunque en el fondo yo sabía que la imagen que proyectaba no era cierta—, y quizás por esa razón el impacto que recibo esta vez ha sido mucho mayor. Cuando abre la puerta, me encuentro a una mujer de la edad de mi madre que está consumida en vida. Camina con una muleta, con su ejército de gatos enroscándose a cada paso por sus piernas, unas profundas ojeras que la dotan del aspecto similar al de un cadáver y el cabello, que antes siempre llevaba teñido y peinado en un perfecto tono oscuro, está repleto de canas blancas.

—Hola, tía Isy... —saludo sin voz, procurando contener las lágrimas que amenazan con salir a la luz.

Pero sé que no es momento para echarme a llorar y derrumbarme.

—Mi niña Abey... —me dice ella, sonriéndome de oreja a oreja antes de fundirse conmigo en un profundo abrazo.

Y por fin la reconozco.

Quizás no lo haya reconocido en su aspecto, pero su sonrisa y su voz cariñosa siguen siendo las mismas de siempre. Y huele tan bien como siempre; a flores silvestres.

Pasamos al interior de su casa y Buster se sienta en el sofá mientras que yo la ayudo a llevar al salón unas pastas y un poco de té. Está débil y casi no tiene fuerzas ni para moverse, pero sé que se está esforzando por aparentar que todo va bien. La diferencia es que esta vez ese maldito parásito está siendo mucho más fuerte que ella.

Mientras tomamos el té, la tía Isy me pide que le hable de mi vida en Nueva York. Ella no dice nada, simplemente guarda silencio, escuchándome, y asiente de vez en cuando con la cabeza mientras le explico lo bien que me va en el trabajo y lo bonita que se pone la ciudad en estas fechas. Algo me dice que intenta reservar las fuerzas que le quedan y que por eso no está tan parlanchina como de costumbre, y eso me rompe el corazón. La tía Isy siempre ha sido muy charlatana y divertida. No recuerdo una sola vez en la que no tuviera una historia que contarle al mundo.

Mientras yo le pongo al día de los últimos acontecimientos de mi vida, Buster se mantiene callado y al margen, respetando la conversación y nuestro momento. Estoy a punto de contarle que

Ginny va a casarse, pero decido guardar en secreto la noticia por si a mi hermana le hace ilusión ser ella quien la comunique.

—¿Vendrás en Navidad? —me pregunta, dibujando esa tierna sonrisa que siempre la ha caracterizado.

Intento recordar a la tía Isy seria, pero no soy capaz. Ni siquiera cuando falleció el abuelo la vi llorar en el funeral, no. Ella sonreía y cuando alguien le daba el pésame respondía que su padre había vivido muchos años y muy feliz, y lo remataba añadiendo que al final había partido en paz. De niña, siempre me gustó la forma que la tía Isy tenía de enfocar la vida y las situaciones.

—Aún no lo hemos decidido, tía...

—Bueno, creo que deberíamos ir marchándonos, cariño —me dice Buster, revisando el reloj de su muñeca—. Recuerda que hemos quedado con tu hermana y Neo para comer.

Estoy a punto de protestar, pero cuando compruebo la hora me doy cuenta de que se nos ha hecho muy tarde y que tiene razón. Nos despedimos de la tía Isy y, con el corazón en un puño, salimos de su casa.

Estamos en el coche de camino al restaurante y soy incapaz de borrar su imagen de mi cabeza. La verdad es que creo que mamá tiene razón; si la tía Isy aguanta hasta las fechas festivas, será un milagro.

Observo a Buster, que está a mi lado conduciendo en silencio la ranchera de papá. Sé que tenemos una conversación pendiente y no sé cuándo sacarla a flote, así que decido que este momento es tan bueno como cualquier otra.

—¿Te quieres casar?

Así, sin anestesia, directa al grano y sin andarme con preámbulos. Llevamos casi diez años juntos y estaba convencida de que a estas alturas nuestro compromiso sería mayor.

Buster sonrío de esa forma irónica que me desquicia. Cuando pone ese gesto, es por que se cree más listo que yo.

—¿Qué? —pregunto, sin saber qué puede estar pensando.

—Que ya sabía yo que tarde o temprano saldrías con esas, Abey... —me dice, sin dejar de sonreír—. Eres demasiado predecible.

Suspiro hondo, armándome de paciencia.

Cuando se pone en plan “sabelotodo” no hay quien le soporte.

—¡Vaya! ¡Siento decepcionarte!

—En realidad, no me has decepcionado... Me lo esperaba, ya te lo he dicho.

Aprieto los puños con rabia, sopesando si quizás debería atizarle en la cara para borrarle esa maldita sonrisa.

—Muy bien, pero sigues sin contestarme —le digo, evitando que la conversación tome el rumbo que él desea.

No quiero que esto derive en una absurda discusión sobre lo predecible que soy yo y lo listo que es él.

—Si todo es porque tu hermana se va a casar con ese tío al que acaba de conocer, podemos ahorrarnos la discusión.

—No, todo esto es porque llevamos casi diez años juntos y no tengo ni idea de cuáles son tus intenciones —repito, muy serena, esforzándome por no parecer una desequilibrada mental y mantener la compostura.

Sé discutir sin perder los estribos, desde luego.

—Si me quiero casar o no es la intención que menos debería de preocuparte —me dice Buster,

muy concentrado en la carretera y con la voz muy tranquila—. ¿Quieres que te cuente lo que le pasará a tu hermana con ese novio suyo? —pregunta, y aunque estoy a punto de responder que no, él continúa—, pues te lo diré. Se irán a vivir juntos sin siquiera conocerse, justo después de casarse, y se darán cuenta de que son dos auténticos desconocidos. Como son unos descerebrados y quieren que “triunfe el amor” sin pensar en las consecuencias, empeorarán todo teniendo un bebé antes de tiempo y, tres años después de conocerse, con una criatura llorona de por medio, se divorciarán. Malvenderán la casa, perderán dinero, perderán salud, tres años preciosos de sus vidas y, para rematar, tendrán que aguantarse el resto de su vida por culpa de la criatura que concedieron sin pensárselo.

Trago saliva y me digo a mí misma que no puede hablar en serio.

¿De verdad cree que ese será el futuro de Ginny? ¡Por Dios!

—¿De verdad crees que mi hermana es una descerebrada?

Buster ensancha la sonrisa.

—No lo creo, es lo que ella se está empeñando en demostrar.

¿Pero es que no se da cuenta de qué es mi hermana?

Respiro hondo unos segundos para no saltar a su yugular.

—Mira, Abey, sé que ahora te parece muy bonito y que te dan envidia, pero piensa que más envidia deberían tener ellos de nosotros —me explica, justo antes de dar el intermitente para doblar la calle que da al restaurante—. No se conocen de nada y se están precipitando en todo. Nosotros llevamos diez años juntos, tenemos una relación seria y no hacemos las cosas sin cabeza... Aún podemos viajar y disfrutar, porque estamos ahorrando y no nos hemos hipotecado de por vida con un banco. Cuando nos compremos la casa, tendremos ahorros suficientes y no necesitaremos más que un pequeño crédito. Viviremos bien. Tranquilos.

Respiro, aspiro, intentando encontrar el sentido a lo que dice y autoconvenciéndome de que está en lo cierto. Sé que tiene lógica, pero...

—Lo de la boda es lo de menos. ¿De verdad necesitas una firma en un papel para saber lo que significa nuestra relación?

Tiene razón.

Sí, claro que tiene razón.

—No, claro que no, pero...

Buster aparca el coche, se gira hacia mí y me da un beso en la frente.

—Sé que es tu hermana y que no te gusta lo que te estoy diciendo, pero en el fondo tú también sabes que eso es lo que ocurrirá. Se están precipitando, y hasta un ciego podría verlo.

Y ahí se acaba la conversación, porque sin darle mayor importancia, se baja del coche y espera a que yo haga lo mismo. Cojo el abrigo, me lo pongo mientras sigo dentro del coche para no morir congelada en la nieve y salgo al exterior con una sola pregunta rondándome la mente: ¿Me ha contestado Buster? En realidad... ¿Sé si quieres casarse conmigo o no?

Decido dejar la conversación porque Ginnifer y Neo ya están dentro, esperándonos. Durante la comida, todo es perfecto. Buster es encantador, como siempre. Tanto con mi hermana como con Neo. Pero mientras ellos se comen a besos y se hablan con complicidad, nosotros nos miramos de reojo y nos dedicamos alguna sonrisa discreta para destensar el ambiente.

¿De verdad se están precipitando o... simplemente es amor?

El viaje de vuelta a Nueva York se hace mucho más ameno que el de ida a Fairbanks, pero aún así, se nota que ambos arrastramos el cansancio de los últimos días. Tengo que admitir que la cama de mi infancia necesita con urgencia una reparación de las tablas del somier y un colchón viscoelástico, porque los muelles del actual empiezan a sobresalir por todas partes. Al menos la boda de mi hermana me ha mantenido la cabeza lo suficiente ocupada como para no pensar en el vuelo de vuelta y el trastorno que me suele suponer.

Buster está ojeroso y de mal humor, pero aún así hace un esfuerzo por sacar la ropa de las maletas y dejar todo organizado antes de irnos a la cama. Mañana es día laboral para ambos y tendremos que madrugar, así que la tentación de dejarlo todo patas arriba y marcharnos a dormir es enorme. Pero aguanto, porque si él hace el esfuerzo, yo también. Buster es informático en una importante empresa con un horario bastante flexible, y yo soy arquitecta y tengo mi propio estudio de diseño. Bueno, en realidad, soy una socia más del estudio, pero puedo permitirme quedarme una hora más en la cama sin que nadie me regañe por la tardía. Comienzo a sacar la ropa interior sucia y me digo a mí misma que mañana pondré el despertador una horita más tarde de lo normal. Creo que ambos lo necesitamos, sí.

Cuando terminamos con las maletas, me doy una larga ducha de agua caliente que me sienta fenomenal. No sé por qué, pero el agua caliente siempre ha tenido un efecto reparador en mis huesos y en mi mente, como si despejara cualquier dolor físico o mental de mi interior.

Me envuelvo en el albornoz, pensativa. Esta pequeña escapada a Fairbanks me ha dejado muchas preocupaciones en la cabeza. Como, por ejemplo, la tía Isy. Sé que este año debería pasar las navidades allí, con ellos; pero sigo viendo muy difícil convencer a Buster para hacer ese viaje. Por otro lado, si no lo hacemos me arrepentiré toda la vida de no haber pasado las últimas fiestas de mi tía Isy junto a ella.

Me seco el pelo superficialmente, sin siquiera cepillármelo. Estoy cansada y decido que mañana terminaré de pelearme con los enredos de mi melena. Hoy no doy para más. Mientras me lavo los dientes, pienso en Ginny y en lo que Buster opina respecto a las decisiones que está tomando para su futuro. ¿Opino yo igual? Una parte de mí sí que piensa que se está precipitando, pero otra parte se alegra por ella. De verdad. Es mi hermana pequeña y le deseo lo mejor, pero no puedo evitar preguntarme si no debería aconsejarla y prevenirla, hacerla reflexionar. A fin de cuentas, yo siempre he sido su ejemplo a seguir y supongo que a mí me escucharía, ¿no? Al menos, meditaría en lo que le digo.

Me pongo el pijama de invierno porque, aunque aquí todavía no hace frío, el frío de Fairbanks se me ha metido hasta los huesos y he vuelto destemplada a Nueva York. La verdad es que será un verdadero milagro si no he arrastrado una gripe conmigo desde allí.

Cuando salgo del baño, camino hacia la habitación a oscuras, imaginándome cómo sería esa supuesta e hipotética conversación con Ginnifer;

—Ginny, ¿no crees que estáis corriendo mucho? Puede que os estéis precipitando un poco.

Ella seguro que se lo tomaría a mal y pensaría que soy una envidiosa.

—Nos queremos, Abey. Creo que eso es lo único que te debería importar —me respondería sin miramientos.

Y entonces ya no sabría qué decir. ¿El amor es suficiente? ¿Puede con todo? ¿Es lo más importante? Pues, la verdad, es que ni siquiera yo tengo la respuesta. Sé que en la vida hay tiempo para todo, pero si dos personas se quieren y son felices... ¿No deberían caminar hacia el futuro sin miedo?

Cuando entro en el dormitorio Buster ya está en la cama, leyendo algunos artículos desde la Tablet con la luz tenue luz de su mesilla encendida. Me deslizo a su lado y me dejo caer sobre la almohada, mirando fijamente la lámpara del techo.

—¿No hace calor para ese pijama? —pregunta.

Me encojo de hombros, sin responder, porque mi cabeza aún sigue dándole vueltas a otros muchos asuntos. ¿El amor se acaba? ¿Cuándo desaparece la ilusión de los primeros años? Pienso en Buster y en mí e intento recordar cómo éramos antes de vivir juntos. Dos tortolitos entusiasmados, ilusionados y con las hormonas por las nubes. Pero mi pregunta es, ¿esa ilusión desaparece o simplemente se transforma en otra cosa diferente?

—Hace mucho calor para un pijama de invierno, Abey... —me vuelve a repetir Buster, dejando la Tablet a un lado—. Me está entrando calor con solamente mirarte.

—Estoy destemplada —le digo, intentando despejar la mente y dejar todos esos temas de lado para conseguir conciliar el sueño.

Tengo la mala costumbre de meditarlo todo con la almohada y luego nunca consigo dormir en condiciones.

—Venga... Quítatelo —ronronea, y esta vez reconozco el “tono juguetón que desprende.

Buster desliza su mano por debajo de mi camiseta y asciende lentamente hasta alcanzar mis pechos. Suelto una risita nerviosa que él silencia con un beso sensual mientras yo me pregunto de dónde diablos está sacando las ganas y las energías para esto después de un día tan largo. Pero no importa, porque dos segundos más tarde las horas de avión ya han quedado atrás y estoy plenamente concentrada en sus pectorales y en su boca. Su boca... ¡Ay, Dios! Siempre ha sido la parte de su cuerpo que más me ha excitado. Tiene unos labios carnosos y sensuales, y cuando besa es delicado y muy, muy húmedo. Me quito la ropa a tirones mientras él hace lo mismo y, sin dejarle tiempo a reaccionar, me coloco a horcajadas sobre sus piernas para tener el control de la situación. Buster gime algo que no consigo comprender justo antes de apagar la luz de la mesilla, y de pronto todo se queda a oscuras.

—Enciende una luz, anda... —murmuro, besándole en el cuello mientras paseo mi mano por su vientre, descendiendo poco a poco en dirección a su sexo.

—Hoy me apetece así. Más íntimo.

Me detengo unos instantes.

¿Más íntimo? ¿Dónde ve la intimidad? Es más, ¿dónde ve algo? Ni siquiera sé si estoy besándole en la boca o en la oreja. Protesto con un gemido, pero él sujeta mi rostro entre sus manos y me besa con pasión. Y poco a poco me voy dejando llevar y descubro que el sexo en la oscuridad tampoco está tan mal... El resto de mis sentidos se potencian; le huelo, siento sus caricias, sus besos, el tacto de su piel rozando con la mía... Sujeto su miembro y lo guío lentamente a mi interior antes de comenzar a mecarme suavemente. Escucho cómo su respiración se acelera, mezclándose con la mía. Sus manos presionan mis pechos y juegan con mis pezones, y yo, incapaz de contenerme, aumento el ritmo. Más y más rápido, sintiendo cómo una oleada de placer y calor inmenso se va apoderando de mi cuerpo y mis entrañas. Si no estuviera todo a oscuras, sé que los objetos de mi alrededor se me moverían. El placer va a más... Buster me sujeta por la cadera, clavándome los dedos en la piel, apretando, guiándome, acelerándome. Quiere más, y más... Y yo

siento cómo su miembro aumenta en mí, cómo crece y me penetra, amenazando con destrozarme internamente. Me siento como una amazona, cabalgándole. Aunque la oscuridad reina a doquier, cierro los ojos y me dejo guiar por mi instinto y mis sentidos, disfrutando. Sus gemidos se vuelven más fuertes y percibo que está a punto de alcanzar el orgasmo sin que me lo diga, así que aprieto más el ritmo desesperadamente. Mis músculos se contraen porque yo también estoy a punto de alcanzar el éxtasis y... entonces exploto, y un instante después, explota él.

—Mmmm... Me ha encantado, osito.

—¿Osito? —repito, extrañada, alargando el brazo para encender la luz.

Buster suelta una risita nerviosa y me besa en los labios.

—¿No puedo buscarte un apodo cariñoso?

Yo me río como una tonta.

—Sí, claro... Pero ese no me gusta —le riño, bromeando mientras me abrazo a su pecho—. ¿Por qué no pruebas con otro?

—¿Caramelito?

Suelto una risotada, acurrucándome mejor. Ambos estamos un poco sudados, pero no me importa. En realidad, necesito este instante para recuperar la confianza en nuestra relación.

—¿Por qué no... gominolita?

Buster me rodea con sus brazos y me aprieta con fuerza contra él.

—Está bien, gominolita... ¿qué te parece si apagamos esa luz y nos vamos a dormir ya?

—¿Así? —inquiero—, ¿desnudos?

Él apaga la luz sin responderme.

—Ssssh... cierra los ojos...

Yo obedezco.

Y antes de dormirme, me doy cuenta de que Buster tenía razón: no me importa si estamos casados o no, lo único que me importa es estar a su lado.

El otoño llega con fuerza, pero cuando entra noviembre las temperaturas caen en picado y Nueva York comienza a recordarme un poco a mi hogar de la infancia. Después de la crisis existencial que he pasado estas últimas semanas, puedo decir con orgullo que todas mis dudas y mis miedos absurdos respecto a mi relación con Buster ya han quedado totalmente disipadas.

Esta mañana, cuando amanezco, estoy sola en la habitación. Buster ha tenido que marcharse antes a la oficina porque han tenido una emergencia con alguna caída de la red. La verdad es que soy incapaz de comprender qué significa, pero no me importa. Tener unas horitas de más la cama para mí sola no me ha venido nada mal y he podido descansar al máximo. Salgo de la ducha sintiéndome muy feliz, como hacía tiempo que no me sentía. Las inseguridades y los temores forman parte de una Abey del pasado, y esta repentina confianza en mí misma es una inyección de energía que me hace sentirme plena y radiante.

Me visto con unos vaqueros ceñidos, una camisa y un jersey de lana que abriga bastante. Mamá me dijo ayer que ahora mismo, en Fairbanks, estaban a menos quince grados. Por suerte, en Nueva York los termómetros todavía no han descendido hasta quedar en negativo, aunque el frío helador comienza a ser palpable. Sobre todo, a primera hora de la mañana.

Reviso mi reloj y descubro que voy fenomenal de tiempo. Hoy, antes de trabajar, tengo cita en la peluquería. Todavía no sé qué quiero, pero llevo tiempo sopesando hacerme algún tipo de cambio radical. Puede que me corte la melena castaña a la altura de las orejas, o que me tiña de rubia platino. No lo sé. La verdad es que necesito verme diferente. Un borrón y cuenta nueva conmigo misma.

Me paseo en calcetines por casa, sintiéndome cómoda y libre. Cuando Buster no está, aprovecho para olvidar las malditas zapatillas en cualquier esquina —el problema suele ser que después no recuerdo dónde las he dejado—. Me tomo un café con una buena tostada de mantequilla, me abrigo con la bufanda y un gorro de lana y decido que ha llegado la hora de ponerse en marcha.

Nueva York hoy ha amanecido lluvioso, así que corro hasta uno de los taxis libres para no empaparme de pies a cabeza. Al final, llego antes de la hora y mi peluquera, Maley, me hace esperar porque aún no ha terminado con la anterior cliente. Aprovecho para leer las revistas de corazón que suele tener junto a los sillones de la salita y... ¡Sorpresa! Entre todas ellas, me tropiezo con unos panfletos de nuevas construcciones que no esperaba encontrar ahí. Al parecer, muy cerca de nuestra zona residencial, van a construir tres torres de pisos que tendrán unos precios muy tentativos. Buster y yo aún no tenemos los ahorros necesarios para un desembolso tan grande, pero meternos en una pequeña hipoteca tampoco sería un despropósito descomunal, ¿verdad? Además, tengo muchas ganas de tener mi propia vivienda y poder empezar a decorarla a mi antojo, con un montón de flores, cuadros y fotografías por las paredes. Si Buster no fuera tan rarito con el asunto de las zapatillas de casa, pondría un suelo calefactable, de esos que salen en las revistas, para poder caminar descalza y tener los pies calentitos.

Mi peluquera termina con la cliente y me dice que ya puedo pasar. Al hacerlo, le pregunto si puedo llevarme conmigo uno de esos panfletos.

—Claro, me los han dejado como publicidad en el buzón —se ríe—, no creí que nadie fuera a

mirarlos.

Me fijo en la fecha del panfleto; se empezarán a construir a principios del año que viene, así que tampoco tendríamos que esperar demasiado. Son perfectos y están céntricos.

—¿Qué te apetece hacerte?

Me miro al espejo, imaginándome con una melena corta y rubia, pero soy incapaz. Estoy demasiado acostumbrada a mi pelo largo castaño y enmarañado como para atreverme a un cambio tan radical.

—Cortar y... ¿Crees que unos reflejos me quedarían mal?

Ella niega rotundamente con la cabeza.

—Para nada, será muy natural —responde, antes de ponerse manos a la obra.

Y mientras, mi cabeza comienza a cavilar en cómo sacarle el asunto de comprar una vivienda a Buster sin que termine sintiéndose presionado y que todo derive en una discusión.

Decido que, al llegar a casa, colocaré los panfletos junto a la cafetera y no diré nada al respecto. Estoy convencida de que los verá, porque le encanta leer todos los artículos que están a su alcance y, aunque lo niegue, es un verdadero adicto al café y no sobrevive sin, al menos, tres tazas diarias.

Cuando Maley termina de hacerme los reflejos y cortarme el pelo descubro que, en efecto, tenía razón; prácticamente estoy igual. Mi castaño ahora está sutilmente iluminado y solamente me ha cortado las puntas. Soy la misma Abey de siempre, menos mal.

Me despido, y con los panfletos sujetos con mucha fuerza entre mis brazos, me encamino hacia el trabajo. No sé por qué, sospecho que hoy será un gran día.

Como hacía más de una semana que los panfletos de la nueva construcción merodeaban de una esquina a otra de la casa sin que nadie más que yo notase su presencia, decidí sacarle el tema a Buster. Una vez más, todo terminó en una discusión, en la que, para variar, salieron a relucir unos supuestos celos patológicos por mi hermana Ginny. Que ella vaya a tener su propia casa me ha hecho pensar y querer la mía, sí, pero en absoluto estoy celosa. Para nada. Hace tiempo que decidí únicamente alegrarme por ella.

La discusión fue ayer, y desde entonces no nos hemos dirigido la palabra. Él me dice que no tenemos dinero para comprar, que no quiere endeudarse con un banco y que mi actitud es muy infantil. Yo le respondo que eso son excusas absurdas y que hoy en día todo el mundo termina endeudándose con el banco; si no es para la casa, es para el coche. Así de simple. Supongo que tenemos formas diferentes de ver las cosas y que, en ocasiones, es imposible no chocar. Eso también me preocupa. Un poco, al menos. Antes, Buster y yo no discutíamos nunca y, cuando lo hacíamos, no éramos capaces de irnos a dormir sin hacer las paces. Esta vez hemos pasado la noche dándonos la espalda y en silencio, y ni siquiera al despertar hemos sido capaces de pronunciar un mísero “buenos días”. Y no sé qué me preocupa más, si el hecho de que nuestros enfados sean capaz de extenderse sin límite en el tiempo o que, en el fondo, me dé exactamente igual cuánto nos dure. Estoy cansada de tener que ser siempre yo quien ceda a él.

Me miro en el espejo.

Hoy salimos a cenar con nuestros mejores amigos. En un principio había pensado en cancelar la velada, pero Phoebe ha llamado muy emocionada y no he sido capaz. Supongo que Buster tampoco ha sido capaz de decirle nada a Pett, porque aquí estamos los dos, cada uno arreglándose en un baño diferente y en silencio. Me maquillo de forma sencilla, sin ningún tipo de pretensión, y me pongo el vestido negro que sé que a él tanto le gusta. Esta última semana me he sentido sin apetito, así que como resultado he adelgazado unos pocos kilos. Aún así, me queda espectacularmente bien.

Son las seis y yo ya he terminado de prepararme, así que termino de ordenar la casa y me siento en el sofá para esperarle. Mientras tanto, trasteo en mi teléfono móvil y respondo varios mensajes que tenía pendientes. Entre ellos hay uno de Ginnifer: “¿puedo llamarte?”, pregunta, con una carita sonriente y dos guiños al final. A mi hermana le encanta llenar sus mensajes de emoticonos.

Miro de reojo al cuarto de baño y compruebo que Buster continúa ahí metido con la puerta cerrada. Parece que tiene para largo, así que saco la agenda, marco su nombre y me llevo el auricular a la oreja para escuchar cómo transcurren los tonos. Unos instantes después, la vocecilla cantarina y feliz de Ginny aparece al otro lado de la línea, dibujándome una sonrisa instantánea en el rostro. En ocasiones olvido por completo el efecto reparador que suele tener mi hermana en las personas.

—Hola, hermanita —me saluda, mordisqueando algo.

—¿Qué comes? —inquiero con curiosidad.

Es casi la hora de cenar.

—Galletas de chocolate —me cuenta—. Neo me trajo ayer una caja enorme y me he propuesto

terminar con ellas antes del domingo.

—Te vas a poner enorme —miento, porque sé muy bien que tiene un metabolismo milagroso al que le cuesta horrores engordar.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Será un mal menor!

Me río como una tonta, imaginándomela en la cocina de casa mientras devora esas galletas con un buen tazón del chocolate casero de mamá —que es otra buena bomba de calorías—. En mi oficina se ha puesto muy de moda la comida sana y el deporte, así que en ocasiones me siento un poco fuera de lugar. Después, hablo un poco con mi hermana y comprendo de dónde vengo. Con mis antecedentes familiares sería un auténtico milagro si comiera sano por mi propia voluntad.

—¿Qué querías? ¿O solamente querías que escuchara cómo mordisqueas galletas de chocolate?

—No... —protesta con el mismo tono de voz que ponía cuando era pequeña antes de hacer pucheritos—. Quería darte una noticia.

—¿Algo importante?

Mi hermana suelta una risita.

—Pues... ¡No te lo vas a creer!

Ahora la que se ríe soy yo.

—Si no me lo dices, no.

—¡Al final nos casamos en Navidad! —exclama, emocionadísima.

Me quedo en silencio, asimilando lo que acaba de decirme.

¿De verdad se van a casar en navidades? ¿Es que se han vuelto locos de remate? No solamente es muy precipitado, sino que...

—¿Abey?

—Sí, estoy aquí.

—Vendrás, ¿verdad?

—Por supuesto que iré a tu boda, tonta —respondo, aunque aún estoy en shock—. Pero es que... ¿No es un poco precipitado? —inquiero, revisando el calendario—. Solamente faltan veinte días para Navidad.

—En realidad, nos casamos el veinte de diciembre —me explica, incapaz de ocultar la felicidad en su tono de voz.

—¡Pero si eso es en dos semanas, Ginny!

Un millón de interrogantes comienzan a amontonarse en mi cabeza: ¿cómo diablos le explico a Buster que mi hermana ha decidido casarse en dos semanas? ¿Cómo me las apañó para encontrar un vestido apropiado en tan poco tiempo? ¿Estarán los precios de los billetes de avión por las nubes? Una detrás de otra, empiezan a solaparse hasta que sospecho que estoy a punto de sufrir un cortocircuito cerebral.

Mi hermana suspira al otro lado del teléfono.

—Sí, lo sé. Sé que es precipitado y que tendríamos que hacer las cosas con más tiempo, pero... —hace una pausa y me la puedo imaginar enrosándose un mechón de pelo en el dedo, como hace siempre que se concentra en algo—, pero..., la tía Isy se nos va.

Nos quedamos en silencio las dos.

Sé que no debería pillarme por sorpresa, pero al escucharla decirlo en voz alta se me ha formado un nudo en el estómago y me han entrado ganas de vomitar. La vi fatal, sí. Pero una parte de mí continuaba guardando la esperanza de que se repusiera, al igual que lo había conseguido hacer en otras ocasiones.

—Tengo que dejarte, Abey —me dice. De fondo escucho la bocina de la vieja ranchera de papá—. Acaban de llegar con la compra y necesitan ayuda.

—Sí, claro...

—Abey... Vendrás, ¿no?

—¡Claro que sí, pesada! —exclamo, antes de colgar.

Dos minutos después, aún con la tía Isy rondándome los pensamientos, Buster sale del baño y me dice que ya está listo para marcharse.

Hacía muchísimo que no nos juntábamos con Phoebe y con Petter, así que la velada resulta agradable. Además, Buster es un verdadero experto en fingir que todo va fenomenal y se comporta conmigo como si no hubiera sucedido absolutamente nada entre nosotros; me da la mano, se ríe con mis gracias, es atento y me trata con cariño y respeto. Su comportamiento me hace comprender lo absurdo que resulta discutir tanto por tonterías y decido que, tras el día de hoy, no volveré a sacar el tema hasta que él esté preparado. Quizás lo único que necesite sea un poco más de tiempo; a fin de cuentas, Buster siempre ha sido así. Tardamos casi cinco años en dar el paso de vivir juntos y para que tomase la decisión tuve que ponerle entre la espada y la pared. En aquellos tiempos era más sencillo, porque dar un ultimátum no me resultaba tan complicado como ahora.

Phoebe y Petter comienzan a contarnos cómo fue su viaje a Tailandia. Acaban de volver después de casi un mes de aventura, así que tienen batallitas en la reserva para mantenernos toda la velada entretenidos. Buster y yo escuchamos con atención, encantados y muertos de envidia. Tailandia siempre ha sido un destino que me ha llamado mucho la atención, aunque no sé si me vería capaz de coger tantos vuelos diferentes para llegar hasta allí. Phoebe saca el teléfono móvil y nos enseña fotos de la selva, de las tribus, elefante, tigres... Todo parece sacado de una película. Es increíble. Parece tan lejano e irreal que cuesta asimilar que en otra parte del mundo la gente viva de un modo tan primitivo y salvaje.

—Bueno... y esto es para vosotros —nos dice Pett, sacando una bolsa de debajo de la mesa para entregársela a Buster.

—No hacía falta que nos trajerais nada, chicos... —murmura Buster, sacando el regalo del interior.

Está envuelto en un precioso papel de seda. Buster me pregunta si me apetece abrirlo a mí antes de dármelo. Lo sujeto, y con delicadeza quito las tiras adhesivas para no romper el envoltorio; es precioso. Deslizo el contenido lentamente y... Del interior aparece un precioso álbum de fotos hecho a mano que reza claramente: Boda de Petter y Phoebe. Me quedo helada contemplándolo. Buster sonríe antes de lanzarles una mirada interrogativa.

—¿Qué diablos es esto? —pregunta sin ser capaz de ocultar la sorpresa en su tono de voz.

—Abrirlo... —nos apremia Phoebe.

Lo abro y, de pronto, ahí aparecen los dos, vestidos de blanco ante un altar con dos elefantes custodiándoles. Yo me quedo congelada observando la fotografía. Phoebe iba con mil flores silvestres en el cabello.

—¡Nos hemos casado! —exclaman, muertos de risa—. Y aunque no pudo haber nadie en nuestra boda, queríamos que tuvierais un pedacito de ella para vosotros.

Me esfuerzo por dibujar la mejor de mis sonrisas.

—¡Oh, chicos, no sabéis cuánto me alegro! —aseguro, antes de levantarme para darles un abrazo.

Buster me imita y hace lo mismo, aunque sin ser capaz de ocultar su asombro. Estoy convencida de que, antes de venir a la cena, jamás hubiera imaginado esto. Me río internamente

pensando que, quizás, un poco de presión social no le venga nada mal para atreverse a dar el paso. En algunas ocasiones lo único que mi querido novio necesita para lanzarse a la piscina es un poco de presión social y un pequeño empujoncito.

—¿Y esto ya es legal aquí? Es decir... ¿Estáis casados? —pregunta, aún estupefacto.

—¡Sí, sí! —responde Pett—. Nada más regresar a casa presentamos la solicitud y los papeles en el registro para poder tramitarlo todo, así que oficialmente ya somos marido y mujer, tanto en los Estados Unidos como en Tailandia —explica, feliz, antes de besar en los labios a Phoebe.

El resto de la velada, como era de imaginar, transcurre entorno al mismo tema. Están tan felices y emocionados que es de lo único que hablan mientras repasan con nosotros el álbum de fotos, explicándonos cada pequeño detalle de la ceremonia.

Hora y media después, cuando nos subimos en el coche, Buster suspira profundamente sacando toda la tensión contenida de su interior.

—Vaya cenita, ¿eh? —me dice, exasperado.

De pronto, parece haberse olvidado que nosotros estábamos enfadados el uno con el otro.

—A mí me ha parecido precioso que quisieran hacernos partícipes de un recuerdo tan bonito.

Él suelta una pequeña risa.

—¡Menuda gilipollez! —exclama—. Se han casado en Tailandia porque Petter no aguanta a su suegra y no soportaba la idea de casarse aquí con toda la familia de Phoebe tocándole las narices.

—Yo no sabía que se quisieran casar... —murmuro, pensativa, intentando recordar alguna conversación al respecto.

—Ella se quería casar —señala, especificando—. Y parece que a él no le ha quedado más remedio que ceder. Seguro que el muy idiota se pensaba que Phoebe no validaría los documentos al llegar a casa...

Me quedo en silencio.

Sé que Buster no es muy..., de bodas, pero no imaginaba que le provocasen tantísima aversión. O al menos, esa es la sensación que me está dando. Esa y que, además, está de un humor de perros.

—Hablando de casarse... —murmuro, decidida a soltar la bomba cuanto antes—. Mi hermana y Neo ya tienen fecha para el enlace.

—Estupendo —responde con ironía, justo antes de detenerse en un semáforo en rojo—. ¿Y cuándo será?

—El día veinte.

Buster pestañea, incrédulo, repasándome con la mirada como si intentase adivinar si le estoy gastando una broma de mal gusto.

—El día veinte, ¿de qué?

—Pues de este mes, claro —respondo con tranquilidad.

—¿Me estás tomando el pelo, Abey?

El semáforo ya se ha puesto en verde, pero él continúa mirando boquiabierto.

—No, es en serio.

—¿De verdad van a casarse a menos veinte grados? ¿No son capaces de esperar hasta primavera?

Me encojo de hombros mientras el coche de detrás suelta dos bocinazos seguidos para que nos pongamos en marcha. Buster arranca el motor y se reincorpora a la circulación.

—Yo no puedo decidir la fecha por ellos.

—Ya... —responde, pensativo—. Pues a ver cómo nos organizamos, porque yo ya le he dicho a mi madre que pasaríamos las fiestas con ellos.

Esa última frase me sienta como un bofetón. ¿De verdad ha hablado con su madre sobre las fiestas sin antes consultarlo conmigo? ¿Es que acaso no escuchó a mi madre y a la tía Isy cuando visitamos Fairbanks? ¿No le importa lo más mínimo que mi familia quiera tenerme cerca, al menos, una Navidad? Aprieto los puños y decido contenerme para no empeorar las cosas.

—Podemos mirar un vuelo de ida y vuelta, de esos que son el mismo fin de semana.

Suspiro hondo.

—Ya veremos —escupo finalmente, hastiada—. Tú ya habrás decidido dónde pasar las fiestas, pero yo todavía no lo tengo nada claro.

Buster aparca delante de la puerta del portal, en silencio. Creo que debe de estar alucinando, porque ni siquiera yo recuerdo la última vez en la que tuve tan clara mi forma de pensar y actuar. No pienso, un año más, dejar a mi familia de lado. Y menos aún por alguien que no tiene en cuenta mi opinión antes de actuar.

—¿Sabes de qué me he dado cuenta, cariño? —pregunto con ironía, enfatizando en la palabra “cariño”—, de que todas las personas de nuestro alrededor siguen avanzando mientras tú y yo seguimos dando vueltas en la misma rotonda como dos gilipollas.

Y sin esperar respuesta, me bajo del coche y cierro la puerta de un portazo. Empiezo a estar cansada de dar siempre mi brazo a torcer.

—¿Qué cojones significa eso de la rotonda, Abey? ¿Tú te escuchas? —me grita desde la ventanilla del coche—. ¡Estás loca!

Los ojos se me encharcan, pero aguanto el tipo. No pienso llorar delante de búster; ni de broma. Abro la puerta del portal y subo a casa por las escaleras, casi de una carrera. Cuando llego, me lavo la cara y me esfuerzo por relajarme antes de que él suba. Lo que tardo bastante en comprender es que él no va a subir...

Ha pasado una semana desde la cena con Phoebe y Petter. Desde entonces, mi relación con Buster podría considerarse que ha estado subida en una montaña rusa, repleta de altibajos que no parecen tener final nunca. Quizás me pasé un poco de la raya, no lo sé. Lo que tengo claro es que ahora mismo no caminamos en la misma dirección y que, si uno de los dos no da media vuelta y se redirige, terminaremos en puntos totalmente diferentes —sí, últimamente estoy muy metafórica—.

Jugueteo con un lapicero de mi escritorio mientras contemplo la lista de tareas que tengo pendientes. Es infinita. Pero como mi cabeza está concentrada en otro tipo de asuntos, no consigo prestar atención al trabajo.

—Deberías cogerte unas vacaciones —me dice Carol, mi socia, sentándose en mi mesa—. Últimamente estás en otro planeta.

Suspiro hondo.

—Mi hermana se casa en una semana —miento, porque decir que mi novio y yo estamos pasando por una crisis suena demasiado patético.

—¿Y qué haces aquí? —se ríe ella—. Deberías estar comprando el vestido de dama de honor.

Sonrío con tristeza; tiene razón, a una semana de la boda de mi hermana y aún no tengo vestido, ni zapatos, ni pendientes. Buster y su maldita cabezonería me han mantenido demasiado ocupada.

—¿Sabes qué, Carol? —le digo, decidida a encauzar mi vida de una vez por todas—. Que tienes razón. ¡Me cojo vacaciones!

No quería decirlo muy alto, pero sin querer he subido el tono de voz y varias personas presentes se han girado hacia mí. Les dedico una sonrisa tímida antes de volver a dirigirme a mi socia.

—¿Te parece bien si adelanto mis vacaciones una semana? —le pregunto—. En verano me tragaré el mes de agosto en la oficina yo solita. Lo prometo.

—¡Vete! —se ríe, dándome una palmadita en la espalda.

Suspiro hondo, aliviada.

La verdad es que me vendrá de maravilla tener tiempo libre para organizarme, porque si he de ser sincera aún no tengo cogidos ni los billetes de avión. Eso, a su vez, me recuerda que me guste o no tengo una conversación con Buster. La fecha se acerca y debemos tomar una decisión cuanto antes, aunque todo señala que este año pasaremos los festivos por separado. Será la primera vez en nueve años...

—Te veo el año que viene, ¿vale? —bromeo, antes de fundirme con Carol en un abrazo.

—Hecho... ¡Y felicidades a tu hermana!

Me marcho de la oficina con una sensación de libertad recorriéndome las extremidades y un cosquilleo de felicidad instalándose en mí. Pero cuando aún estoy en el ascensor, mi teléfono móvil comienza a silbar dentro del bolso y mi corazón se acelera al instante, como un acto-reflejo. Espero que Carol no me haga volver a la oficina... Porque a estas alturas ya me había creado expectativas. Pero no es ella, si no un número de teléfono fijo que no tengo agendado.

—¿Diga?

—Buenos días —me responde una voz femenina que no me resulta familiar—. Mire, le llamo

de la inmobiliaria Home New York porque teníamos una solicitud suya...

Intento recordar cuándo me he puesto en contacto con una inmobiliaria, pero no caigo. Ante mi silencio, la mujer continúa;

—Nos envió un email con una vivienda hace medio año, pero no le respondimos porque los propietarios decidieron retirarla de la venta —me explica—. Le llamo porque vuelve a estar disponible y no sé si aún puede interesarle.

Pienso, pienso, pienso y... ¡Sí! ¡Ya me acuerdo!

Fue un piso que encontré por internet; era perfecto. Y lo mejor de todo es que ni siquiera Buster consiguió sacarle ninguna pega: estaba céntrico, era amplio, no necesitaba reforma... ¡Ideal! Recuerdo que fue él quien mandó el email para concertar la visita.

—Sí, sí... ¡Ya me acuerdo! —respondo, incapaz de ocultar la felicidad en mi tono de voz—. Era un ático, ¿verdad?

—Sí, eso es. ¿Le interesaría volver a verlo?

Salgo al exterior y me recoloco la bufanda. El frío es helador.

—Sí, claro que sí —murmuro, pensando que esto debe de ser una señal del destino o algo así—. ¿Cuándo le vendría bien quedar?

—Pues... tengo un hueco libre en una hora —me explica—. ¿Le vendría bien?

Reviso mi reloj de muñeca para calcular. Buster tiene el descanso del mediodía en treinta minutos, así que, si voy a buscarle y le doy una sorpresa, podríamos ver el piso y comer juntos. Sería estupendo y creo que nos vendría muy bien para romper ese tira y afloja que se ha formado entre nosotros.

—Estupendo. Le envío la dirección por mensaje de texto —me dice, antes de colgar.

Estoy emocionada.

En realidad... ¡Me siento pletórica!

Me subo en el primer taxi que se me cruza delante y le indico la dirección de la empresa de Buster. Suele tener bastante flexibilidad en los horarios y no siempre hace el descanso a la misma hora, así que decido no jugármela y le llamo por teléfono para asegurarme. Pero no responde. Doy por hecho que debe de tener el teléfono en el modo silencio y decido no insistir.

Llego antes de tiempo y cojo un café para llevar con la intención de calentarme las manos mientras espero. Solamente son diez minutos, pero decido no moverme de la puerta por si hoy sale antes de tiempo. Me cruzo con un par de compañeros suyos que reconozco de la última gala que celebró la empresa y deduzco que debe estar próximo a salir. Como estoy congelada y el café que tenía entre las manos hace rato que se ha transformado en un cubito de hielo, decido pasar al interior y esperarle en el hall de la recepción. Desde aquí se ven las escaleras y la salida del ascensor, así que no corro el riesgo de que pase de largo sin verle. Y entonces, le veo.

Baja caminando, charlando alegremente con una compañera de trabajo. Una compañera que, por cierto, es guapísima. Rubia, alta, ojos azules, piernas infinitas, cuerpo de revista... Me tenso al ver lo cerca que están y la complicidad con la que ella le agarra del brazo, así que procuro respirar hondo y no perder los nervios. No me apetece sufrir otra crisis absurda de celos sin fundamento porque sé muy bien que después me sentiré mal conmigo misma y me recriminaré no haber tenido confianza —ni en él, ni en mí—.

Levanto la mano para saludar y que me vea y dibujo una sonrisa de oreja a oreja. Buster, que venía charlando animadamente, transforma su gesto en uno de perplejidad. Le susurra algo a la chica en el oído antes de caminar en mi dirección con paso serio y arrogante.

—Hola, cariño...

Pero no me da tiempo a decir nada más porque él me sujeta con fuerza del brazo y me arrastra a una esquina.

—¿Qué diablos haces aquí? —pregunta de malas formas.

Yo pestañeo, incrédula.

No es la primera vez que vengo a verle sin avisar. Aunque hace años que no lo hacía, recuerdo que antes solía emocionarse mucho con mis visitas sorpresa.

—Pues... Yo... —tartamudeo, confusa, sintiéndome atacada.

Está siendo tan brusco que ni siquiera me salen las palabras.

—¿Abey? ¿Por qué has venido a mi trabajo?

—Pues... Me han llamado para ver un piso y creí que estarías libre en el descanso, así que...

Buster suspira con desesperación, pasándose la mano por el cabello de forma irritada.

—¿Ya estás otra vez con lo del maldito piso? —pregunta con voz de cansancio, casi en un grito—. Ni puedo comer contigo, ni tengo el descanso libre, ni voy a ver ningún piso. ¿Lo entiendes? —inquieta, esta vez un poco más bajo.

Me percató de que la rubia despampanante aún le está esperando en la entrada.

—Bueno... —balbuceo, dolida—, no tenemos porqué ir a ver ningún piso, pero ya que he venido hasta aquí podríamos comer juntos, ¿no?

—No —responde secamente.

Tengo ganas de echarme a llorar.

¡Joder! Esto es demasiado...

—Mira, Abey... —comienza, pero se interrumpe porque su compañera, la barbie rubia tan perfecta, le toca el hombro suavemente para llamar su atención.

—Te espero en el restaurante, ¿vale, osito? —ronronea en su oreja.

Yo me quedo helada. Paralizada.

Buster asiente y ella se aleja de nosotros antes de salir del edificio.

—Mira... Tengo una reunión de trabajo y no puedo perder el tiempo contigo, ¿vale? —me dice, esta vez en un tono más suave—. Tengo que irme.

Ni siquiera soy capaz de responderle.

—Abey, por favor... No me jodas, ¿vale?

—Esa mujer te... te..., ¿acaba de llamarte osito? —murmuro con un hilillo de voz.

Las imágenes se aglomeran en mi mente mientras poco a poco voy atando cabos. Este último mes casi no nos hemos acostado, así que tampoco es muy complicado retroceder a aquella noche en la que regresamos de Fairbanks y Buster me llamó de ese mismo modo.

—Es una compañera de trabajo, nada más —me dice, restándole importancia con un gesto de la mano—. No empieces, ¿vale? Qué nos conocemos...

Necesito un par de segundos para reaccionar.

—¿Sabes, Buster? —pregunto en voz baja, conteniendo las lágrimas—. ¡Qué te den!

Con los ojos encharcados, pero manteniendo la compostura, le esquivo con las piernas temblorosas y camino a paso ligero hasta la salida. Noto su presencia tras de mí, pero no me importa.

—Espera, Abey, por favor... —grita—. No sé qué diablos te piensas, pero te aseguro que estás equivo...

Y no le escucho más. Me subo en el primer taxi que encuentro y le grito al conductor que “arranque”.

—¿A qué dirección?

—¡Póngase en marcha! —exclamo, ahora sí, explotando.

Las lágrimas empiezan a rodar por mi mejilla mientras el taxista se incorpora al tráfico de la ciudad y se aleja del lugar. Siento el nudo de mi garganta apretando con tanta fuerza que tengo la sensación de que de un instante a otro me asfixiará.

Lloro con fuerza, sintiéndome estúpida y ridícula al mismo tiempo. No vuelvo a la realidad hasta que, diez minutos después, el taxista me recuerda que el contador está en marcha y que todavía no le he dicho a donde quiero ir.

—A casa... —balbuceo entre sollozos.

¿Me está engañando con esa tipa? ¿Es eso? ¿Por qué diablos, si no, iba a llamarle “osito”? No puedo respirar. Siento que me asfixio.

—Necesito que me diga dónde vive, señora.

Le doy la dirección de mi casa a trompicones y el taxista conduce en silencio hasta dejarme en la puerta del portal. Cuando se detiene aún me tiembla todo el cuerpo y no soy capaz de descender del coche. El conductor me pregunta si necesito una ambulancia, y yo le respondo moviendo la cabeza de lado a lado mientras hipo, angustiada, intentando calmarme y contener el llanto.

Saco el bolso con las manos temblorosas, dispuesta a pagar, cuando el hombre me dice que lo deje estar.

—Usted váyase a su casa y descanse. Y llame a alguien de confianza, por favor —me dice.

Supongo que estará preocupado por si mañana me encuentra en primer plano del periódico. Me bajo del coche, me arrastro hasta mi portal y me siento en el primer escalón, procurando calmarme. No me siento con fuerzas suficientes ni para apretar el botón del ascensor.

¿Buster siendo infiel? ¿Después de tantos años? ¿Por qué? Si ya no me quiere, ¿por qué diablos está alargando absurdamente nuestra relación? ¿Por qué se molesta en continuar fingiendo día tras día?

Tres horas después, me doy cuenta de que me teléfono móvil saca chispas. Buster me ha llamado doscientas veces —bueno, en realidad, solamente me ha llamado seis veces. Pero si hablamos de Buster eso es el equivalente a doscientas veces—, y la chica de la inmobiliaria otras tantas. Con el disgusto se me había olvidado que le habíamos dado plantón.

Estas tres horas me han servido para calmarme, aprender a respirar y conseguir dejar de temblar como una hoja en una noche de tormenta. No estoy tranquila, sigo sintiendo ese mal presentimiento en mi interior y... estoy dolida. Pero mi subconsciente me dice que no puedo darlo todo por perdido sin antes escuchar su explicación. Porque tendrá una, ¿no? Bueno, puedo imaginarme cuál será. En realidad, no los he visto besarse, ni cogerse de la mano y mucho menos, les he visto ninguna actitud sexual. Pero no soy estúpida. Y una mujer sabe perfectamente cuando se esconde algo detrás de la cortina. Puedo imaginarme lo que Buster dirá: que solamente es una compañera y que son celos absurdos. Quizás me cuente que ese apodo, “osito”, lo tiene para todos los de la oficina. Y entonces tendré tres únicas opciones: creerle y olvidarlo, diciéndome a mí misma que estoy equivocada y que, una vez más, esto simplemente ha sido otro ataque de celos absurdos. Perdonarle a pesar de que no me crea una sola palabra de lo que dice, rezando porque nunca más vuelva a engañarme con ella y con que de aquí en adelante se esfuerce por salvar nuestra relación. No creerle y terminar con todo. Ahora mismo tengo la cabeza tan saturada que no soy capaz de tomar una decisión, así que decido esperar a que venga y decidir cuando le vea la cara. ¿Estará arrepentido? ¿Preocupado por la posibilidad de perderme? Se sentirá... ¿mal? ¿Culpable?

Vuelvo a preguntarme si soy capaz de tomar una decisión. La pregunta es clara: ¿soy capaz de perdonar una infidelidad? ¿De vivir con él sabiendo que me engañó? La mujer fuerte y segura que quiero ser me responde que, definitivamente, no. Es imperdonable. Pero otra parte de mí, no sabría qué hacer sin Buster. Después de tantos años juntos, de todas las ilusiones que he puesto en nosotros...

Escucho el ascensor y miro el reloj de mi muñeca. Es tarde, muy tarde. Debería de haber venido hace un par de horas, pero supongo que me ha concedido un margen extra para que me calme. Me sorprende porque, cuando escucho las llaves introduciéndose en la cerradura, estoy serena y dispuesta a dialogar. Le veo entrar en casa con el gesto serio antes de cruzarse de brazos frente a mí, observándome. En ese instante, cuando veo su rostro, todos los pensamientos que he tenido hasta ahora se desmoronan y lo único que pienso es que, quizás, le haya dado más importancia de la debida a una “palabra” o un simple “apodo” cariñoso entre dos compañeros.

—Estoy esperando tu explicación —le apremio, sin levantarme del sillón en el que estoy sentada.

Es la primera vez que digo algo en voz alta después de la llorera y mi voz suena débil y cansada. Prácticamente ni me reconozco en ella.

—Creo que no —dice en un suspiro, dejándome de piedra—. Esto ya no tiene ningún sentido, Abey.

Y de pronto, todo mi mundo se desmorona. El nudo de la garganta comienza a estrangularme con tanta fuerza que puedo sentir cómo unas manos rodean mi cuello, asfixiándome. No, no puede.

¿Cómo que no tiene sentido? ¿Ni siquiera se va a molestar en pedirme disculpas? ¿En restarle importancia? ¿O en suplicar perdón? ¿Nada? ¿Absolutamente, nada?

—¿Cómo que no tiene sentido? —inquiero, e incluso yo soy capaz de percibir la nota de pánico en mi tono de voz.

—No lo tiene. Hace tiempo que no estamos bien, que discutimos por cualquier cosa y que queremos cosas diferentes —me explica con la voz seria de quien lleva horas meditando un asunto—. Así que no tiene sentido.

Me quedo paralizada. Bloqueada.

¿De verdad me está dejando? ¿Así, de esta forma tan absurda?

—¿Cómo diablos querías que me pusiera, Buster? ¿Cómo no voy a discutir contigo si esa zorra te ha llamado “osito”? —escupo, histérica, intentando aferrarme a un clavo ardiendo.

En realidad, estoy suplicando porque no me deje. No quiero perderle. No estoy preparada y no me veo capaz de afrontar la vida si no está él. No ahora mismo, al menos.

—No es por Georgina, lo sabes perfectamente. Llevamos mucho tiempo arrastrando algo que no tiene solución.

Buster pasa de largo, dirigiéndose hacia el dormitorio. Yo, muerta de miedo, me levanto de un salto y le sigo hasta allí. Me quedo helada observando cómo saca la bolsa de viaje del armario, la deja abierta encima de la cama y comienza a meter ropa dentro de ella.

—¿Me estás... dejando? —tartamudeo sin voz, dolida. Herida.

Buster resopla.

—Necesito estar solo y aclararme, Abey —me suelta, como si fuera lo más normal—. Quiero alejarme de ti.

Esa última frase se me clava tan hondo que, haciendo uso del poco orgullo que me queda, me alejo del dormitorio y me encierro en el lavabo para que no me vea llorar. Las lágrimas comienzan a patinar sin descanso por mis mejillas y me cuesta respirar. Cojo una toalla, me la llevo a la cara y me entierro en ella para que el cabrón de Buster no pueda escucharme. Y entonces... Entonces escucho la puerta principal de casa, cerrándose de un portazo.

¿No puede...? No habrá sido capaz de marcharse de ese modo, ¿no? Salgo del baño y recorro la casa, habitación por habitación, pero él ya no está. No puede ser. No... No es posible.

Nerviosa, con las manos como un flan, cojo mi teléfono móvil para llamarle. La primera vez me cuelga, pero la segunda responde.

—¿Qué pasa? —pregunta, y casi parece de mal humor.

—Vuelve a casa, por favor... —suplico, como una niña pequeña que de pronto se siente sola y asustada—. Vamos a hablar las cosas, Busy —murmuro, recordando aquel apodo cariñoso con el que me dirigía a él en nuestros primeros años—. Por favor, no me hagas esto... Por favor...

Lloro como una magdalena mientras se lo digo. Es la primera vez que tenemos una discusión de este calibre y es la primera vez que Buster me ve arrastrarme de este modo. Una parte de mí quiere pensar que aún me quiere y que su corazón de piedra se ablandará y volverá a casa. Aunque solamente sea para hablar.

—¿Te das cuenta de cómo estás, Abey? —resopla—. Sé adulta, cálmate y ya hablaremos. Necesitamos espacio y tiempo, ¿vale?

—No... No necesito espacio ni tiempo. Vuelve a casa, por favor...

—Yo sí lo necesito, ¿vale?

Y sin decir nada más, cuelga. Ni un adiós, ni nada.

Me quedo boquiabierto mirando el teléfono. Estoy a punto de levantar el pulgar y volver a

pulsar su nombre, pero decido contenerme. Me ha dejado claro que no quiere hablar conmigo y seguir arrastrándome no sé en qué maldito lugar me deja, pero no en uno bueno. Y cuando por fin soy plenamente consciente de lo que esto significa, me echo a llorar de nuevo. Otra vez como una estúpida. De nuevo con ansiedad y malestar. Sin ser capaz de coger aire y llenar mis pulmones sin ahogarme.

Georgina. Georgina. Su nombre taladra mi cabeza y no puedo evitar preguntarme si todo esto no será por esa chica. ¿Estará con ella? ¿Me estará engañando y por esa razón ha decidido poner punto y final? Y si es así, ¿por qué no ha tenido agallas para decirme las cosas a la cara? ¿Para ser sincero? ¿A dónde se ha ido? ¿Dónde piensa pasar la noche? Me siento tentada de descolgar y llamar a su madre para saber si está allí, pero sé que una respuesta negativa sería igual que un bofetón en la cara. Y no quiero más golpes por hoy, gracias.

Me tumbo en el sofá hecha un ovillo, como una niña pequeña herida y desconsolada, y lloro. Lloro tanto que me quedo sin fuerzas y sin lágrimas. Esta es la primera vez que un chico rompe conmigo. Diez malditos años pensando en nuestro final feliz, y todo termina porque me he plantado en su trabajo sin avisar y he visto lo que no debía ver... No, no. En realidad, todo esto termina porque él es gilipollas. Esa es la única explicación y mi subconsciente la sabe muy bien. Intentar culparme no me ayudará lo más mínimo.

—¡Cabrón!

Y de pronto pienso en Ginny. Falta una maldita semana para su boda y no sé qué diablos va a ser de mí si me planto allí, en Fairbanks, sola. ¿Qué pensarán mis padres? ¿Y mi familia? La vocecita de mi cabeza me responde: nada. ¿Qué van a pensar? Te quieren y les da igual si vas sola o con el imbécil de Buster.

Y con ese pensamiento rondándome la mente, saco mi teléfono móvil y decido hacer una última cosa: coger un único billete de avión, sin fecha de regreso.

Ahora mismo, con el corazón hecho añicos, lo único que quiero es tener a un ser amado a mi lado.

Lo malo de viajar a Alaska es que, a pesar de llevar cuatro prendas, la maleta suele pesar muchísimo y ser gigante. No sirve con meter un par de vaqueros y unas camisetas de tirantes, no. Necesitas armarte de una amplia provisión de camisetas térmicas, chaquetones y mudas varias. La nieve, el granizo y las temperaturas negativas hacen que tu único calzado posible sean las botas de invierno. Y no solamente sirve con llevar un par, no. Mínimo necesitarás dos, porque será un milagro si vuelves a casa con los calcetines secos.

Arrastro con todas mis fuerzas la maleta hasta el mostrador. Es mi turno. La chica, muy amablemente, me pide mi pasaporte y mi billete de avión. Se los entrego con una sonrisa y sin quitarme las gafas de sol, porque hoy he amanecido con los ojos tan rojos e hinchados que ni siquiera parezco una persona. Si alguien pregunta, les diré que me he contagiado de conjuntivitis.

—¿Va a facturar alguna maleta? —inquire.

Yo asiento con un hormigueo en el estómago. Una parte de mí me grita que no me marche, que me quede en Nueva York y que intente solucionar las cosas con Buster. Otra parte, la más sensata, me dice que lo mejor que puedo hacer es coger este avión. Hoy, cuando me he despertado, lo primero que he hecho ha sido llamarle por teléfono. Y como os podréis imaginar, no me ha respondido la llamada. No quiere saber nada de mí y se está esforzando por dejármelo muy claro; así que, ¿por qué no desaparecer? ¿Por qué no huir?

—Señorita, ¿va a facturar o no?

—Sí, sí —repito de nuevo.

—Pues por favor, suba el equipaje a facturar a la cinta, colocándolo en posición horizontal.

—Sí, claro... —respondo, sujetando la maleta por el asa y esforzándome por despegarla del suelo.

Pero no puedo. Este maldito trasto debe de pesar, al menos, como un rinoceronte.

—¿Señorita?

—¡Sí, sí! —exclamo, sudando la gota gorda—. ¡Lo estoy intentando! ¿Es que no ve?

El repentino contacto de una mano sobre la mía me hace sobresaltarme y dar un paso atrás. Un chico alto, moreno, de ojos castaños y sonrisa amplia se ha colocado junto a mí para ayudarme con la maleta.

—Gracias —le digo tímidamente.

—No hay de qué, guapa.

Coloca la maleta sobre la cinta sin ningún esfuerzo y se aleja de mí, no sin antes guiñarme un ojo. La recepcionista pesa mi maleta, me indica que debo abonar un suplemento por exceso de peso y le coloca una etiqueta antes de que la perdamos de vista por la cinta rotativa. Cuando termina conmigo, me alejo en dirección al control e inconscientemente intento encontrar con la mirada al tipo moreno que me ha ayudado con la maleta. Pero no está.

Mi puerta de embarque ya ha salido, pero todavía falta una hora para que llegue nuestro avión. Supongo que en esta ocasión me siento tan deprimida y dolida que ni siquiera estoy padeciendo mi irracional y habitual miedo a volar. En realidad, solamente pienso en Buster. En nosotros. En todo lo que pierdo perdiéndole a él. ¿Qué pasará con Phoebe y Petter si nos separamos? ¿Seguirán siendo amigos míos? Siempre he escuchado que cuando una pareja se separa la gente termina

decantándose por un bando, y en el fondo creo que todo el mundo elegiría a Buster. Tiene labia, es elegante y formal, aunque con sus amigos —cuando yo no estoy delante—, debe de transformarse en un chico bastante más divertido de lo que yo acostumbro a ver. Inconscientemente, comienzo a recordar aquellas primeras citas en las que todo era perfecto y parecía para siempre. No sé porqué lo hago, pero las imágenes de aquella vez que fuimos por primera vez al cine aparecen en mi cabeza. Yo quería ver un thriller y él quería ver una absurda película de acción, así que al final nos decantamos por otra para no discutir. Recuerdo que era malísima y que la sala de cine estaba prácticamente vacía. Nos sentamos alejados del resto y nos pasamos las dos horas que duraba charlando, besándonos y acariciándonos. Al final, no queríamos que terminara para no romper el “instante mágico”.

—¿Estás bien? —pregunta una voz masculina frente a mí.

Levanto la mirada —que aún está camuflada tras las gafas—, y sonrío antes de asentir. Sin quererlo, me he puesto a llorar.

—Sí, es que... —murmuro, descubriendo que el tipo que tengo delante es el mismo que me ha ayudado con la maleta—, es que tengo conjuntivitis.

Se sienta a mi lado con una sonrisa inquieta en los labios, sacudiendo la cabeza en señal de negación.

—Ya, me lo imaginaba... —me dice, sin borrar su sonrisa.

Y no sé por qué, se me termina contagiando a mi también.

—Lo he dejado con mi novio —admito, encogiéndome de hombros sin saber por qué le estoy contando mi vida a un desconocido—. Bueno, en realidad, me ha dejado él a mí.

El chico asiente.

—Debe de ser un auténtico imbécil.

Por alguna razón, no me atrevo a mirarle directamente a los ojos.

—Sí que lo es —respondo, y me sorprendo al encontrar un atisbo de odio hacia Buster en mi tono de voz.

—Me llamo Drew —dice, alargando el brazo.

—Yo soy Abey.

Nos quedamos en silencio un segundo.

—Pues encantado de conocerte, Abey.

Le miro de reojo, con timidez, consciente de que él no puede saber que le estoy examinando porque llevo las gafas de sol puestas. Es muy guapo y muy atractivo. Alto, musculoso y viste bien.

—¿Quieres hablar de lo que te ha pasado? Dicen que suele ayudar.

—A mí no creo que me ayude... —murmuro, pero inconscientemente ya estoy pensando en cómo comenzar a explicarle lo mío con Buster—. Pero resumiendo la historia, aparecí en su trabajo sin avisar, le vi con una mujer que le hacía carantoñas y le llamaba “osito”, me dejó tirada para irse a comer con ella y después, me dejó tirada para siempre. Así de simple. Después de diez años de relación.

Evito añadir que, además, unas semanas antes él me había llamado a mí, por error, “osito”. Y no mientras desayunábamos o veíamos una peli, no. Me lo había llamado justo después de hacer el amor.

—Ufff... —suspira, sonriendo—. Diez años son muchos años.

—Sí que lo son —admito, sintiendo de nuevo esas malditas ganas de echarme a llorar.

—¿Quieres saber lo que pienso?

Me encojo de hombros.

—Que ese exnovio tuyo te la estaba pegando con su compañera de trabajo, y que después de que le hayas pillado con las manos en la masa, no le ha quedado más remedio que elegir.

—Y ha elegido a Georgina —susurro, asqueada.

—Sí, eso parece.

Respiro hondo para no hundirme y sufrir una crisis de ansiedad aquí mismo. Así que, en definitiva, Drew —¿se llamaba así?— también piensa que Buster llevaba pegándomela un tiempo con esa zorrana.

—¿Sabes, Abey? —me pregunta con confianza, como si fuéramos amigos de toda la vida—, no merece la pena que llores por alguien que no te merece y que no te quiere.

Drew se acerca a mí sin borrar su sonrisa y, con delicadeza, retira las gafas de sol de mi rostro. Debo de tener una cara horrorosa, pero le dedico una sonrisa y asiento mientras aspiró su perfume varonil. Su olor no me resulta familiar, y eso me gusta.

—Además, tienes unos ojos muy bonitos, ¿sabes?

—Debo de tener un aspecto horrible —señalo, riéndome de mí misma mientras guardo las gafas en mi bolso.

—Te aseguro que no.

Por un momento tengo la sensación de que está flirteando conmigo. Le sonrío, pensando si estaré en lo cierto o no. Llevo tantos años con Buster que, con el tiempo, poco a poco, he ido aprendiendo a obviar las señales de otros hombres y olvidándome de cómo debía tontear yo.

—Creo que iré a mojarme la cara —susurro, levantándome del asiento.

Los lavabos están frente a nosotros. Camino hasta ellos con el paso firme hasta meterme dentro y cerrar con fuerza la puerta. Me planto delante del espejo y me inspecciono; como bien imaginaba, estoy horrible. Ojos rojos, hinchados, ojeras de mapache... Estoy espantosa. Continúo mirándome muy fijamente y poco a poco las lágrimas comienza a resurgir mientras pienso en él. Y en ella. ¿Cuánto tiempo llevaría Buster engañándome? ¿Cuántas veces le he estado esperando en casa, creyendo que estaba en el trabajo, y en realidad no era así?

—Mentiroso... Cabrón mentiroso... —escupo con rabia.

Vuelvo a sentir la ansiedad apoderándose de mí, así que respiro hondo y me lavo la cara. Diez malditos años con él. Diez años siéndole fiel, y a saber cuántas veces me ha sido infiel él a mí... ¿Es que hoy en día la palabra compromiso no tiene ningún valor? ¿Cómo diablos he podido vivir tan ciega?

—No llores más, Abey... —me digo con voz seria y convencida—. No te merece. Buster no te merece.

Necesito repetirme esa última frase un par de veces más para empezar a creérmela. “Buster no te merece”. ¡No! ¡No me merece!

Vuelvo a lavarme la cara y me digo a mí misma que mientras esté en Fairbanks no pensaré en él. Aún no he decidido si le contaré la verdad o no a mi familia, pero por ahora, supongo, eso es lo de menos. Ya lo decidiré llegado el momento.

Cuando salgo del baño, me choco de bruces con el chico alto y moreno, Drew. Al parecer, justo él entraba al servicio de hombres.

—¿Ves? Guapísima —asegura, guiñándome un ojo—. Te digo de verdad, Abey, que ese tipo debe de ser un auténtico gilipollas.

Me río tontamente, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Gracias —respondo, justo antes de que él desaparezca detrás de la puerta.

¿Está tontear conmigo? ¿O solamente intenta ser amable? Un cosquilleo asciende por mis

entrañas mientras la rabia toma posesión de mis extremidades. Me siento... bien, y ahora mismo tengo ganas de ser yo misma y de demostrarle al cabrón de Buster que yo también puedo tomar las riendas de mi vida.

Ni siquiera soy consciente de lo que estoy haciendo cuando abro la puerta del servicio de hombres. Por un instante, pienso que quizás me pueda encontrar con media docena de tíos haciendo pis y me espanto, pero cuando me doy cuenta de que solamente está él, la confianza vuelve a aflorar en mí —aunque cada vez es más débil—.

—¿Abey? —inquire, frunciendo el ceño.

“No lo hagas”, me dice la vocecita de mi cabeza. Pero ya es tarde para echarse a atrás. Muy tarde. Camino con paso firme hacia él, lo empujo contra la pared y sin decir nada, le beso. Al principio él no reacciona, pero un segundo más tarde sus manos ya se han posado en mi cadera y su lengua está casi en mi garganta. Le toco el torso; duro, fuerte, musculoso. En cualquier momento cualquier persona podría abrir la puerta e interrumpirnos, pero en vez de cohibirme es un extra de peligrosidad que me excita. Drew, que ya se ha puesto a tono, me sujeta por la cintura y me empuja levemente para obligarme a caminar hasta uno de los servicios con puerta. Nos encerramos dentro, aunque no ayudará a que pasemos desapercibidos si entra alguien; mi respiración, su respiración, la humedad de nuestros besos, los jadeos que abandonan nuestra garganta... Veo que no se atreve a dar un paso más, así que decido tomar yo la iniciativa. Diez años. Diez años sin besar a otro hombre, sin acostarme con nadie más. Y pienso remediar eso antes de llegar a Fairbanks. No sé si me ayudará a sentirme mejor o no, pero estoy dispuesta a correr el riesgo. Sin dejar de besarle, llevo las manos a su cinturón para desabrocharlo. Después hago lo mismo con el botón mientras percibo su miembro, creciendo de forma vertiginosa bajo la tela del calzoncillo. Sonríe, besándole. Él sonríe también. Nuestros dientes chocan un instante, pero no es en absoluto desagradable. Es... complicidad, supongo. Le bajo los pantalones y sujeto su erección con mis manos antes de comenzar a masajearla, subiendo y bajando desde el tronco con suavidad. Drew jadea, gime y se aprieta contra mí, excitado. Después, introduce una mano bajo mi camiseta y la lleva hasta mis pechos para sacarlos del sujetador. Los masajea, pellizca mi pezón y cuando grito de placer, lleva su mano al botón de mi pantalón y lo desabrocha. Entonces escuchamos la puerta del exterior abriéndose y nos quedamos quietos, paralizados. Percibimos el sonido de unos pasos acercándose a los orinales, y aunque lógico sería aguantar el calentón y esperar a que el susodicho se marche, no puedo. No soy capaz. Estoy demasiado... entregada. Excitada. Y no quiero parar ahora. Le beso, él sonríe sin devolverme el beso como si estuviera queriendo decirme que “estoy siendo muy mala”, y mientras tanto, continúo masajeando su miembro, aumentado el ritmo... Acariciándole más... Drew se ríe y procura detenerme, pero no le hago caso. Además, a estas alturas el desconocido de fuera ya debe imaginarse lo que estamos haciendo aquí dentro.

Me agacho hasta quedar de rodillas y me llevo su miembro a la boca. Él jadea, esta vez demasiado alto, y yo soy incapaz de no sonreír mientras succiono su corona con ganas. No recuerdo la última vez que practiqué sexo oral con Buster... y tampoco me importa. Ahora estoy aquí, con él. El desconocido abandona el lavabo —por la velocidad de sus pasos, yo diría que de forma apresurada—, y Drew tira de mí para levantarme del suelo, me gira, me empuja contra la puerta y me baja los pantalones. Un hormigueo nervioso recorre mis entrañas, humedeciéndome, mientras escucho cómo se pone el preservativo. Y después, me penetra. Lentamente, muy despacio. Poco a poco va moviéndose dentro de mí, haciéndome perder el control. Siento su mano abierta sobre mi espalda y la otra, sujetando mi cintura. Aprieta con más fuerza, entrando,

saliendo, besándome en el cuello... gimiendo. Gimiendo tanto como gimo yo.

—Joder... —escucho que murmura—, voy a correrme...

—Y yo... —consigo decir, recibiendo cada embestida con mis caderas.

Y entonces, explotamos.

Drew tarda unos segundos en apartarse de mí, y cuando lo hace, yo me apresuro a subirme los pantalones y a colocarme el sujetador con rapidez. De pronto, toda esa vergüenza que no he sentido hasta ahora se apodera de mí y soy incapaz de no preguntarme qué diablos acabo de hacer. Yo no soy ese tipo de chicas que tienen relaciones sexuales con un desconocido en los lavabos de un aeropuerto. En absoluto.

—¿Quieres que mire si hay alguien? —inquire, quitándose el preservativo.

La timidez vuelve a conquistarme, así que sacudo la cabeza en señal de negación, abro la puerta ligeramente y tras comprobar que no hay moros en la costa, salgo escopetada de ahí.

Cuando me siento en el banco, el corazón me late con fuerza y me tiemblan las piernas por la postura y el esfuerzo. Y en ese instante me doy cuenta de que la gente ya ha comenzado a embarcar al avión. Me levanto nerviosa y, sin esperar a Drew, me coloco en la fila.

—¿Qué diablos acabas de hacer, Abey? —me pregunto a mí misma, confusa.

Esta vez no tengo a mi lado a nadie conocido que vaya a calmar mis nervios, así que nada más abrocharme el cinturón saco una pastilla del bolso y me la trago. Es un somnífero que descubrí gracias a la variedad de medicamentos que recetaban a la tía Isy en tiempos pasados. Y es una verdadera bomba. El avión aún no ha despegado cuando yo ya noto los primeros síntomas y la somnolencia apoderándose de mi cuerpo y de mi mente. La visión se me emborrona ligeramente y sospecho que, al final, me quedaré dormida antes de despegar.

—No tenías que huir de mí, Abey...

Levanto la cabeza y le veo ahí, plantado. Mirándome con esos profundos y sensuales ojos marrones. Un cosquilleo recorre mi vientre al recordar lo que acaba de suceder entre nosotros y le dedico una sonrisa cómplice.

—No huía, Drew —aseguro.

El pasajero que está detrás de él le llama la atención por detenerse y taponar el pasillo y se ve obligado a continuar. Yo sonrío como una tonta, diciéndome a mí misma que quizás ese pequeño encuentro sexual en los lavabos haya sido lo más excitante que haya hecho en mi vida; y mientras lo recreo en mi cabeza sin poder creerme que yo haya sido capaz de hacer algo así, los pasajeros ya se han terminado de sentar y el avión comienza su despegue. Cuando quiero darme cuenta, los párpados me pesan demasiado como para mantenerse abiertos y termino quedándome dormida.

Cuando abro los ojos la pantalla que tengo en el reposacabezas de enfrente me indica que aún quedan tres horas de trayecto. He dormido bastante, aunque tampoco era de extrañar después de la última noche que he pasado.

—No imaginas la envidia que me das... Yo soy incapaz de quedarme dormido mientras vuelo.

Le miro y es él. Drew. Está sentado a mi lado, con una revista abierta de par en par. Es la típica revista que encuentras en el asiento delantero con los productos que se venden en el avión.

—¿Te cuento un secreto? —respondo, guiñándole un ojo—. Me he drogado.

—Me lo imaginaba por tu forma de roncar —me dice con una risita.

Le suelto un codazo en el lateral y le río la gracia. Porque es una gracia, ¿no? Por un momento, me aterra la idea de que haber estado echando ronquidos junto a él.

—Yo no ronco —le digo, y aunque intento mantenerme seria no lo consigo. Drew tiene una de esas sonrisas que se contagian con solo mirarlas—. ¿Qué haces aquí? ¿No te había tocado otro asiento?

—He chantajeado a tu acompañante para que me cambiase de asiento... —bromea de nuevo—. ¿Te apetece algo de comer? ¿O beber? —añade, señalando la botellita de whisky.

Sacudo la cabeza en señal de negación.

Sé, por experiencias pasadas, que el alcohol resulta contraproducente. En vez de calmar mis nerviosos los empeora.

—¿Y vas a contarme qué se te ha perdido en Fairbanks?

—Mi familia vive allí —resumo, evitando entrar en detalles—. Y sabes eso que suele decir... Uno siempre regresa a casa por Navidad.

Drew asiente.

—¿Y tú? ¿Vas en busca de un pingüino?

—En realidad, no. Voy a visitar a mi mejor amigo.

—¿Vive en Fairbanks?

—En las afueras —me dice, sin especificar más—. Se marchó por trabajo, se enamoró de una chica de allí y..., a estas alturas de la película no creo que vaya a regresar nunca más a Nueva York.

—¡Qué romántico! —exclamo, y me doy cuenta del tono irónico que desprende mi voz.

Creo que, ahora mismo, repudio todo lo que tenga que ver con el amor y el romanticismo.

—La verdad es que sí... Es como un hermano para mí, así que...

¿Y yo? ¿Sería capaz de regresar a Fairbanks por amor? ¿De volver al frío polar? Miro a Drew de reojo y me hago esa misma pregunta, pero enfocándola a él. ¿Es el típico chico que dejaría su vida atrás por una mujer? ¿Cambiaría de ciudad, de hábitos y de trabajo por amor?

—¿En qué trabajas, Abey? A parte de la reciente ruptura, no me has contado nada más de ti.

—No sabía que te interesara conocerme.

Drew sonríe con esa picardía característica de quien está disfrutando con el juego.

—Has conseguido despertar mi curiosidad, te lo aseguro.

Me sonrojo al instante.

Me gustaría poder explicarle que yo no suelo hacer esas cosas y que no sé qué es lo que me ha pasado, pero decido quedarme callada porque tampoco se lo creería.

—Pues soy socia de un estudio de arquitectura —respondo con un poco de timidez—. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas, Drew?

Le miro de reojo, sin ser descarada. ¡Dios, es guapísimo!

Me cuesta creer que hace unas horas él y yo... Bueno, ya sabéis. Es que ha sido tan extraño y yo me sentía tan confusa que todavía me parece algo irreal. Surrealista.

—Soy profesor de educación infantil.

Pestañeo, sorprendida.

No me esperaba esa respuesta. No sé, podía imaginármelo como profesor de gimnasia, o de escalada, pero no rodeado de niños cantando canciones de preescolar.

—¿Educación infantil? —repito, incapaz de ocultar mi sorpresa.

—Ahora mismo trabajo con una clase de cinco y seis años.

Me lo imagino sentado en una alfombra de colores, rodeado de niños con mocos, y de pronto la primera imagen que tenía de él cambia por completo. No parece el típico guaperas rompecorazonos que se pasa los fines de semana metido en los bares y en las discotecas.

—Vaya... —resoplo—, ¿así que te gustan los niños?

—Me encantan —asegura con una sonrisa—, ¿a ti no?

Yo me encojo de hombros.

—Sí, supongo que sí.

—¿Supones? —suelta con una risita.

—La verdad es que nunca me había planteado si me gustaban o no...

—¿Pero quieres niños?

Me quedo callada sin saber qué responder. Buster y yo prácticamente no hemos hablado jamás de tener hijos propios, así que es algo que nunca me he planteado a corto plazo.

—Supongo que, si encontrase la persona correcta, sí.

Él asiente, sin borrar esa sensual sonrisa.

¡Ay, Dios! ¡Qué tentadora es!

—El problema es que encontrar a la persona correcta no es tan fácil como parece, ¿no crees?

Le examino disimuladamente, procurando adivinar si está hablando de mi fallida relación con Buster o si, esta vez, se refería a su caso en particular.

—Supongo.

—Hablando de niños, Abey... ¿Cuántos años tienes?

Suelto una risotada enorme, tan fuerte que varios de los pasajeros de nuestro alrededor se giran para observarnos con curiosidad.

—¿Estás intentando averiguar si se me pasa el arroz?

Él pestañea con inocencia.

—En absoluto, es mera curiosidad.

—Pues deberías saber que esa pregunta no se le debe hacer a las señoritas —bromeo, divertida.

En este preciso instante me doy cuenta de que llevo un buen rato sin pensar en Buster. Y lo que es mejor, sin sentirme mal conmigo misma. Esa sensación de ansiedad y esas ganas de echarme a llorar constantemente han desaparecido por completo.

—¿Entonces no voy a obtener una respuesta?

Frunzo el ceño, pensativa, haciéndole rabiar.

—No lo sé... Puede que sí, si lo adivinas...

Drew sonrío, siguiéndome el juego, y se gira hacia mí para examinarme bien.

—Veintidós.

—¡Venga ya! ¡Embustero!

—¿Cuántos?

—Veintinueve —corrijo, aunque es evidente que no aparento tan poco como él ha dicho—. ¿Cuántos creías?

—En realidad, te echaba veintisiete —me explica, risueño—, pero para quedar bien he decidido quitarte cinco más.

—Todo un caballero... —murmuro, en el momento exacto en el que el avión pega una fuerte sacudida.

Me sujeto a los reposabrazos con fuerza con el corazón a mil pulsaciones por segundos. Puedo sentir los latidos en mis oídos, fuertes, rápidos y seguidos. Me siento mareada y todo da vueltas a mi alrededor. La señal luminosa que tenemos sobre nuestras cabezas se enciende, indicando que todos los pasajeros debemos mantenernos sentados y con los cinturones abrochados. Yo, por descontado, ya lo llevaba abrochado. Siento que estoy a punto de desmayarme cuando, de pronto, la mano de Drew se coloca sobre la mía.

—A mí tampoco me hacen mucha gracia los aviones —me explica con un gesto cómplice, apretando con cariño para que me calme.

Yo rodeo su mano con mis dedos, sujetándola. Sé que no debería tomarme estas confianzas, pero... ¡Otra maldita sacudida me hace no planteármelo demasiado! La voz de la azafata suena de fondo, avisándonos de que estamos pasando por una larga zona de turbulencias y que las sacudidas durarán un rato más. Nos pide calma y tranquilidad y nos asegura que pronto habremos dejado atrás la tormenta.

La verdad es que no sé si sus palabras consiguen tranquilizarme o ponerme más nerviosa.

—¿Sabes? Siempre quise ser padre joven.

Le miro de reojo.

Me sudan las manos y estoy empezando a hiperventilar.

—Todavía puedes serlo —le respondo muy seria, mirándole.

Seguro que le está dando asco mi sudor, pero por respeto no me dice que le suelte la mano. Y yo estoy tan histérica que no quiero hacerlo; no quiero soltarle.

—En realidad, ya tengo treinta y dos años. Cuando estudiaba la carrera creía que a estas alturas ya tendría mi propia familia.

Le miro boquiabierta. Debe de ser el hombre más extraño del planeta, porque hoy en día, a casi todos, suelen espantarles la idea de ser padres tan pronto. Y si a eso le sumamos que las mujeres cada vez concebimos más tarde...

—Eres joven todavía, de verdad —le digo con sinceridad—. Seguro que pronto encontrarás a la persona correcta y puedes formar esa familia que tanto quieres.

—¿Has tenido muchas parejas?

El avión pega otra sacudida.

Sé que está intentando mantenerme ocupada para que me tranquilice, pero la verdad es que no funciona. Soy incapaz de distraerme.

—No. Solamente ha estado Buster en mi vida. ¿Y tú?

—Unas cuantas —me explica, sonriéndome con cara de travieso—. Pero ninguna me ha gustado lo suficiente como para querer tener algo serio.

—¿Cuánto ha durado tu relación más larga? —inquiero, y al hacerlo soy consciente de que tu táctica, poco a poco, va funcionando.

Ahora mismo estoy más concentrada en la conversación y en nuestras manos sudorosas entrelazadas que en las turbulencias.

—¿Tengo que ser sincero?

Asiento.

—Un año... Casi.

—¿Casi? —me río tontamente—. Creo que eso ni siquiera puede considerarse una relación.

Pienso lo contradictorio que es todo.

Quiere saber padre joven, encontrar el amor y formar una familia, pero las chicas solamente le duran un asalto.

—El problema suelen ser ellas, aunque no te lo creas.

—No me lo creo —me río, examinándole esos intensos ojos castaños.

No tienen un color especial, pero su forma de observarme es... Es diferente. Tentadora. Profunda e intimidante al mismo tiempo.

—De verdad. Te estoy siendo sincero —asegura—. No quiero perder el tiempo con chicas con las que sé de sobra que no terminaré congeniando, así que directamente no alargó las cosas más de lo necesario.

Levanto las cejas, divertida, y él continúa sin borrar esa sonrisa pícaro.

—Tengo la firme convicción de que no se necesitan más de cinco citas para saber si una mujer será la definitiva o no.

—¿En cinco citas? ¡imposible! —exclamo, divertida, un instante antes de que la luz de los cinturones que tenemos sobre nuestras cabezas se apague.

—Te lo aseguro.

Aflojo su mano, soltándola. No puedo evitar sonrojarme, avergonzada, mientras el encoge y estira los dedos para recuperar la circulación.

—Un poco más y hubiera padecido gangrena —bromea.

Le propino otro codazo juguetón como el de antes y él me devuelve el gesto.

Después nos quedamos en silencio un rato, cada uno concentrados en nuestros propios

pensamientos. Yo, para variar, tengo a Buster en la mente. ¿Sabía, antes de que todo esto sucediera, que lo nuestro no avanzaba correctamente? Está claro que las cosas no iban bien, pero yo siempre había albergado las esperanzas de que pudieran cambiar. De que madurase. Creo que diez años dan para mucho y que las etapas de la vida, dependiendo de en qué punto de ella estés, van cambiando. Lo que tengo muy claro es que, si me rijo por la norma de las cinco citas, hubiera apostado mi vida entera de que yo moriría junto a ese chico risueño que solamente quería sonrojarme y hacerme pasar un buen rato. Buster era todo lujuria, pasión y diversión. Sin malas caras, sin reproches, sin malas palabras. Era el chico perfecto. El chico con el que llevaba soñando desde mi adolescencia.

Por eso, quizás, sentí tantos celos de Ginny cuando me dijo que iba a casarse. Ella tiene lo que yo creí que ya tenía en mi vida.

—Parece que ya vamos a aterrizar... —señala Drew, y me doy cuenta de que la complicidad con la que se dirige a mí me recuerda muchísimo al Buster de aquellos maravillosos años.

—Sí, eso parece...

Drew es todo un caballero y se queda conmigo hasta que la cinta escupe mi maleta para bajarla al suelo. La verdad es que pesa una barbaridad. Caminamos hacia la puerta de “salidas”, charlando de todo y de nada. Ha llegado el momento de la despedida, pero... ¿Cómo te despedes de un tío que has conocido hace unas horas y con el que ya has hecho un intercambio de saliva? Y todo eso estando serena, nada de una noche loca de discoteca.

—¿Te vienen a buscar?

Drew me ha caído muy bien, pero no me apetece que me proponga compartir un taxi. En realidad, alargar esta despedida un rato más únicamente servirá para que la situación se vuelva más incómoda y violenta.

—En realidad, no...

—Podemos llevarte, si quieres. A mí sí me vienen a buscar —me dice—. O al menos, eso espero... Aunque tampoco me extrañaría que mi colega no se acordase de mí.

Me río tontamente y decido que ha llegado el momento. Me detengo frente a la puerta de salida y me giro hacia Drew, que también se ha quedado inmóvil frente a mí.

—Creo que ha llegado la hora de decir adiós...

—Eso parece —respondo, dedicándole una sonrisa sincera—. Ha sido un placer conocerte.

—Un placer muy emocionante —señala con una risita—. ¿Te veré de nuevo?

Dudo unos instantes, sopesando qué responder. Podría darle mi número de teléfono, pero la verdad es que no sería nada apropiado. Aún no sé en qué punto de la ruptura estoy con Buster y ni siquiera he vuelto a hablar con él desde que recogió cuatro cosas y se marchó de casa. Quizás lo nuestro no tenga solución, o sí, quién sabe. Por otro lado, acabo de demostrarme a mí misma que una distracción como Drew puede ser rematadamente eficaz para curar las penas y ahogar los males.

—¿Qué me dices, Abey? ¿Me das tu número?

Pero algo me dice en mi interior que sería un error.

Él está soltero, busca una relación estable, una familia... No busca una amistad, ni a una mujer que lo utilice como “sacaclavos” en sus momentos de bajón. Creo que lo nuestro no funcionaría de ninguna de las maneras.

—Creo que no, Drew. Lo siento —respondo, dedicándole una breve sonrisa a modo de “adiós”.

Ni siquiera me molesto en esperar su respuesta, porque nuevamente vuelvo a sentir ese maldito nudo que me aprieta el estómago y la garganta. Salgo por la puerta decidida a dejarle atrás y una oleada de “amigos”, “familiares” y “taxistas” aparecen al otro lado, esperando pacientemente con sus sonrisas sinceras para dar la bienvenida a los recién llegados. A mí no me espera nadie, y eso me hace sentirme todavía más apagada.

—¡Espera, Abey! —grita Drew, corriendo detrás de mí.

Me detengo donde estoy con el corazón a mil por hora.

—¿Un último beso como despedida? —pregunta.

Me río tontamente. La verdad es que dudo mucho que la vida vuelva a juntar nuestros destinos, así que... ¿Por qué no?

Suelto la maleta, enrosco mis brazos alrededor de su cuello y, sin pensármelo demasiado, presiono mis labios contra los suyos. Él rodea mi cintura, apretándome contra su cuerpo y buscándome de forma desesperada. Sé que este beso debería de durar unos segundos, pero la verdad es que se alarga más de la cuenta. ¡Ay, Dios! ¡Es que este chico besa demasiado bien!

—Ha sido un placer conocerte, de verdad —me dice con la respiración agitada cuando por fin nos separamos.

—Yo también lo creo, Drew...

Y entonces, en un solo instante, mi mundo se desmorona ante mí.

Ginnifer, con los abiertos como platos, está plantada frente a nosotros con los brazos en jarras y un gesto de perplejidad grabado en el semblante. Me quedo sin respiración cuando la veo allí, junto a Neo.

—¿Qué haces...?

—¿Drew? —pregunta Neo, con el mismo gesto de asombro que tiene Ginny—. ¿Pero... qué? Drew y yo nos miramos, sin comprender nada.

—¿Los conoces? —me pregunta, anonadado.

Me llevo las manos a la cabeza mientras maldigo internamente mi maldita mala suerte.

—¿Neo es tu amigo de la infancia?

Drew asiente.

—¿Y tú de qué los conoces? —inquire, sorprendido.

Suspiro hondo.

—Drew, te presento a mi cuñada... Abey —responde Neo con un tono bromista que consigue desquiciarme por completo.

“Genial”, murmuro para mis adentros.

Tierra, trágame.

Nos subimos todos a la destartalada ranchera de papá, en silencio. Ginnifer y Neo van delante y Drew y yo viajamos detrás. La situación es demasiado tensa y tirante y ninguno de los presentes se atreve a decir nada. Yo, mientras tanto, rezo porque Drew se baje cuanto antes del coche para poder explicarle a mi hermana y a mi cuñado todo lo que ha pasado. Unos minutos atrás, me preguntaba a mí misma si debía contarles o no lo que había ocurrido con Buster. La verdad es que era algo que quería evitar, pero llegados a este punto creo que no tengo otra salida posible.

En el exterior, hace un frío de narices. Menos veinte grados centígrados. Los cristales están congelados y las carreteras, si no fuera por el tránsito constante de la quitanieves, estarían totalmente cortadas y colapsadas. Ha sido un verdadero milagro que no hubiera tormenta y que el avión haya podido aterrizar sin problemas.

—¿Alguien me va a explicar algo? ¡Porque no entiendo nada! —estalla, finalmente, mi hermana—. ¿Dónde está Buster? ¿Por qué has venido sin avisar? —interroga, girándose y mirándome a mí directamente—. ¿Y por qué diablos te acabo de ver besando al mejor amigo de mi prometido?

Trago saliva. Ninguna de esas preguntas es fácil de responder.

—Cuando dejemos a Drew es su hotel te lo explicaré todo, de verdad... Pero no es lo que tú te piensas.

Drew y Neo carraspean a la vez.

—¿Qué? —inquiere, sin comprender qué es lo que he dicho.

—Drew se queda en nuestra casa —señala Ginny, que parece estar histérica y confundida al mismo tiempo—, así que ya puedes empezar a contarme todo lo que está pasando... ¿Buster y tú habéis roto? —pregunta, directa al grano.

—¡No! —exclamo, sin saber por qué.

—¿No? —replica Drew, sorprendido.

—Joder... —murmuro, escondiendo mi rostro tras mis manos—. Buster y yo tuvimos una fuerte discusión y... Bueno, se marchó de casa. Ahora mismo no estamos juntos y no sé si lo nuestro se va arreglar o no —explico, rezando internamente con que con eso sea más que suficiente—. La verdad es que es bastante difícil de explicar, Ginny.

Drew me mira de reojo mientras que, mi querida hermanita, me examina sin siquiera pestañear. Sentirme tan analizada y ser el centro de atención no es precisamente de mi agrado, pero ahora mismo tengo otras preocupaciones; como, por ejemplo, que mi ligue de aeropuerto vaya a quedarse a dormir bajo el mismo techo que yo la próxima semana.

—Bueno... En fin, me alegro de que estés aquí —me responde con sinceridad—. Empezaba a pensar que no vendrías a mi boda.

—Jamás me la perdería —aseguro con una amplia sonrisa.

Ginnifer, aparentemente complacida con mis respuestas, se da la vuelta para mirar al frente.

—Oye... ¿Y de qué os conocéis Drew y tú? —inquiere Neo desde el volante, cuya curiosidad

no parece del todo saciada.

—La verdad es que nos conocimos en el... —comienza Drew, pero impido que continúe porque le pego un buen pisotón en el pie.

¿Está loco, o qué? ¿De verdad iba a contarles que mantuvimos relaciones sexuales en los lavabos del aeropuerto sin siquiera conocernos de nada?

—Nos conocimos en un bar de Nueva York —atajo yo, tomando las riendas de la conversación—. Y lo que habéis visto antes...

—No ha sido nada —me interrumpe él—. Podéis olvidarlo.

Neo y Ginny se lanzan una miradita que nosotros, desde aquí, no llegamos a descifrar. Supongo que cuando se queden a solas hablaran largo y tendido sobre esto. Y supongo que mi rol de hermana mayor buena, encantadora, formal y responsable se acaba de ir a la mierda en dos segundos.

Neo detiene el coche a mitad del camino, porque la carretera está taponada y se ha formado una caravana terrible. Al parecer, el temporal de Fairbanks está siendo tan intenso que ni siquiera la máquina quitanieves, que funciona las veinticuatro horas de cada día de la semana, consigue mantener los caminos al cien por cien despejados. Observamos que varios hombres salen con palas a despejar el camino por ellos mismo y Neo y Drew deciden unirse y colaborar.

—Tenemos cadenas y una pala —le dice Neo—. Encárgate de las cadenas y yo iré a despejar el camino con el resto.

Dos minutos después, Ginnifer y yo estamos a solas en el coche. Sin hablar, en silencio.

—¿Qué tal está la tía Isy? —pregunto con un nudo en el estómago.

No me puedo ni imaginar lo que estará pensando de mí.

—Está..., supongo que igual que la última vez que la viste —me dice escuetamente, sin entrar en detalles.

Ginny enciende la radio e intenta sincronizar alguna cadena que se escuche bien para romper el silencio. Pero la tormenta es tan fuerte que la señal termina perdiéndose en todas las emisoras.

—Buster me está siendo infiel con una compañera de trabajo —le explico, sin saber por qué—. Llevamos unos meses bastante malos y... Cuando la vi con ella, bueno... Se ha marchado. Se ha marchado y creo que no va a volver conmigo.

Ginny se gira sobre su asiento para poder mirarme. Tiene los ojos abiertos como platos y parece incapaz de asimilar lo que le acabo de decir. Y la verdad, después de contárselo me siento mucho mejor. Necesito que mi hermana pequeña entienda cómo me siento y porqué he actuado de la manera que lo he hecho.

—Por eso he venido sin avisar... No quería quedarme en casa, sola, pensando en dónde estaría él en esos instantes y con quién.

—¡No jodas, Abey! —exclama, boquiabierta—. ¿Por qué demonios no has dicho nada antes?

Me encojo de hombros.

—Admitir que tu novio, ese con el que llevas diez años, te ha estado engañando y que te ha abandonado no es algo sencillo.

—¿Y por eso te estabas liando con Drew en el aeropuerto? ¿Por despecho?

Intento encontrar una respuesta mejor a eso, pero supongo que no la hay.

—Sí, supongo que sí —admito con pesar, avergonzada—. He pensado que quizás eso de “un clavo saca otro clavo” no fuera del todo incierto.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Funciona? ¿Drew ha cumplido tus expectativas? —me dice con una sonrisa de medio lado. Suspiro hondo.

—Durante un rato, sí. Pero después siempre vuelvo a pensar en Buster —le explico sin esforzarme por ocultar mi tristeza—. Supongo que diez años no se pueden borrar de la noche a la mañana.

Ginnifer se queda en silencio, pensativa.

Supongo que acabo de proporcionarle demasiada información y que necesitará su tiempo para procesarla. Vemos a Drew, que ha terminado de colocar las cadenas, rodear el vehículo para juntarse con el resto de los hombres que ayudan a despejar la carretera.

—¿Sabes? —me dice Ginny con voz de pillita—. Buster siempre me ha caído fatal.

Me quedo estupefacta al escuchar eso.

—¿Lo dices en serio? ¿O es solamente para hacerme sentir mejor?

—Lo digo muy en serio —admite, girándose de nuevo hacia mí—. A papá y a mamá tampoco les cae demasiado bien, pero por respeto a ti no dicen nada.

—¿De verdad?

Me parece increíble que, en estos diez años, nadie me haya contado nada al respecto. ¿Cómo es posible? ¡Pensaba que mamá adoraba a Buster!

—Es soso y muy egocéntrico —se ríe Ginny, contagiando su risa—. Por cierto, ¿te has fijado en lo guapo que es Drew? A mí me parece un encanto de chico.

Y sin poder evitarlo, salto en carcajadas. No me puedo creer que mi hermana pequeña me esté intentando vender al mejor amigo de su futuro esposo. Ginnifer también se empieza a reír, pero después de un rato, se tranquiliza y se gira hacia detrás para darme un profundo abrazo.

—Saldrá todo bien, hermanita. Créeme.

De pronto, sin quererlo, soy yo la que se siente la pequeña de las dos.

Conseguimos llegar a casa después de la cena.

A pesar de las horas que son, mamá aún está despierta, esperándonos en el salón. Cuando me ve aparecer con el resto su cara pasa de la sorpresa a la felicidad máxima, y ese pequeño gesto hace que mi corazón vuelva a sentirse feliz. Definitivamente, he hecho muy bien en salir pitando de Nueva York. Aquí, al menos, estoy rodeada de las personas que me quieren, y eso me hace sentirme bien conmigo misma.

—Tenéis la cena en el horno, ¿vale? Me voy a ir a la cama —anuncia mamá, justo después de besarme en la frente—. Por cierto, Drew... Bienvenido a casa —añade, guiñándole un ojo.

De forma inconsciente, me sonrojo.

No quiero delatarme, pero tener a Drew bajo el techo de mis padres es algo bastante incómodo para mí. Gracias a Dios, parece que él y Neo no se separan ni un solo instante, y eso me permite relajarme con mi hermana.

—Menos mal que has venido —me dice Ginny, sirviéndose un tazón de chocolate caliente—, porque aguantar a estos dos yo sola habría sido imposible.

Me río tontamente.

—Parece que se llevan muy bien.

—Sí... Son como hermanos —me explica—, se conocen desde que eran niños. Drew ha venido por la boda y se quedará hasta el día siguiente a la ceremonia. Después regresará a casa para pasar los días festivos con sus padres.

Después de cenar, con la tripa llena y calentita, cada uno de los presentes se marcha hacia su habitación. Drew dormirá en la que, en tiempos pasados, fue la habitación de la abuela. Después la transformamos en un trastero y actualmente es la habitación de los invitados. Yo, en vez de marcharme, me quedo un rato más en la cocina. Reviso mi teléfono móvil y compruebo que no tengo noticias de Buster, lo que me hace pensar que seguramente estará muy entretenido con su nueva amante. Georgina. Creo que ese nombre se ha grabado a fuego en mi cerebro.

—¿No subes a dormir?

Levanto la mirada y me encuentro con el guapo profesor de educación infantil. Es extraño verle en mi cocina, pero supongo que tendré que ir acostumbrándome.

—Aún no. No tengo mucho sueño, la verdad.

Me pregunta si puede sentarse en la silla vacía que tengo al lado y asiento sin dudar.

—¿Preferirías que mañana me marchase a un hotel? —inquire con una sonrisa de medio lado—. Entiendo que pueda resultar incómodo que esté en tu casa.

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—No es necesario. No me importa.

Sí, puede ser algo incómodo, pero terminaré acostumbrándome. Además, los dos somos adultos y creo que ya hemos dejado bastante clara la situación. Pasó y punto, lo mejor es olvidarlo y dejarlo atrás.

—No sabes nada de él, ¿verdad? —pregunta, señalando el teléfono con la mirada.

Lo tengo sujeto entre mis manos y aunque no era consciente de ello, lo tengo aferrado de forma compulsiva. Como si desease que liberase algún maldito sonido y que su nombre apareciera en la

pantalla.

—La verdad es que, al menos, me gustaría saber la situación en la que estamos —admito, encogiéndome de hombros—. Creo que diez años de relación no pueden dejarse atrás sin, al menos, tener una pequeña charla.

Drew asiente, en silencio.

—¿Quieres que te cuente lo que creo que va a pasar?

Le miro fijamente y asiento con la cabeza, en silencio. La verdad es que Drew es guapísimo, tengo que admitirlo.

—Se divertirá un rato más con la chica nueva, pero después se dará cuenta de que ella no eres tú, y volverá. A la gente le suele costar mucho salir de la zona de confort.

—¿Y yo soy su zona de confort?

—Algo así. A ti te conoce y, después de tanto tiempo, ya ha creado un entorno a tu lado —me explica—. No está enamorado de ella, porque si lo estuviera lo nuestro se habría terminado hace mucho tiempo. Simplemente está experimentando, pero volverá a tu lado.

—Georgina. Ella se llama Georgina.

Drew se levanta de la silla, se sirve un tazón de chocolate y me pregunta si quiero uno. Asiento, porque ahora mismo contar calorías no es precisamente mi mayor prioridad. Además, en navidades tengo pactado conmigo misma el permitirme engordar, al menos, tres o cuatro kilos.

—El problema será que cuando vuelva con el rabo entre las piernas tendrás que decidir qué hacer. Si perdonarle o no.

—No creo que vuelva —admito con sinceridad—. Empiezo a pensar que lo nuestro ya estaba terminado desde hace tiempo.

—¿Y por qué no le llamas y se lo preguntas? —propone, señalándome mi teléfono de nuevo.

Sí, podría hacerlo.

Clavo la mirada en Drew, sopesando lo que acaba de decirme. Creo que, de alguna manera incomprensible, este chico es capaz de crear en mí una valentía que yo ni siquiera sabía que existía en mi interior. Quizás sea porque me comprende, o al menos finge comprenderme muy bien.

—Voy a llamarle... —digo, encendiendo la pantalla.

Me pregunta con voz dudosa si prefiero que se marche y yo le respondo que no. No sé, tenerle aquí presente es una forma de sentir un poco de apoyo moral. De sentir que no estoy sola. Pulso su nombre con un cosquilleo recorriéndome las extremidades y espero mientras los tonos inundan la cocina. Tengo el volumen al mínimo, pero la casa está tan silenciosa a estas horas que pueden escucharse igualmente. Dos, tres, cuatro... La llamada se extingue y Buster no contesta.

—Creo que no quiere saber nada de mí —admito, sonriendo con pesar.

Es increíble que esté hablando tan tranquilamente sobre Buster con el chico con el que, unas horas atrás, me he acostado. Todavía más increíble es que sea él quien me esté aconsejando sobre cómo afrontar esta... ruptura —si es que se le puede llamar así—.

—A veces la falta de respuesta también es una respuesta. Piénsalo.

Asiento en silencio, sopesando si debería de volver a llamar o no.

No, no voy a hacerlo. Drew tiene razón. Ahora mismo, Buster está tomando sus propias decisiones sin contar con mi bienestar, así que lo justo es que yo haga lo mismo. No puedo quedarme de brazos cruzados esperando a que regrese o que se decida a dejarme definitivamente. No tiene sentido. ¿Acaso él está sentado, pensando en mí, esperando una respuesta? ¿Esperando una llamada? ¿Un “lo siento” o un “te quiero”? No. No le importan lo más mínimo mis sentimientos, así que debería de aplicarme el cuento y darle un poco de su propia medicina.

Drew se levanta de la silla de la cocina, con el chocolate entre las manos, y se acerca a la ventana. Se queda ensimismado observando el exterior y no puedo evitar aprovechar para escanearle descaradamente. Es guapísimo y está buenísimo. Y, además, le gusto. O, al menos, le atraigo físicamente. Lo que es lo mismo. He de admitir que será un auténtico peligro convivir bajo el mismo techo que él con el corazón hecho añicos, porque la tentación de querer borrar penas en otra cama es demasiado seductora.

—Creo que nunca había visto nevar con tantísima fuerza.

Suelto una risita.

—Creo que has visitado muy poco Fairbanks —le digo—. Esto es lo que tiene diciembre en Alaska.

Drew deja la taza en la encimera de la cocina y me lanza una mirada traviesa. Sus labios se curvan en una sonrisa que me parece lo más seductor que he visto en los últimos años antes de acercarse a mí con la mano tendida.

—Acompáñame fuera —me pide con los ojos chispeantes de ilusión.

Como si fuera un niño a punto de cometer una travesura inconfesable.

—¿Con el frío que hace? ¿Para qué? —inquiero, aún aferrando el chocolate entre mis dedos.

—Para ver la nieve caer.

Me quita la taza de las manos y me empuja hacia la puerta de la cocina. Yo suelto una risita nerviosa, preguntándome si realmente este chico está bien de la cabeza. ¿De verdad quiere salir al exterior con el frío que hace? ¡Por Dios! ¡Estamos a menos veinte grados! El termómetro de la ventana nos indica que la helada de la noche ya ha comenzado a hacer descender todavía más las temperaturas. Drew se quita las zapatillas de casa y comienza a calzarse las botas.

—Venga, por favor... —me pide con una sonrisa de niño pequeño que me vuelve loca—. No me quites la ilusión y haz feliz a este pobre chico de ciudad.

—No sé por qué —le digo, aceptando la locura de salir al jardín y comenzando a calzarme—, pero creo que de “pobre chico” no tienes ni un pelo.

Drew me guiña un ojo y me pasa mi chaquetón.

—Será solo un momentito, ¿verdad? —pregunto, dudando sobre si ponerme guantes o no.

Él asiente.

—Veo la nieve y volvemos a entrar, lo prometo.

Mientras abre la puerta de casa y un frío helador se filtra al interior, golpeándome la piel del rostro, pienso en Buster. O, mejor dicho, pienso en que Drew ha conseguido volver a distraerme para que mi situación con él deje de ser una preocupación constante.

Le veo salir a la calle y caminar hasta el centro del jardín. Yo entorno la puerta para que el viento frío no siga colándose dentro a sus anchas y me quedo quieta, observándole con fascinación. Este chico es lo más extraño que me he encontrado en mucho tiempo, sí. Drew abre los brazos de par en par y levanta la cabeza para mirar al cielo. Los copos de nieve caen sin descanso sobre él mientras impregnan su chaqueta y su cabello. Si se queda ahí quieto, en pocos minutos estará muerto de frío. Y seguramente, también cogerá un buen resfriado. Pero a él no parece importarle lo más mínimo.

Escucho los ladridos del perro del vecino, que debe de habernos escuchado salir de casa. Mis padres siempre han dicho que con ese perro viviendo en la caseta del jardín de al lado nunca nos será necesario tener nuestro propio sistema de alarma, y tienen razón. El chucho es capaz de escuchar el estornudo de una hormiga.

Estoy distraída, observando el jardín de los vecinos, cuando algo frío y duro me golpea de

pleno en el pecho. Drew acaba de lanzarme una bola de nieve.

—Pero, ¿qué haces? —pregunto, indignada, mientras le veo agacharse para hacer otra bola.

¡Por Dios! ¡Qué ya no somos dos niños pequeños!

—¡Ni se te ocurra, Drew! ¡No tiene ninguna gracia!

Todavía le estoy amenazando con el dedo índice cuando lanza la bola. Es rápido, así que no soy capaz de esquivarla y me da de lleno en el rostro. Siento la nieve fría cortando mi piel mientras me la sacudo. Algunos trozos de la bola se filtran por el cuello de mi jersey, así que los noto descendiendo por mi pecho. ¡Joder! ¡Qué frío! ¡Y qué daño!

—¿Estás bien? —inquiere, un poco asustado—. Lo siento, Abey. No pretendía darte en la ca...

Pero antes de que pueda terminar de contestar, yo ya he preparado mi revancha y estoy lanzándole la siguiente bola, que le da de lleno en el brazo izquierdo. Corro por el jardín para ponerme a cubierto detrás del árbol mientras él se resguarda junto a la ranchera de papá. El corazón me late a mil por hora y vuelvo a sentir esa adrenalina de mi infancia. Si cierro los ojos ahora mismo, estoy segura de que sería capaz de recrear a la perfección esas batallas de bolas de nieve con mi hermana.

—¡Sal de ahí, cobarde! —grito en voz alta, incapaz de contener la risa.

Lo lleva claro.

Los inviernos en Fairbanks eran duros y largos, y pocas cosas podías hacer para entretenerte; ir al centro comercial, al cine o hacer batallas de nieve. Y en eso último soy una verdadera experta.

Preparado dos bolas de nieve y me las guardo en el bolsillo, para tener munición de sobra preparada. Después hago otras dos que llevaré en mis manos para atacar directamente. No llevo guantes, así que siento los dedos congelados y entumecidos. Pero ni siquiera eso me detiene. Salgo de detrás del árbol y echo a correr hacia Drew. Él también había preparado su ataque, así que cuando me acerco a él lanza la primera bola. Consigo esquivarla de milagro y le lanzo la mía, que le da de lleno en el pecho. Después, lanzo la otra que tengo en la mano y las dos que tengo en los bolsillos. Acierto de lleno y no puedo evitar saltar en carcajadas, divertida, mientras el guapo profesor echa a correr hacia mí diciéndome que soy una tramposa. Me derriba con un golpe seco y ambos nos caemos en la nieve, riéndonos como dos niños pequeños que acaban de descubrir sus regalos de Santa Claus.

—No me habías contando que tenías experiencia... —se ríe, sujetándome por ambos brazos para inmovilizarme—. Si lo llego a saber, no me metía con la matona de Fairbanks.

—Tampoco me has preguntado —me defiende, pateando para liberarme mientras la nieve se cuele por debajo de mi ropa.

—Eres un misterio, Abey —me dice, mirándome tan fijamente que me hipnotiza.

Se deja caer junto a mí, soltándome, y mira al cielo. Aunque estoy congelada y muerta de frío, yo también me quedo donde estoy, observando el cielo encapotado y los copos de nieve que caen con un ligero baile hasta nosotros. Los siento en el rostro. Cuando tocan mi piel, se derriten y se hacen agua.

—Es precioso, ¿verdad?

Siempre he pensado que ver nevar era lo más aburrido que podía haber en este mundo. Quizás, lo pensaba, por el hecho de que era a lo que estaba realmente acostumbrada. Nieve y más nieve. Temporales y más temporales. En Fairbanks los días del año casi siempre son grises, apagados, sin un rayo de sol que caliente la piel y sin una ligera brisa que te refresque en verano.

—La verdad es que sí. Es bonito —admito, sintiéndome extraña.

Como si, de repente, fuera capaz de apreciar las cosas desde una perspectiva muy diferente.

Drew apoya el codo en la nieve, girándose hacia mí como si estuviéramos en una cama.

—¿Te gusta Fairbanks? —inquire, en una postura un tanto extraña.

Yo no necesito pensármelo mucho antes de responder.

—La verdad es que no —admito con sinceridad—. Es demasiado frío y anticuado. Se ha quedado atrás.

—¿Se ha quedado atrás? —repite, sin comprender.

—No tiene nada que ver con Nueva York.

Le miro a los ojos fijamente.

Nunca en mi vida había visto unos ojos castaños tan impactantes como los de Drew.

—A mí la ciudad me estresa —me confiesa con aire pensativo—, si pudiera escaparme lejos, lo haría.

—¿Y por qué no puedes?

—Por lo mismo que te he explicado antes. Porque es mi zona de confort y me da miedo salir de ella —confiesa, y deduzco que la conversación se está volviendo mucho más intensa de lo que pretendía—. Me encantaría marcharme lejos y volver a empezar, pero es lo único que conozco y me da miedo.

—Ya...

—Igual que a ti.

Pestañeo, mirándole fijamente.

—¿A mí? ¿Qué me da miedo a mí? —pregunto, riéndome en voz baja—. No me conoces.

—Te da miedo que tu novio te deje por otra, tener que volver a empezar de cero, equivocarte... Todos tenemos miedos, y quizás, por esa razón, no escuchamos lo que realmente nos está diciendo nuestro corazón.

Suelto una risita. Menuda absurdez; yo no tengo miedo de volver a empezar, si no de perder al hombre que quiero. Son cosas diferentes.

—Tengo frío —le corto, dispuesta a terminar con esta tontería antes de que vaya a más—. ¿Entramos?

Drew se levanta sin responder y me tiende la mano para ayudarme. La acepto y, con su ayuda, me levanto. Estoy congelada. Me sacudo toda la nieve que soy capaz y me digo a mí misma que lo primero que haré cuando suba a mi habitación será ponerme el pijama más calentito que tenga en el armario.

Caminamos hacia la puerta en silencio, aún tensos por la conversación que acabamos de mantener. El perro del vecino vuelve a soltar un par de ladridos, amenazando con despertar a todo el vecindario si no entramos pronto en casa.

—No me lo puedo creer... —murmuro, llevándome las manos a la cabeza.

—¿Qué pasa?

Señalo la puerta de casa con gesto abatido.

—No tengo llaves —explico, sintiéndome absurda—. Supongo que se ha debido de cerrar con el viento.

Drew suelta una risotada, divertido.

—¿Eso significa que vamos a tener que dormir bajo la intemperie? —se ríe, sin demostrar ninguna clase de preocupación.

Niego rotundamente con la cabeza.

Me alejo de Drew, me coloco junto al árbol del jardín y preparo un buen proyectil de nieve

para lanzar contra la ventana de mi hermana. Antaño, cuando una de las dos se escapa sin ser vista o llegaba a deshoras a casa, solíamos utilizarlo para llamarnos de madrugada. Lo lanzo, rezando porque mi puntería siga siendo igual de buena que cuando era niña, ¡y acierto!

Ginnifer, a estas alturas, debe de andar por su séptimo sueño. Me preparo para lanzar otra cuando, de repente, la ventana se abre.

—¿Qué diab...?

—¡Abre la puerta! —exclamo entre susurros—. Me he quedado en la calle...

Ginny frunce el ceño, seguramente preguntándose qué demonios hacía a estas horas en el jardín. Supongo que mañana ya tendré tiempo de sobra para dar explicaciones.

Me acerco a Drew y le anuncio, con una sonrisa de oreja a oreja, que ya he solucionado el problema.

—Oye, Abey... —me dice, frotándose las manos con impaciencia—. Me he parado unos segundos a escuchar mi corazón y...

—¿Y?

El guapo profesor sonríe con sensualidad.

—Y me ha pedido que haga algo inapropiado.

Estoy a punto de preguntarle qué locura se le ha pasado ahora por la cabeza, pero antes de poder decir ni una sola palabra Drew ya se ha abalanzado sobre mí. Sus labios chocan contra los míos, su fría mano se ahueca en mi mandíbula mientras mi cuerpo, incapaz de resistirse a sus besos, reacciona a él. A su olor, a su proximidad. Al calor que desprende cuando está cerca de mí. Puedo sentir esa sensación de mariposas aleteando en mi estómago y revolviéndome las entrañas mientras mi corazón, ese al que acabo de decidir escuchar, reza porque el instante sea eterno y nunca se interrumpa.

Escuchamos el ruido de la puerta abriéndose. Sé que Ginny va a aparecer en unos segundos al otro lado. Él también lo sabe... Pero al parecer, a ninguno de los dos parece importarnos lo más mínimo.

—¡Oh, no! —exclama, sin que la hagamos el más mínimo caso—. Ya está abierta... Así que sobre —dice, riéndose, antes de darse la vuelta y regresar escaleras arriba.

Entramos dentro.

Sé que en cualquier instante podrían aparecer mis padres e interrumpirnos, pero no me importa. No quiero que se detenga. Me quita la chaqueta entre besos y caricias apremiantes y, durante un pequeño instante, recupero la lucidez. Me separo de él con rapidez y niego con la cabeza.

—No podemos hacer ruido —le advierto, quitándome las botas.

Drew me mira muy serio, sin comprender a qué me refiero.

—Descálzate y... —estoy a punto de decir algo de lo que sé muy bien que me arrepentiré más tarde—, ven a mi habitación.

Tengo frío y, a la vez, ardo.
Es una sensación extraña.

Mientras me quito la ropa y voy dejando caer las prendas en los pies de mi antigua cama, pienso en Buster. La última vez que dormí ahí fue con él, así que sería una arpía insensible si no sintiera el más mínimo de los remordimientos. Me digo a mí misma, mientras espero a Drew en tanga y en sujetador, que él ahora mismo tendrá a otra mujer desnuda a su lado. No debería sentirme culpable, porque a fin de cuentas es él quien me ha abandonado.

Pero no puedo evitar. Pienso en mí misma y me doy cuenta de que ni siquiera me reconozco, porque en el fondo yo no soy así. Ni rencorosa, ni vengativa. Pero Drew despierta algo en mí que hacía demasiado tiempo que no sentía, algo que una vez atrás experimenté y que, durante muchos, muchísimos años, ha estado dormido en mi interior. Nervios, ilusión y... distracción. Es un cóctel perfecto que me mantiene a cien y me impide hundirme. Una bomba explosiva que me hace sentir menos abatida y más deseada.

Escucho sus pasos sigilosos por el pasillo. Se detiene frente a mi puerta y yo, que estoy hecha un flan, me preparo para recibirle. Pero no pasa. “Quizás haya cambiado de idea”, me digo, expectante. Un segundo, dos segundos, tres segundos...

Sí, una parte de mí cree que está cometiendo un error abismal. Pero en realidad no me importa; todo está roto y no sé qué va a ser de mí dentro de unas semanas. ¿De qué tengo miedo? No le debo explicaciones a nadie, en realidad.

Empiezo a pensar que Drew ha pasado de largo cuando la puerta se abre de par en par y aparece tras ella. Su gesto es tímido y nervioso.

—¿Cierras?

Obedece en silencio, repasándome con la mirada.

No puedo evitar sentirme expuesta al estar semidesnuda frente a un desconocido.

—¿Estás segura de qué...? —comienza, pero sacude la cabeza de lado a lado—. Sería un verdadero gilipollas si te concediera la opción de dudar —concluye, acercándose a mí lentamente.

—Si te sirve de algo, no dudo —miento—, estoy segura de lo que quiero ahora mismo.

Sé que Buster está con otra, sé que no me quiere lo suficiente como para preocuparse por mis sentimientos y sé que, ahora mismo, Drew está aquí y él no. No sé qué pensaré mañana, pero en estos momentos lo tengo todo bastante claro.

Drew comienza a desnudarse con prisas. Se quita la ropa con rapidez mientras yo me muerdo el labio y espero pacientemente sentada en el borde de la cama. Está buenísimo. Tiene unos abdominales marcados, unos pectorales fuertes y unos brazos que parecen capaces de aguantar perfectamente a una Abey en cada uno de ellos.

—Eres preciosa —asegura, tirando de mi brazo para que me levante de la cama.

Me besa, sujetándome por la cintura.

Sus manos nerviosas se pasean por mi cuerpo explorando cada rincón mientras su lengua inspecciona mi paladar. Decido hacer lo mismo y deslizo mi mano por su vientre, por sus brazos y por su pecho. Es guapísimo, parece un buenazo y encima, está para comérselo. Pero no soy idiota

y sé muy bien que si ninguna relación le ha durado un segundo asalto es porque, en el fondo, por muy buen chico que parezca ser, es otro rompecorazones más. Así de simple.

Me arranca el tanga a tirones y después se entretiene soltando mi sujetador, que se le resiste. Estamos desnudos, tocándonos, disfrutándonos, cuando escuchamos un ruido del exterior. Nos quedamos inmóviles hasta que todo parece estar de nuevo en calma, y después Drew me empuja sobre la colcha. Me besa el cuello, la mandíbula, los labios. Todo da vueltas a mi alrededor y la excitación sube más y más por segundos. Estoy húmeda, resbaladiza y preparada para recibirle, así que le suplico que no se haga de rogar. Siento cómo poco a poco me penetra, hundiéndose por completo en mí mientras sus labios no se despegan de mi piel. Comienza a entrar y salir muy suavemente. Todo es diferente a la anterior vez, y a decir verdad no sé decir cuál es mejor. Drew me encanta. Es delicado, pero es sensual y excitante. Su boca se pierde en mis pechos, tirando de mis pezones y haciéndome gemir de placer. Se entretiene haciéndome disfrutar, saboreando cada recoveco de mi cuerpo. Con Buster es tan diferente... Tan frío, tan monótono. Drew sujeta mis manos y las coloca sobre mi cabeza, inmovilizándome. Me mira a los ojos directamente, sin detenerse, entrando y saliendo. Se muerde el labio con desesperación mientras me repasa de arriba abajo con la mirada, justo antes de decirme de nuevo lo preciosa que soy. Me encanta escucharlo. En estos instantes en los que mi autoestima está por los suelos, pisoteado, él me hace sentir... grande. Me hace sentir fuerte y segura de mí misma.

—No puedo contigo... —murmura en mi oreja.

Y me gustaría decirle que yo tampoco puedo con él, pero el placer es tan intenso que no puedo pronunciar en voz alta ninguna palabra. Estoy a punto de irme... Quiero decírselo, pero, simplemente, exploto. Mis músculos se contraen, succionándole más a mi interior y sin poder evitarlo grito de placer. Él también alcanza el orgasmo en ese mismo instante; puedo sentirlo. Nos quedamos unos segundos en silencio, asimilando lo que acaba de ocurrir. Después, Drew se aparta ligeramente y se tumba a mi lado, con la respiración agitada y el pecho sudoroso. Le dedico una sonrisa de complicidad y él me la devuelve sin dudar.

—¿Qué significa esto, Abey?

Eso mismo estaba pensando yo.

En menos de veinticuatro horas, Drew y yo nos hemos acostado dos veces. Lo peor de todo es que todavía conviviremos bajo el mismo techo unos cuantos días más. ¡Peligro!

—La verdad es que... No quiero que pienses mal, pero ni siquiera sé cómo está la cosa con Buster y...

Explicarme es difícil.

Podría decírselo de otra manera más sencilla: me estoy aprovechando de ti para no pensar en el cabrón de mi novio, así que no te hagas ilusiones. Pero decir eso es demasiado frío y calculador, así que tengo que buscar la forma de explicarme de otro modo.

—¿Me dejas hablar? —me interrumpe al verme titubear.

Yo asiento con la cabeza y susurro en voz baja un “adelante”.

—No quiero nada serio, Abey. Menos aún, con una chica como tú —me dice, dejándome estupefacta—. No te ofendas, pero sé que tu situación es complicada, que aún vives en la misma casa de tu exnovio y que hace unas horas tenías una relación de diez años con otro tío. Lo siento, pero no quiero esas complicaciones para mí.

Suelto una risita nerviosa, dándole a Dios las gracias porque este chico no me haya declarado amor eterno.

—Sé que ahora mismo yo soy una distracción para ti y... —se queda en silencio unos

instantes, mirándome con picardía—, y tú eres otra distracción bastante tentadora para mí. Vamos a pasar unos días juntos en Fairbanks, así que... ¿Qué te parece si los disfrutamos y después cada uno seguimos por nuestro camino sin hacer preguntas?

—Me parece un trato estupendo, Drew —aseguro, imaginando a Buster con la asquerosa de Georgina en estos instantes.

El guapo profesor se levanta de la cama y comienza a recoger su ropa del suelo. Le miro embobada y, de pronto, tengo la sensación de que no soy la misma Abey de siempre y que esta no es mi vida. Está desordenada, caótica y hecha un verdadero desastre.

—Te veo mañana —anuncia a modo de “buenas noches” antes de guiñarme el ojo.

Drew desaparece por la puerta y, junto a él, la sensación de bienestar que me había invadido hasta hacía unos instantes. Me doy cuenta de que es como una maldita droga y que, cuando le tengo cerca, me ayuda a no pensar en Buster y a no sentirme mal conmigo misma.

El problema es que, cuando no está, vuelvo a ser incapaz de pensar en otra cosa que no sea el cabrón de mi novio. O ex novio, porque no lo sé.

Drew y Neo se marchan al club de caza con papá y nosotras tres aprovechamos para hacer una visita a la tía Isy. Al parecer, Ginnifer y mamá suelen ir todas las mañanas a ver qué tal está, a asegurarse de que se toma las medicinas y a dejarle la comida y la cena preparada. Ella acepta a regañadientes, porque en el fondo sigue insistiendo en ser independiente y valerse por sí misma. La tía Isy siempre será la más testaruda y guerrera de la familia.

Tiemblo de miedo, imaginándome cómo me la voy a encontrar después de la última visita que le hice. La verdad es que su estado era mucho peor del que podía haberme imaginado y no sé si estoy preparada para volver a verla así.

—Intenta que no se te note —me susurra Ginny al oído justo antes de tocar el timbre.

Y obediente, dibujo la mejor de mis sonrisas, aunque internamente no puedo evitar sentir deseos de echarme a llorar. Desde la última vez que la vi ha empeorado mucho más, aunque el gesto de alegría que me dedica al verme hace que recuerde a mi tía Isy tan feliz como siempre. Pasamos al interior y dedicamos la mañana a limpiar y cocinar mientras fingimos no estar haciendo nada, pero la tía Isy no es tonta y sabe perfectamente que nuestra visita no es meramente de cortesía. Charlamos de la Navidad, que ya está a la vuelta de la esquina, y hablamos del posible menú con el que pasaremos el festivo. Este año lo celebraremos en casa de la tía Isy, y será todavía más especial porque Ginny ya estará casada para entonces. Observo a mi hermana de reojo y se me vuelve a antojar extraño que en unos pocos días vaya a convertirse en una mujer casada. Después, charlamos de la boda superficialmente, porque Ginny ha decidido mantener cada detalle de la misma guardado bajo llave. Será una sorpresa para todos, aunque algo me dice que mamá sí que está metida en el ajo.

Después de la visita a la tía Isy y de asegurarnos que se ha tomado toda la medicación que le corresponde, nos ponemos en marcha. Mamá tiene recados pendientes y yo... Yo tengo que ponerme las pilas y encontrar un vestido apropiado para la boda de mi hermana antes de que se me eche el día encima.

—Te acompaño —asegura, poniéndose al volante de la ranchera—. Tengo unas cuantas tiendas fichadas, te encantarán.

Y así, de repente, nuestra tarde de hermanas se transforma en una tarde de compras. El tiempo en Fairbanks no ha mejorado, así que conducimos despacio hasta llegar al centro. De todas las tiendas que Ginny pretendía visitar, solamente encontramos un par abiertas debido a las vacaciones de navidad y al temporal tan fuerte que está azotando Fairbanks. Las tormentas de nieve están a la orden del día y muchos propietarios no consiguen llegar a sus puestos de trabajo ya que la mayor parte de las carreteras terminan cortadas. En Alaska, aprendemos a llenar las casas de provisiones y a sobrevivir al frío por muy duro que sea el invierno.

—Creo que iré en pijama —me río, llevándome las manos a la cabeza.

Solamente quedaban dos tiendas abiertas, y tras repasar las dos de arriba abajo, puedo asegurar que no disponían de nada de mi agrado. Me siento idiota por no haber comprado nada en Nueva York, antes de embarcar en el avión. Allí la variedad era mucho mayor y no habría tardado demasiado en encontrar algo de mi agrado.

—Creo que aún guardo tu vestido de graduación —señala Ginny muy seria—, el que heredé,

rosa de lentejuelas. ¿Te acuerdas?

—No pienso ir a tu boda vestida como una adolescente desvergonzada.

Estamos a punto de perder la esperanza cuando, de pronto, la tienda de segunda mano de Fairbanks aparece iluminada frente a nosotras. Nos lanzamos una mirada de desesperación y decidimos que, quizás, con un poco de suerte, encontremos algo que merezca la pena entre los viejos trapos que suele tener expuestos. Y... ¡Eureka! ¡Así es! Nada más entrar, aparece frente a mí un vestido azul celeste de corte largo con las mangas bombachas. Es precioso. Cuando me lo pruebo me queda un poco grande, pero Ginny me dice que mamá solucionará el problema con dos puntadas y decido llevármelo.

Por fin, tengo vestido para la boda de mi hermana pequeña.

El único problema es que mi acompañante no asistirá junto a mí, y eso creo que no puede tener ninguna solución.

Los últimos días de la semana los he pasado tan inmersa en ayudar a Ginny con los preparativos de la boda —o al menos, con los pocos de los que sí me ha hecho partícipe— que prácticamente no he tenido tiempo para pensar en Buster. En realidad, solamente he caído en la tentación de llamarle un par de veces más, pero no han servido de nada porque el imbécil de él no se ha dignado en responder el teléfono. Eso me hace pensar en Drew, el guapo profesor que ha estado durmiendo a pocos metros de mi habitación estas últimas noches. A decir verdad, Ginny me ha mantenido tan ocupada que ni siquiera he coincidido demasiado con él. Parece que Neo y mi hermana han hecho una especie de pacto para echarse de menos; y ella me tiene secuestrada a mí, y él a Drew.

Hoy es la víspera de la boda. Y lo peor de todo es que estoy yo más nerviosa que ella. Los celos y las absurdas preocupaciones por su futuro han quedado atrás y ahora mismo solamente puedo pensar y desear que el día de mañana vaya a ser el más feliz de su vida. Tengo que admitir que mi hermana pequeña está hecha de bondad y amor, así que se merece recibir un poco de lo mismo de vuelta. Puede que Buster tenga razón y las cosas se le tuerzan en un futuro, no lo sé; pero lo que sí tengo claro es que tendrá que ser ella la que acierte y se equivoque con sus decisiones.

—¿Acaso no me estoy equivocando yo? ¿Y Buster? ¿Acaso no nos equivocamos todos?

—¿Quieres que te ayude con el puré?

Me giro hacia Drew, que se ha plantado en la cocina con la excusa de ayudarme. Porque es una excusa, lo sé muy bien. En realidad, lo único que quiere es pasar unos segundos a solas conmigo antes de que Neo venga a llevárselo arrastras.

Sacudo la cabeza en señal de negación mientras le inspecciono superficialmente. Va guapísimo vestido, con unos vaqueros y un jersey de lana gordito, de esos que siempre dan ganas de achuchar bien fuerte.

—Tengo todo bajo control —aseguro, aunque no tienen ningún mérito porque mamá se ha encargado de dejar casi todo hecho antes de marcharse al teatro con mi padre—. Parece que has estado ocupado estos días, ¿no?

Se encoge de hombros y camina unos pasos hacia mí. Se apoya en la mesa y me observa, como si de pronto yo me hubiera transformado en lo más interesante del viernes.

—Eso parece —me dice con una sonrisa—. Aunque creía que la que estaba evitándome eras tú...

—¿Yo? ¿Por qué iba a evitarte?

—No lo sé... ¿Tal vez porque ya has hecho las paces con tu novio?

Me río con ironía.

—Te aseguro que eso no ha sucedido —admito a mi pesar—, y aunque él quisiera, creo que lo nuestro ya se ha terminado para siempre.

Lo digo muy seria, pero sé muy bien que en el fondo me pensaría las cosas detenidamente. Buster es todo lo que conozco y todo lo que he querido en mi vida. Además, puede que él se haya equivocado con Georgina. ¿Pero acaso no lo he hecho yo también con Drew? Que él haya sido el primero en tirar la piedra no justifica mis actos. Creo.

—Volverías con él, lo sé —me dice con convicción, dibujando una media sonrisa.

—¿Por qué no cambiamos de tema, Drew? —inquiero, entregándole el bol con el puré de patatas de forma brusca—. Vete poniendo la mesa, por ejemplo.

Hoy cenamos los cuatro, solos.

Mañana es el gran día, así que seguramente no aguantemos demasiado antes de irnos a dormir. Ginnifer dormirá hasta tarde, pero mamá y yo tendremos que levantarnos bastante temprano para recibir a los montadores que mi hermana ha contratado. No sé qué tiene pensado hacer, pero todo el tinglado lo montarán en el jardín y en el porche de casa. Y la verdad es que estoy expectante.

Salgo de la cocina antes de que Drew pueda regresar con más suposiciones absurdas y termino de llevar las cosas a la mesa del salón. Ginny y Neo están sentados en el sofá, haciéndose carantoñas como dos tontos enamorados. Estoy a punto de gritarles que se sienten a cenar, pero me da pena interrumpirles. En el fondo, sí que envidio a mi hermana. Pero es una envidia sana, muy sana. Además, he descubierto que estos días en Fairbanks me están viniendo fenomenal para volver a conectar con mi familia.

—¿Nos sentamos a cenar? —pregunta Drew, picoteando unos panecillos del centro de la mesa.

Los dos tortolitos vuelven a la realidad y se levantan del sofá.

Dos minutos después, los cuatro estamos devorando los entrantes en silencio, como si llevásemos más de una semana sin comer. Drew y Neo bromean de vez en cuando y Ginnifer, para variar, está más callada que de costumbre. Supongo que serán los nervios de la boda, aunque en el fondo parece estar muy tranquila.

La última conversación que he tenido a solas con Ginny ha sido sobre Drew. Al parecer, en mi casa ya le quieren más a él de lo que han querido a Buster. Quizás por esa misma razón mis padres aún no me han preguntado por qué he venido sola y dónde está el susodicho. Supongo que tampoco han querido presionarme y que, además, en el fondo tampoco les importa demasiado si él está presente o no. Estoy yo aquí, ¿no? Y con eso, basta.

Cuando terminamos de cenar, Drew saca una botella de licor y propone un brindis por los novios.

—No sé si mañana tendré la oportunidad de decíroslo, así que... allá voy —comienza, levantándose de la mesa para que todos le prestemos atención—. A ti te conozco desde que eras un niño. Has sido como un hermano para mí y, si te soy sincero, jamás pensé que este día pudiera llegar. Creí que nos pasaríamos la vida de bar en bar, bebiendo como dos lobos solitarios —añade, riéndose tontamente—. Pero la verdad es que no puede hacerme más feliz que vayas a casarte. Has escogido a la mujer perfecta; guapa, lista y simpática. Y aunque pueda parecer una gilipollez, tengo el presentimiento de que os espera un futuro precioso. ¿Por los novios?

—¡Por los novios! —exclamo, uniéndome al brindis.

Brindamos los cuatro. El licor está asqueroso, pero me lo bebo de un trago porque un discurso tan bonito se merece el esfuerzo. Es increíble que Drew, sin prácticamente conocer de nada a mi hermana, tenga tan buenos deseos para ella. Mejores que los de Buster, en realidad.

Suspiro hondo, pensando que mañana es la boda de mi hermana y que el cabrón de él no ha tenido las agallas siquiera de mandarme un mensaje para confirmar que no vendrá. La sangre empieza a hervirme en las venas, así que me levanto para ir al baño y estar unos instantes a solas. Como soy una masoquista, lo primero que hago después de cerrar la puerta es llamarle. Dos veces más. Sé que lo único que consigo es parecer una desesperada, pero... Pero dentro de poco, cuando las fiestas pasen y tenga que regresar a Nueva York, no sabré a dónde acudir. ¡Por Dios! ¡Vivimos en la misma casa!

“Algún día tendrás que responder el maldito teléfono, Buster”. Le mando el mensaje sin pensar, porque sé que si lo medito detenidamente terminaré borrando la frase y escribiendo algo peor. Mucho peor. Antes de salir del baño, me lavo la cara y me tomo dos minutos más para tranquilizarme a mí misma. Perder los papeles y amargarle el día de la boda a Ginny no me ayudará a sentirme mejor, más bien lo contrario.

—¿Estás bien? —pregunta Drew después de propinarle dos golpes secos a la puerta.

Aspiro, suspiro y decido que ha llegado el momento de salir.

—Estoy bien —aseguro, abriendo la puerta.

Drew me examina con el ceño fruncido, intentando adivinar si le digo o no la verdad.

—No sé si creerte... —bromea, dibujando una de esas sonrisas irresistibles.

Yo se la devuelvo con un pequeño empujón juguetón antes de preguntarle si queda más licor.

—Creo que necesito ahogar penas —aseguro, regresando a la mesa.

Drew me sigue muy cerca. Puedo sentir su mirada clavada en mi espalda mientras me mira con esos ojos castaños y electrizantes.

—¿Y Ginny y Neo? —inquiero al ver que no hay rastro de ellos.

—Se han marchado a dormir. Estamos solos.

Le miro de reojo.

No sé si es buena idea que Drew y yo nos quedemos a solas con una botella de licor sabiendo que mis padres pueden aparecer en cualquier momento.

Me sirvo un trago y me lo bebo del tirón.

—Creo que debería hacer lo mismo que ellos.

—¿Por qué? No voy a morderte —asegura.

Y yo no sé si creerle o no, pero decido tentar a la suerte. Porque, una vez más, estoy rabiosa con Buster y resulta que el guapo profesor es la mejor medicina que he encontrado contra los males y las penas.

—Está bien, pero solamente un rato —admito, sirviéndome otro chupito.

Drew me imita.

—¿Qué te parece si jugamos a algo? —pregunta, sacando una moneda del bolsillo.

Le miro boquiabierta.

—No pienso jugar a eso —advierdo—. Sé muy bien que tú meterás todas las moneditas y que yo no daré ni una. Abey borracha, Drew sereno —añado, divertida.

—¿Se te ocurre otro juego?

—¿Verdad o mentira? —propongo, sintiéndome como una adolescente traviesa cuyos padres pueden interrumpir.

Con Drew todo tiene más morbo.

—Adelante...

Sirvo dos vasos de chupito, acomodándome en la silla.

—Nunca me he enamorado perdidamente —digo, bebiéndome el vasito de golpe.

Le lanzo una mirada expectante al profesor rompecorazones, que un segundo después se lleva el vasito a los labios.

—Vaya... ¡Qué sorpresa! —me río.

—Nunca he pensado en cambiar de vida —dice él, llenando los chupitos de licor.

Los cogemos a la vez, los alzamos en alto y brindamos, como si ya estuviera pactado entre nosotros. Con una risita, me preparo para el siguiente “nunca”.

—Nunca he pensado que he tirado los últimos años de mi vida a la basura —escupo, sin

pensármelo demasiado—. ¡Y mi juventud!

Drew me mira muy serio, mientras que yo me bebo otro vasito más. Tengo que admitir que ya estoy bastante borracha y que quizás debería parar antes de que se me vaya de las manos.

—Todavía eres muy joven para volver a empezar, Abey —murmura con esa voz seria de profesor que pone a veces.

No me apetece escuchar una de sus lecciones de vida. No ahora. Me sirvo otro chupito de licor más, prometiéndome a mí misma que este sí será el último.

—Una cosa no quita la otra.

Él asiente.

—Pues pasa página de una vez. Toma las riendas de tu vida y sé tú la primera en poner punto y final a esa relación.

—No es tan fácil —murmuro, y me doy cuenta de que empiezo a arrastrar demasiado cada sílaba—. Los tíos son como tú, ¿sabes? Con Buster tengo algo serio, algo que merece la pena —le explico, aunque en realidad no sé muy bien ni lo que estoy diciendo—. Puede que algún día nos casemos y tengamos hijos, porque ya llevamos muchos años juntos... Tú, en cambio, dices que quieres una familia, pero después no soportas a la misma más de dos días —me río, señalándole con el dedo índice—. Eres un cabrón.

—Ahora yo soy el cabrón, y tu ex es el santo...

No sé si lo dice con ironía o no, pero asiento muy seria.

—Sabes que culparme de tus problemas no hará que se solucionen, ¿no?

Y de repente, sin pretenderlo, me echo a llorar.

Todo es una mierda, y por mucho que Drew se empeñe en pintarme las soluciones de color de rosa la situación es la que es. No sé si Buster y yo lo hemos dejado, si está enamorado de otra persona o si volverá. Ni siquiera sé qué diablos va a ser de mí. ¿Tendré que dejar mi piso? ¿Se marchará él? Las preguntas y las incertidumbres se aglomeran en mi cabeza y tengo la sensación de que en cualquier instante el cerebro terminará explotándose.

—No llores, Abey, de verdad... No merece la pena. Él no merece la pena.

Y sé que tiene razón, pero ahora mismo lo único que contengo dentro son lágrimas y más lágrimas. Un mar salado.

Drew coloca la mano sobre mi hombro, calmándose de forma prudencial. Debe de tenerme miedo, porque esta vez no se atreve a acercarse demasiado.

—No te merece —asegura con la voz ronca—. Eres... eres preciosa, divertida, inteligente y muy graciosa. Ni te merece, ni tú mereces estar así por él.

—Lo mismo has dicho de Ginny —me río, hipando levemente.

Drew intenta detenerme cuando ve mis intenciones, pero al final consigo darle un buen trago a la botella antes de que me la quite de mi alcance.

—Puede, pero de ti te lo digo de forma diferente.

Hago un esfuerzo sobre humano por descifrar qué ha querido decir con eso, pero no lo consigo. El alcohol tiene embotellada mi cabeza y todo me da vueltas.

—Bueno, señorita... Va llegando la hora de dormir —anuncia, levantándose de la silla y cogiéndome en volandas—. Tus padres acaban de llegar.

Pataleo un poco, resistiéndome, pero al final me rindo. Que te lleven en brazos escaleras arriba es demasiado cómodo. Cuando ya estamos arriba, escucho la puerta de casa abriéndose y sintiendo el frío que se filtra al interior cuando papá y mamá entran. Vuelvo a tener ganas de llorar, porque sé que pronto me marcharé de Fairbanks y que en Nueva York mi situación personal

será mucho más fría de la que creo tener aquí.

Drew me tumba sobre la cama y se apresura a quitarme los zapatos.

—Será mejor que descanses, Abey... Te recuerdo que mañana se casa tu hermana.

Su imagen se mueve. No sé si es él, que no para quieto, o... la habitación. Sí, puede que sea la habitación. Las paredes han adquirido vida propia y bailan a su alrededor.

—Lo sé, lo sé...

Drew me abriga con el edredón y, sin decir nada más, se da la vuelta para marcharse. Me gustaría preguntarle mil cosas y suplicarle que no se vaya, que se quede conmigo y que siga siendo mi droga anti-tristezas y anti-Buster. Pero creo que ya he abusado lo suficiente por hoy.

—Buenas noches, Abey —murmura, antes de cerrar la puerta y de desaparecer tras ella.

A la mañana siguiente, cuando mamá me despierta a las siete, apesto a alcohol y me duele horrores la cabeza. Pero como me he comprometido a recibir a los montadores y a colaborar con la organización, hago de tripas corazón y me pongo manos a la obra después de un buen chocolate calentito.

Cuando bajo a la cocina, hace tanto frío que a pesar de llevar calcetines de lana los pies se me congelan con el frío de las baldosas; el problema es que mis zapatillas de casa están desaparecidas en combate desde que llegamos. Estoy convencida de que las dejé abandonadas por alguna esquina y de que no aparecerán hasta dentro de varios meses.

—¿Estás bien, Abey? —me pregunta mamá con discreción.

Está claro que no quiere inmiscuirse en los asuntos que no le conciernen.

—Sí, claro —aseguro con una sonrisa de oreja a oreja—. Ginny se casa, ¿cómo iba a estar?

Mamá no parece convencida con mi respuesta, pero decide guardar silencio y comerse un par de galletas de jengibre. Creo que está esperando a que sea yo la que me abra con ella.

—Buster no va a venir a la boda —suelto, aunque a estas alturas ese detalle ya es más que evidente—. Y seguramente no vaya a venir nunca más. Creo que hemos terminado.

Mi madre asiente muy lentamente, como si estuviera asimilando lo que acabo de decirle. Aunque sé muy bien que en el fondo no le ha pillado por sorpresa.

—¿No vas a decir nada? —pregunto, confusa.

—No sé qué decirte, cariño... La verdad, creo que es lo mejor —admite, pillándome desprevenida—. Hubiera sucedido tarde o temprano, y mejor ahora que dentro de otros diez años más. ¿No crees?

Visto así, tiene razón.

Pero la realidad es que esperaba otro tipo de conversación; quizás algún consejo para superarlo o algo por el estilo.

—Ahora tienes aquí a tu familia —añade, acercándose a mí para darme un fuerte abrazo—. No pienses en nada más.

Y cuando me estrecha entre sus brazos, el olor familiar de mi madre inunda mis fosas nasales haciéndome sentir bien. En casa, en mi hogar. Y me doy cuenta de la infinita capacidad que tienen las madres para sanar todas las heridas.

En ese instante, el timbre de casa resuena de fondo y el perro del vecino empieza a ladrar de forma compulsiva. Nos sonreímos con cariño antes de ponernos manos a la obra. “¿Qué habrá preparado Ginny?”, me pregunto, mirando fijamente los tres camiones de mudanza que están aparcados frente a nuestra casa. Un despliegue de trabajadores comienza a dirigirse hacia nuestro jardín cargados con cajas.

—¿Mamá? —inquiero, asustada.

—Ya sabes lo exagerada que es tu hermana para todo.

A las once de la mañana todos siguen durmiendo, excepto mamá, papá y yo. A mí la resaca empieza a pesarme y me duele la cabeza horrores, pero me tomo un analgésico potente y espero con paciencia a que se me pase. Los trabajadores de la boda están montando dos carpas enormes en el jardín. Es increíble, pero jamás hubiera podido imaginar que nuestro jardín pudiera coger

semejante aspecto.

Según me cuenta mamá, la boda será privada y solamente estaremos los más allegados a Ginny y Neo. La familia de él, la nuestra, y algunos vecinos de Fairbanks. Poco más.

—Está quedando precioso, ¿verdad?

Nos estamos tomando un chocolate calentito en el porche mientras supervisamos el montaje de las carpas. Bajo una de ellas, los trabajadores han colocado una lona blanca y varias hileras de sillas separadas por un pasillo central. Todo señala que ahí será la ceremonia. Bajo otra de las carpas, han esparcido muchísimas mesas.

—¿Para los canapés? —inquiero.

Mi madre asiente y me explica que Ginny no quería una comida formal en la que todos tuvieran que estar sentados.

—¿Señoritas?

Miramos hacia un lado.

Un hombre cargado de palés nos pide que nos retiremos del porche, porque al parecer esto también será escenario en la ceremonia.

A la una del mediodía, ya están todos despiertos, aunque mi querida Ginnifer sigue desaparecida en combate mientras Neo y Drew comen algo en la cocina. Me ausento para ir a buscarla y la encuentro en su habitación, hecha un flan.

—Ya me parecía raro no verte nerviosa... —le digo con una risita maligna.

Ginny, que está observando el jardín desde la ventana, se gira hacia mí con los ojos encharcados.

—Pero, ¿qué ocurre? —inquiero, sorprendida.

No recuerdo la última vez que vi llorar a mi hermana. Como norma general, ella siempre se toma todo con buen humor y filosofía.

—Es que es todo tan precipitado, que...

¿Le están entrando dudas? ¿Ahora? ¡Por Dios! ¡Solamente faltan unas horas para que se dé el “sí, quiero”!

—Tranquila, tranquila... —murmuro, envolviéndola en un cálido abrazo—. Todavía no es tarde para nada.

—Sí, ya es tarde —me dice con la voz acongojada—. Creo que todo está mal, de verdad... Y ya no sé qué hacer.

Me quedo mirándola fijamente, sopesando las opciones que tienes.

—Tú no tienes que hacer nada si no quieres —aseguro con seriedad—. Si quieres, puedo bajar y pedirle a Neo que se marche...

Ginnifer pestañea con incredulidad.

—¿Por qué ibas a pedirle a Neo que se marche? —repito, sorprendida.

—¿No acabas de decir qué...?

De pronto, se echa a reír como una loca.

Su risa, fresca y sincera, se me termina contagiando y dos segundos después ambas nos reímos sin saber muy bien porqué.

—No estoy hablando del compromiso —me explica—. Es por el montaje, la organización... ¡Por todo! —exclama, casi histérica—. Ha sido muy precipitado y tengo la sensación de que no está quedando nada como yo quería...

Señala con el dedo índice ambas carpas y, sin dejarme añadir nada al respecto, comienza a sacar fallos a todo. Yo, que estoy a su lado prestando mucha atención, no veo ninguno de los

defectos que señala. En realidad, creo que todo está quedando maravillosamente bien.

Quince minutos después, llega la modista y la maquilladora. Consigo que Ginnifer se tranquilice para entonces, aunque tengo la sensación de que terminará pagando su mal humor con las pobres chicas que acaban de llegar.

—Te veo abajo, ¿vale? —murmuro, dispuesta a escapar de la leonera cuanto antes.

Ella asiente y decido que ha llegado la hora de ir a ponerme mi vestido de dama de honor.

Me cambio a solas en mi habitación y, sin poder evitarlo, pienso en Buster. Hace unos días, no me imaginaba capaz de pasar por esta ceremonia sin él. Pero las cosas han ido cambiando. Yo he cambiado. Fairbanks me ha hecho reflexionar y soy consciente de que es mejor estar sola si no me quiere a su lado. Vivir en una mentira, en el fondo, es sinónimo de no vivir.

Cuando termino de colocarme el maravilloso vestido que mi madre ha apañado para mí, la maquilladora aparece en mi habitación para peinarme y prepararme. Yo me veo perfecta con el pelo suelto, pero ella asegura que un recogido me quedaría ideal. Decido quedarme en sus manos y me relajo. A fin de cuentas, hoy la que importa es Ginnifer.

Cuando me miro al espejo me gusta lo que veo.

Tengo que admitir que la maquilladora de mi hermana ha hecho un trabajo fenomenal y me ha dejado guapísima. Y no solamente lo pienso yo, no. La cara de Drew cuando me ve bajar las escaleras y aparecer en el hall de casa se descompone al instante y no necesito que pronuncie nada en voz alta para saber qué se le está pasando por la mente. Me río como una tonta, sintiéndome muy atractiva y sexy. Hacía muchísimo que no me sentía tan bien conmigo misma.

—Estás espectacular... —murmura en mi oreja, sujetándome por la cintura.

Me sonrojo, apartándome discretamente de él.

Que mi madre o mi padre pueda vernos de esta forma, tan acaramelados, no me agrada demasiado.

—Gracias —respondo, fijándome en él.

Lleva un traje gris, con corbata morada. También está muy atractivo, la verdad.

Mientras le repaso de arriba abajo, no puedo evitar pensar que Drew me parece mucho más guapo y sensual que Buster. En realidad, Drew le da mil vueltas al cabrón de mi ex. Y no solo en el aspecto físico, también como persona.

—¡Ya baja! ¡Ya baja!

Mamá, que está guapísima con un vestido violeta, aparece en el altillo de las escaleras y nos obliga a todos a marcharnos. Drew y yo salimos juntos al jardín, que está nevado. Casi todos los invitados han llegado y están sentados en las sillas de la primera carpa. La tía Isy, que ha venido acompañada de su muleta, está en primera fila, junto al resto de la familia más cercana. Papá está esperando al principio del pasillo, que ahora ya se ve repleto de pétalos de rosas rojas.

—¡Madre mía! —exclama Drew, asombrado con el resultado.

—Sí... Eso mismo digo yo.

Es increíble que este sea el jardín de nuestra casa.

En el porche, una pequeña orquesta toca música clásica mientras todos esperamos atentamente la gran aparición de la novia. El guapo profesor y yo avanzamos hasta nuestros respectivos puestos; uno a cada lado del altar. Nos miramos de reojo y nos sonreímos con complicidad. Y en ese momento, tengo la firme certeza de que, si no termino el día de hoy sintiéndome patética y encerrada en mi habitación, llorando, será gracias a él. Mi hermana se casa. Y mientras tanto, mi novio me ha dejado por una barbie de piernas infinitas.

Pero entonces la música se intensifica, la gente se da la vuelta y... Ginnifer aparece en el jardín con su precioso vestido de color marfil y su chaqueta de pelo. Está guapísima. Lleva el cabello repleto de flores blancas y parece la princesa de un cuento de hadas, perdida en la nieve. La gente suelta una pequeña exclamación al verla aparecer. De reojo, miro a Neo, que está en el altar esperándola. Es increíble la cara de fascinación que dibuja al ver a mi hermana... Y quizás por esa razón entiendo de inmediato que ambos hacen una pareja estupenda y que, si hay amor, nada es demasiado temprano ni precipitado. Y hay amor. Amor de verdad, porque en estos instantes puedo sentirlo flotando en el aire.

Ginny camina por el pasillo bien sujeta del brazo de papá, con la mirada clavada en Neo. Es increíble lo mucho que transmiten esos dos tortolitos. Puede sonar ridículo, pero cuando veo cómo papá se la entrega a Neo con tantísima complicidad y delicadeza, se forma un nudo de congoja en

mi garganta y los ojos se me encharcan de felicidad. El concejal de Fairbanks comienza el discurso, y dos minutos más tarde los novios se están jurando amor eterno y sincero, respetándose y queriéndose para el resto de la eternidad. Y sí, llegados este instante y ya soy un verdadero cóctel de emociones y lágrimas. Neo y Ginnifer se besan y todo el mundo se levanta de su asiento para aplaudir y vitorear a los recién casados.

—¡Qué vivan los novios!

—¡Qué vivan!

La tía Isy, que casi no tiene fuerzas para moverse, también se levanta de su asiento para aplaudir y gritar con mamá. Papá, mientras tanto, intenta secarse las lágrimas disimuladamente, sin que nadie se dé cuenta, para no echar por tierra su reputación de tipo duro.

—¡Abey! —grita Ginny, soltando a Neo para acercarse a mí—. ¡Abey, me he casado!

Yo soy incapaz de contener las carcajadas, que se mezclan con mis lágrimas, mientras me aferro con fuerza a mi hermana y le susurro en el oído que verla de ese modo, radiante y plena, me hace muy feliz. De verdad. Hoy, por extraño que parezca, no hay rastro de envidias insanas. Solamente siento... amor.

Dos minutos después, los camareros despliegan los manteles en las mesas de la siguiente carpa y aparecen mil canapés diferentes. La música de orquesta cambia de repente, y pasa de ser clásica y tranquila al pop más actual. Mientras todos nos escurrimos, hambrientos, hacia la siguiente carpa, los trabajadores que mi hermana ha contratado aprovechan para retirar las sillas donde hacía dos segundos los invitados estaban sentados.

—¿Están transformando el altar en una pista de baile? —pregunto, tiritando por el frío.

Drew, que está a mi lado, asiente.

—Eso parece —me dice—, y quiero que sepas que en cuanto terminen, te sacaré a bailar.

Suelto una risita nerviosa.

—Vale.

—¿Vale? —repite, sorprendido.

—Vale, me parece bien —confirmo de nuevo—. Me apetece ver qué tal te desenvuelves en la pista.

—Dejaré a Elvis Presley a la altura de mi zapato —me susurra en la oreja, antes de besarme en la mejilla.

Me sonrojo al instante, guiñándole un ojo de forma juguetona.

Drew me pregunta si me apetece beber algo y yo le digo que aceptaría de buen grado una copa de champán. Le veo perderse entre la multitud en busca de un camarero y decido esperar en el mismo sitio en el que estoy. Desde aquí, puedo ver a Ginny parlotear sin parar con todo el mundo, la radiante sonrisa de Neo y al resto de mi familia, divirtiéndose. La tía Isy parece agotada, pero aguanta el tipo con la mejor de sus sonrisas, mientras mamá y papá derrochan orgullo por cada poro de su piel. Es perfecto. La idea que ha tenido Ginnifer de montar dos carpas enormes en el jardín ha resultado ser, simplemente, fantástica.

Veo a Drew regresar hacia mí con las copas en la mano cuando mi teléfono comienza a sonar. Son dos pitidos seguidos y secos que indican que he recibido un nuevo mensaje de texto. Y sí, habéis adivinado de quién es. De Buster. El texto es corto y directo, sin rodeos: “Espero que el día de hoy vaya muy bien. Mi más sincera enhorabuena a tu hermana”. Y ya está. Sin más detalles, sin hablar de nosotros, sin preguntarme qué tal estoy y sin explicarme por qué diablos no es capaz de contestar el teléfono. Aprieto los puños con rabia, sintiéndome absurda, y antes de que Drew pueda llegar a mí salgo corriendo al interior de nuestra casa.

Necesito dos minutos a solas para pensar con claridad y recuperarme, porque la rabia comienza a nublar-me la visión y creo que no soy capaz ni de respirar con normalidad. Me quito los zapatos cubiertos de nieve en la entrada y salgo disparada a mi habitación para que nadie pueda encontrarme. Respiro, aspiro, respiro... ¿Acaso se puede ser más egocéntrico y cabrón? Tengo el teléfono sujeto en mi mano y, sin darme cuenta, lo aprieto con tanta fuerza que al final termino haciéndome daño.

—Cabrón... —escupo, rabiosa, buscando su nombre en la agenda con las manos temblorosas.

Sé que después me arrepentiré de haberle vuelto a llamar, pero ahora mismo necesito hacerlo. Un tono, dos tonos, tres tonos... Estoy convencida de que, una vez más, la llamada se extinguirá sin ninguna respuesta, pero...

—¿Abey?

—¿Qué diablos te piensas que estás haciendo, Buster? —le suelto, rabiosa, mientras los ojos se me empañan al instante.

No me quiero estropear el maquillaje, pero creo que contenerme será una misión imposible. Escucho su respiración de forma entrecortada al otro lado de la línea. No quiero delatarme, ni parecer una histérica incontrolable, pero... No puedo. Simplemente soy incapaz de fingir que aquí no pasa nada cuando hace una semana que decidió dejarme sin ninguna explicación al respecto.

—Solamente quería ser educado y felicitar a tu hermana.

—¿Sabes, Buster? Puedes meterte tu felicitación por donde te quepa —le suelto, sorprendiéndome a mí misma.

Estoy a punto de cortar la llamada cuando escucho mi nombre por el auricular, y me quedo paralizada.

—Abey, por favor... Esto tampoco está siendo fácil para mí.

—Ah, ¿no?

—Te aseguro que no —me dice.

Y lo peor de todo es que parece sincero.

¿Cómo de buen mentiroso es Buster?, me pregunto a mí misma. ¿Cuánto tiempo llevaba engañándome con la tal Georgina y fingiendo que todo iba bien? Ya no me creo ni una sola de sus palabras.

—Déjame disfrutar del día de mi hermana, ¿vale? —le suelto, y esta vez sí, cuelgo.

¡Cabrón! ¡Gilipollas!

Me miro al espejo e intento corregirme el rímel que se me ha corrido, manchándome las mejillas. Pero no puedo porque todavía estoy hecha un mar de lágrimas y en vez de mejorar, la cosa continúa empeorando.

—¿Abey?

La voz de Drew llega seguida de dos golpes contra la puerta de mi habitación. Contengo la respiración, en silencio, como si de esa forma fuera a marcharse sin insistir más. Pero no, claro que no. Drew abre la puerta de mi habitación y se queda mirándome desde el umbral. Todavía lleva las copas de champán en la mano.

—Me has dejado abandonado... —me dice, dedicándome una sonrisa.

Levanto los brazos en señal de rendición y me dejo caer en la cama con gesto abatido. Drew se acerca a mí y me entrega la copa.

—Bebé, te sentirás mejor.

—¿No me hará parecer una alcohólica?

—Para nada.

Brindamos, sin decir nada, y me bebo la copa de un trago intentando ahogar penas —o, mejor dicho, ahogar a Buster— en ella. Drew le da un traguito y la deja sobre el escritorio de mi adolescencia mientras yo rememoro, muriéndome de vergüenza, la borrachera que me pillé anoche a base de chupitos. Debería empezar a controlarme o se llevará una impresión bastante equivocada de cómo soy.

—¿Has hablado con él?

Asiento.

—¿Y?

—Nada. Quería felicitar a Ginnifer por la boda, nada más —le explico—. Ni una explicación, ni una disculpa, ni un “qué tal estás”. Nada. Absolutamente, nada.

Drew se sienta a mi lado y me ofrece su copa de champán.

—Creo que la necesitas más que yo.

Le miro a los ojos agradecida y no dudo en aceptar. Me la bebo de trago, dejando que el sabor dulzón del champán calme mis sentidos.

—¿Por qué no te olvidas ya de él?

—¿Y cómo se hace eso?

El profesor se encoge de hombros.

—Supongo que el primer paso será impedir que te afecte tanto... ¿No crees? Deberías plantearte el hecho de pasar en Fairbanks una temporada hasta que estés recuperada.

—Fairbanks es aburrido —respondo, tumbándome sobre la cama y clavando la mirada en el techo—. No hay nada que hacer y eso deja mucho tiempo libre para pensar. Creo que al final sería peor el remedio que la enfermedad.

—Yo no te he visto aburrida estos días atrás... —me dice, guiñándome un ojo y dejándose caer a mi lado.

Giro mi rostro para mirarle a la cara antes de responder.

—Eso es porque estabas tú aquí. Pero te vas mañana, así que...

Drew respira hondo y asiente, confirmando su fecha de partida.

—A primera hora.

Se marcha. Se marcha de mi casa y de mi vida.

Tengo que empezar a plantearme qué va ser de mí cuando tenga que enfrentarme a la realidad y a mi ruptura con Buster sin terceras personas de por medio. Pero, al menos durante unas horas... Él sigue aquí. Y yo también.

Acerco mi rostro a sus labios y sin pensarlo demasiado, le beso. Drew no se aparta, pero tampoco hace nada por continuar mi gesto.

—Solamente por aclarar las cosas; ¿me estás usando de pañuelo?

Respiro hondo antes de responder.

—¿Te sentirías muy mal si la respuesta fuera afirmativa? —inquiero con el ceño fruncido.

Él se lo piensa unos segundos y me responde devolviendo el beso con mayor intensidad. Se coloca sobre mí y continúa besándome con pasión y ansia mientras las voces de los invitados y la música del grupo que toca en el porche se filtran en mi habitación e inundan el ambiente. Deberíamos estar abajo, celebrando que la pequeña Ginny ya es una mujer casada, pero... Pero sus manos recorren mis piernas, ascienden hasta la cinturilla de mis medias y tiran de ellas, rasgándolas de arriba abajo.

—No tengo otras —me quejo, con sus labios pegados a mi boca.

—Mejor... —me dice, sonriente.

Me sube el vestido hasta sacármelo por la cabeza y me quedo frente a él, desnuda, expuesta. Comienza a recorrer mi cuello con sus labios, lamiéndome hasta llegar a mis pechos. Retira el sujetador y comienza a jugar con mis pezones, volviéndome loca de placer. Ya no pienso en Buster, ni en qué será de mí cuando regrese a Nueva York... En realidad, lo único que pienso en estos momentos es que si no fuera la boda de mi hermana pequeña me pasaría el día de hoy metida en esta habitación con él. Drew continúa descendiendo suavemente mientras me pide que coloque las manos sobre mis senos y me los toque para él. Al principio obedezco de forma vergonzosa, pero después me dejo llevar por la intensidad del placer y pierdo la cabeza, disfrutando. Drew llega a mi entrepierna. Le veo quitarse la americana del traje y después desabrocharse los primeros botones de la camisa para poder sacársela por la cabeza. Lo hace de forma apresura antes de volver a su posición, separarme más aún las piernas y retirar mi tanga con la boca. Arqueo la espalda de placer cuando su lengua se pasea por mis labios vaginales, mientras yo me pellizco los pezones con fuerza. Tengo que contener un grito de deleite tapándome la boca con la almohada. Drew sonrío. No le veo, pero puedo sentir su sonrisa ahí abajo. Y justo después atrapa mi clitoris con la boca, lo succiona y comienza a lamerlo. Mi cuerpo se sacude fuertemente antes de que introduzca un dedo en mi interior, acompañando a su lengua. Todo va vueltas a mi alrededor y estoy convencida de que, si no para, terminaré alcanzando el orgasmo de esta forma. Dos dedos... Entra y sale... Más y más rápido...

—¡Oh, Dios... Drew!

Y entonces, exploto.

Mi cuerpo se sacude fuertemente unos instantes y mi respiración se agita. Drew se levanta lentamente, complacido con su trabajo, mientras se desata los pantalones grises antes de dejarlos caer al suelo. Debajo de sus boxers, aparece su miembro duro y erecto, preparado para la acción.

—Segundo asalto... —me dice, repasando mi cuerpo desnudo con la mirada mientras desliza su lengua por los labios, lamiéndose.

—No sé sí...

Me agarra por ambas piernas y me obliga a girar, dejándome de espaldas a él, bocabajo. Mientras tanto, la voz de Ginnifer llega hasta nosotros. Alguien le ha dado un micrófono y está dando las gracias a todos los presentes por haber asistido a la ceremonia. Después, explica con qué canción abrirán el baile y porqué es tan especial para ellos. Al parecer, fue la canción que escucharon en la radio la primera vez que...

Dejo de escuchar la historia de Ginny cuando noto el cuerpo desnudo de Drew sobre el mío. Separa mis piernas, hundiéndose en mi humedad y clavándose en mi interior. Agarro las sábanas mientras él continúa penetrándome, entrando y saliendo suavemente y aumentando el ritmo poco a poco. Más fuerte... más fuerte... Introduce su brazo debajo de mí y desciende su mano hasta mi monte de venus. Yo, a estas alturas, ya he perdido la cabeza. Solamente siento cómo me llena completamente mientras sus labios me besan y sus dedos acarician mi sexo.

—Joder... —gime—, joder, Abey...

Entra y sale, tocándome. Besándome. Disfrutándome.

Las embestidas se intensifican tanto que sospecho que, si sigue así, podré alcanzar el éxtasis por segunda vez.

—Me encantas, Abey... Te juro que me encantas...

Su voz inunda mi mente y sin contenerme, grito su nombre.

Él se clava con más fuerza en mi interior y yo aprieto con fuerza las sabanas, arrancándolas de la cama antes de estallar junto a él.

En el exterior, la música suave y lenta comienza a sonar de nuevo y deduzco que Ginny y Neo han abierto la pista de baile. Drew se deja caer junto a mí y, pillándome por sorpresa, agarra mi mano con la suya y entrelaza nuestros dedos. Un gesto demasiado íntimo para dos personas que únicamente son amantes.

—Eres increíble, Abey... —asegura.

Y sin ser capaz de mirarle a los ojos, sonrío.

¿Por qué tengo la sensación de que echaré de menos más de lo que creo a este chico?

Al final de la noche, ni estoy borracha ni me siento mal conmigo misma. Creí que me pasaría el día llorando por las esquinas y sintiéndome desgraciada, pero Drew ha conseguido que las únicas lágrimas que haya soltado de nuestro encuentro en adelante hayan sido de placer.

A las once de la noche, agotada, me dejo caer en el sillón de papá con las piernas temblorosas por el frío de la noche. Ha nevado una barbaridad, y aunque las carpas nos han resguardado del temporal, no han podido evitar que las bajas temperaturas de Fairbanks nos terminarán pasando factura. Al final, los pocos invitados que todavía quedan presentes han cambiado el licor por un buen chocolate caliente de mamá y están en la cocina, resguardándose de los copos.

—Felicidades de nuevo, hermanita —murmuro, antes de propinarle un beso en la frente.

Ginnifer me da las gracias y yo decido que ya ha llegado la hora de retirarme a mi habitación. Me he pasado la tarde bailando con Drew y creo que ahora mismo tengo los pies repletos de sabañones.

—Drew es genial, ¿verdad? —me dice, a modo de despedida.

Sacudo la cabeza en señal de negación, riéndome como una adolescente a la que han pillado infraganti, antes de subir escaleras arriba.

Cuando me quito la ropa y me meto en la cama, cojo mi teléfono móvil para revisar su contenido y me doy cuenta de que no he vuelto a tener noticias de Buster. Una parte de mí deseaba encontrar mil mensajes con disculpas y unas cuantas llamadas de arrepentimiento. Pero nada. No hay nada. Creo que a estas alturas debería empezar a tener en consideración los consejos de Drew y plantearme muy seriamente pasar página y dejarle atrás. Olvidar y... continuar. Seguir adelante.

Al final, me quedo dormida mientras intento autoconvencerme a mí misma que soy lo suficientemente fuerte como para seguir caminando sin echar la vista atrás.

A la mañana siguiente me despierto tarde. Tenía demasiadas horas de sueño acumuladas y necesitaba dormir. El sol matutino de Fairbanks me da los buenos días colándose a través de las cortinas. Me desperezo, me abrigo con una bata de lana y bajo a la cocina para felicitar a los recién casados. Estoy convencida de que me los encontraré haciéndose arrumacos y besuqueándose, pero para mi sorpresa mi hermana está sola.

—Hola... —saludo, confusa—. ¿Y mamá y papá?

Ginnifer señala el jardín.

—Están ayudando a los montadores con las carpas —me explica—. Se están llevando todos los trastos.

Me sirvo un chocolate calentito y me siento a su lado.

—¿La tía Isy?

—En la sala, viendo la televisión.

—¿Y Neo? ¿Cómo se atreve a dejarte sola? —bromeo, risueña.

Ginnifer suelta una risita.

—Tenía que llevar a Drew al aeropuerto, pero no tardará en regresar...

Cuando escucho eso, me quedo paralizada.

Sabía que hoy se marchaba de Fairbanks, pero lo que no sabía es que sería capaz de irse sin antes

despedirse siquiera. Ginny me mira con curiosidad, evaluando mi reacción.

—Pues vaya —respondo secamente, procurando no mostrar mis sentimientos al respecto.

Mi hermana, que aún sigue muy atenta a mí, desliza un papel doblado por encima de la mesa y lo deja frente a mí.

—¿Qué es? —respondo, cogiéndolo.

Lo desdoble con curiosidad y veo un número escrito en él. No necesito sumar dos mas dos para saber a quién pertenece.

—Me ha dicho que cuando vuelvas a Nueva York le llames.

—No creo que lo haga —señalo, dejando el papel sobre la mesa de nuevo.

Y antes de que mi hermanita pueda añadir algo al respecto, procuro cambiar de tema. Hoy es Nochebuena, así que ambas sabemos lo que nos espera: una tarde de preparativos navideños con mamá y tía Isy. Hacía años que yo no participaba en este evento, así que podría decirse que prácticamente estoy hasta emocionada. Como la tía ha dormido en casa, al final decidimos que lo más sensato es celebrar el festivo aquí mismo y desplazarnos lo menos posible.

Un par de horas más tarde, mamá entra en la cocina, reparte delantales y las tres nos ponemos manos a la obra. Hoy la tía Isy tiene muy mal día y parece sentirse más dolorida que de costumbre, así que decidimos dejarla descansar y encargarnos de la tarea nosotras mismas. Canapés, pavo asado, ponche de huevo, tarta de manzana, coles de Bruselas... El horno y los fogones funcionan a máxima potencia mientras que las horas transcurren y la nevada que se ve desde la ventana se va intensificando. Sobre las seis de la tarde, la preocupación de Ginnifer se vuelve más que evidente. El temporal sigue empeorando y papá ha escuchado en la radio que varias carreteras ya han quedado cerradas y colapsadas. Estoy convencida de que si tuviéramos otro coche mi hermana ya habría salido disparada en busca de su marido —¡Oh, Dios! ¡Qué mal suena!—, pero como solamente contamos con la ranchera de papá, debe de hacer de tripas corazón y aguantar.

Cuando sacamos del horno el pastel de jamón y ostras, ya son las ocho de la noche. La tía Isy ha sacado fuerzas para unirse a nosotras y papá está colocando la mesa, mientras que mi hermana continúa pegada a la ventana, esperando ver aparecer la ranchera de papá por la carretera del vecindario.

Nos ha pasado mil veces. Es muy común que la gente de esta zona termine pasando la noche en carreteras nevadas o colapsadas por el tráfico. Quizás, por esa razón, todo el mundo va provisto en sus coches con mantas y termos. Y hoy, que es Nochebuena, no me quiero ni imaginar cómo estarán las carreteras. Será un despropósito.

—¿Papá?

Ginnifer parece a punto de echarse a llorar. Supongo que imaginaba su primer día de casada de un modo muy diferente. Mi padre no necesita preguntar qué pasa para adivinar lo que su hija pequeña le va a decir.

—Le pediré la camioneta de Tom e iré a buscarle —dice secamente antes de calzarse las botas.

Tom es el vecino; y hemos de dar las gracias porque siempre está para emergencias. Tiene una camioneta con remolque que más de una vez nos ha salvado la vida.

—Seguro que está bien, Ginny... Intenta no preocuparte —le digo, mientras ambas vemos cómo papá sale de casa.

Pero en realidad, tengo un mal presentimiento. Algo me dice que la noche de Navidad la pasaremos las chicas solas. Y no, no quiero decir con ese comentario que a Neo y a papá les vaya a pasar nada... Solamente digo que ellos tendrán que dormir en un asiento, sin calefacción y

abrigados con unas cuantas mantas mientras nosotras tomamos ponche de huevo.

Mamá enciende la radio de la cocina y confirmamos mis sospechas: las carreteras están bloqueadas por los desprendimientos de nieve y los coches han formado hileras inamovibles. Y papá, para rematar la cabeza, va de camino al circo. ¡Genial!

Ginnifer se pega a la ventana y yo me coloco junto a ella. ¿Habrá podido despegar el avión de Drew? El pobre esperaba poder marcharse y pasar las fiestas con la familia, pero algo me dice que no olvidará la boda de su mejor amigo por muchos años que pasen. No sé qué es peor. Si pasar la noche esperando en una camioneta metido o en un aeropuerto.

—La cobertura no vuelve —me dice Ginny, desesperada, con el teléfono móvil en la mano.

—Ya sabes lo que tienen los temporales de nieve —respondo, restándole importancia—. Lo peor que puede pasar es que mañana por la mañana aparezcan por aquí con las manos moradas y muertos de hambre. Será una navidad divertida, de esas que no se olvidan.

Aunque se intenta resistir, al final mi hermana suelta una risotada.

—Espero que sin gangrenas... No quiero un marido sin extremidades.

Yo le respondo con otra carcajada aún más fuerte.

Sí, nuestro humor es un poco negro. Pero Ginnifer y yo siempre hemos sido así.

—¿Por qué no nos sentamos nosotras cuatro, ponemos villancicos y vamos cenando? —propone mamá.

—Morirnos de hambre no ayudará a que vuelvan antes a casa —señalo, propinándole un codazo juguetón a Ginny—. Venga, ánimo.

—Vale... —responde con poca convicción.

Mamá pone el equipo de música de fondo con Jingle Bells en segundo plano para intentar animarnos un poco. La tía Isy, que hoy está especialmente callada y alicaída, también hace un esfuerzo colocándose en la cabeza un gorrito de Santa Claus.

Yo, la verdad, no estoy de especial buen humor; pero aún así me esfuerzo por poner la mejor de mis sonrisas. Drew se ha marchado. Buster y yo hemos terminado nuestra relación y... Sospecho que esta será la primera de muchas navidades que pase de nuevo en Fairbanks. La idea de la nieve no me entusiasma lo más mínimo, y estar a veinte grados bajo cero aún menos, pero tengo que admitir que echaba de menos esto. A mi madre, mi hermana, a la tía Isy... Reunirnos las cuatro y no sentirme fuera de lugar, como si fuera una desconocida.

Por un instante, el salón se ve deslumbrado por unos faros amarillentos. Ginnifer salta de su asiento y sale corriendo a la puerta principal. El frío invernal se cuela en casa cuando abre de par en par, emocionada. Yo también me levanto, inquieta y esperanzada al mismo tiempo. Sí, sé que lo más probable es que Drew, a estas alturas, esté con sus padres en Nueva York. Pero dicen que lo último que uno debe perder es la esperanza, ¿no?

—¡Es papá! —grita Ginnifer desde la entrada—. Y viene solo —añade con decepción.

Nuestro padre entra en casa, se deshace de la ropa de abrigo y comienza a explicarnos que no ha podido llegar más allá de las carreteras del sur. Está todo colapsado y al ser festivo las máquinas quitanieves no están funcionando al cien por cien.

—Si se ha quedado atascado, no podrá salir de ahí hasta mañana por la mañana.

La decepción en el rostro de Ginnifer es patente, pero todos los presentes nos esforzamos por restarle importancia.

—Nadie se ha muerto por pasar la noche en un atasco —le recuerdo.

Aunque no sé si esa frase es cierta del todo. Creo que habría que echar la vista atrás en los archivos y comprobar si ha existido alguna muerte por congelación. Pero claro, eso no voy a

decírselo a mi hermana o sufrirá un ataque de nervios.

—Bueno... Vamos a tranquilizarnos, a sentarnos en la mesa y a cenar tranquilamente —dice mamá con su calma habitual—. Ponernos nerviosos no ayudará en nada.

Y tiene razón.

Por segunda vez, volvemos a sentarnos en nuestras sillas. Esta vez somos uno más. Mamá está cambiando de villancico en el equipo de música, Ginnifer parece perdida en su propio mundo y papá ha comenzado a devorar con ansia los canapés. Yo, en cambio, me vuelvo a fijar en la tía Isy. Está pálida y parece totalmente ida, a pesar de tener una sonrisa permanente grabada en los labios. Cuando la veo de esa forma, me entran ganas de echarme a llorar, porque no soy tonta y sé de sobra que de esta no saldrá adelante.

—¡Otro coche! —grita Ginnifer, saltando de la silla y echando a correr nuevamente hacia el umbral de la puerta principal.

Está vez me levanto con ella, curiosa. Incluso de lejos, puedo distinguir que se trata de la camioneta de papá.

—Te he dicho que estaría bien... —murmuro, feliz por mi hermana.

Neo aparca en el jardín de casa mientras yo me abrazo a mí misma para entrar en calor. Fuera está todo congelado y las temperaturas parecen dispuestas a bajar aún más. Mañana, con total probabilidad, necesitaremos una pala para conseguir salir de casa. Y ni con esas creo que lo logremos antes del mediodía.

El corazón se me congela en el pecho cuando veo a Neo bajarse de la camioneta; pero no está solo. Drew, que en este momento debería encontrarse con su familia, está aquí. En Fairbanks. Una sonrisa de oreja a oreja aparece en mi rostro y no puedo evitar reflejar mi felicidad. Ginnifer sale corriendo a los brazos de su marido y yo, mientras tanto, espero paciente en la puerta sin saber muy bien cómo debería comportarme.

—He recordado que no me había despedido de ti... Así que he decidido dejar el vuelo para otro día —bromea, justo antes de besarme con delicadeza la mejilla.

Yo, sonrojada, ni siquiera tengo palabras. Verle aquí es... increíble.

—No esperaba menos de un caballero como tú.

Mamá grita que cerremos la maldita puerta antes de que el frío se asiente en la casa y los cuatro obedecemos y pasamos al exterior. Cinco minutos después, los villancicos suenan más alto, las risas inundan el salón de la casa de mis padres y la mesa está completa. Es extraño, pero incluso yo misma siento que no falta absolutamente nadie por llegar.

Ha sido una cena de Navidad maravillosa.
 Más bien, diría que ha sido perfecta.

Ahora mismo, solamente quedamos Drew y yo despiertos. El resto ya se han ido retirando a sus dormitorios para acurrucarse bajo las mantas y entrar en calor. Drew y yo, en cambio, resistimos frente a la chimenea encendida, esforzándonos por mantener los ojos abiertos a pesar de la tardía hora que marca el reloj. Hace rato que me hubiese marchado a la cama si no fuera por estar con él.

—¿Te alegras de que mi vuelo se haya cancelado?

—¿Quieres que sea sincera? —me río, nerviosa.

—Claro.

En realidad, sé que sabe muy bien cuál es la respuesta. Si fuera de otra forma no estaría aquí sentada luchando contra mis propios impulsos.

—Sí, me alegro mucho.

Drew desliza su brazo por encima de mi pierna y coloca la mano sobre la rodilla de forma cariñosa. No es un acto sexual, simplemente es... un gesto de cariño.

—¿Ginnifer te dio mi número?

—Sí.

—¿Y pensabas llamarme?

Suspiro hondo.

—No —respondo secamente.

El guapo profesor me mira a los ojos sin comprender por qué. Puedo ver la confusión en su mirada castaña.

—En realidad, no lo sé. Pero mi intención era no hacerlo —le explico, para que no me malinterprete—. Te has marchado sin despedirte de mí y... Bueno, habíamos dejado claro que esto era solamente un juego; un entretenimiento. Además, creo que cuando vuelva a Nueva York mi vida seguirá siendo un caos.

—Ya veo... —responde, casi decepcionado.

—¿Te molesta?

—No, no... Creo que hubieras hecho bien en no llamarme —se ríe, dejando atrás ese gesto abatido que acabo de atisbar en su rostro—. Tienes razón, esto solamente es un juego.

Me guiña un ojo de forma cariñosa antes de acercarse más a mí.

—Feliz Navidad, Abey —susurra en mi oreja, colocando una mano en mi nuca.

—Feliz Navidad, Drew...

Y entonces me besa.

Es un beso suave, delicado y sincero. Sin darme cuenta, me voy desplazando por el sofá hasta terminar encima de él. Drew rodea mi cintura con sus manos, introduciéndolas debajo de mi bata de lana para acariciar mi piel. Desde esta posición puedo ver la escalera que baja de la primera planta, pero eso no reduce el riesgo de que papá o mamá puedan bajar a por algo de beber y pillarnos infraganti.

—¿Tienes plan para esta noche? —le pregunto con picardía.

Su sonrisa se ensancha inmediatamente.

—Nada que no pueda cancelar —bromea—. ¿Qué me ofreces?

—¿Te apetece subir a mi habitación a... dormir?

Drew suelta una risita nerviosa antes de besarme el cuello.

—Mentiré y diré que sí, aunque creo que dormir no será lo que más me apetezca.

Me levanto de su regazo mordiéndome el labio inferior y le sujeto de la mano para tirar de él y obligarle a levantarse. La casa está enterrada en un silencio total y tengo la sensación de que, el ruido más mínimo, retumbará en las paredes de cada habitación. Intento subir de puntillas, pero a pesar de estar descalza y de ser delicada la madera cruje con fuerza bajo mis pies.

Entramos en mi dormitorio y cerramos la puerta detrás de nosotros. Enciendo la pequeña lámpara de la mesilla, que es capaz de iluminar lo suficiente como para crear un ambiente tenue. Drew me mira con los ojos repletos de deseo y, sin perder más el tiempo, se acerca a mí para arrancarme la ropa. Me río tontamente, preguntándole si no íbamos a dormir... Y él me responde con un gruñido cargado de erotismo. Unos minutos más tarde, ambos estamos completamente desnudos en mi cama. Aunque la chimenea continúa encendida abajo, aquí hace frío. Nos metemos debajo de las mantas con una risita nerviosa y nos besamos con pasión, como dos adolescentes primerizos. Drew me destapa, quejándose porque sino no consigue verme bien.

—Me voy a morir de frío —me quejo, dibujando unos pucheritos demasiado infantiles.

—Ahora te hago entrar en calor...

Y solamente con escuchar esa frase abandonando su garganta, me atempero. Drew desliza su dedo índice por mis labios y desciende suavemente hasta mi clavícula. Después, muy despacio, continúa bajando, deslizándolo entre mis pechos hasta llegar a mi ombligo y perderse a la altura de mi pubis. Arqueo la espalda y sin poder contenerme me giro hacia él y le beso en los labios. Nuestras lenguas se pierden en un baile húmedo y frenético mientras su mano, ahora curiosa, comienza a inspeccionar mi sensualidad. Yo decido hacer lo mismo e igualar las papeletas. Sujeto su miembro por la base y comienzo a moverlo suavemente, de arriba abajo. Él introduce un dedo en mi interior y comienza a entrar y salir con fuerza sin dejar de besarme. De comerme. Yo hago lo mismo, apretando el ritmo, hasta que ya no puede más. Se tumba sobre mí, colocando sus manos entre mi cabeza y mirándome muy fijamente. Yo no me muevo; simplemente me quedo dónde estoy esperándole. Drew se clava muy lentamente en mi interior y yo ahogo un grito de placer para no despertar a mis familiares. Todo da vueltas a mi alrededor. Me penetra suavemente y poco a poco va aumentando el ritmo. En ese instante, me doy cuenta de que nunca jamás nadie me había hecho el amor de esa forma; mirándome tan fijamente a los ojos. Y digo hacer el amor, porque puedo sentir en mi interior que esto ha dejado de ser un simple juego sexual para convertirse en algo más.

—Drew... —murmuro, excitada, aunque no me atrevo a decirle nada más.

Él aprieta el ritmo, justo antes de besarme los labios y yo arqueo las caderas para recibirle e intensificar el placer que ambos sentimos. Jadeo y gimo, mezclando mi respiración y mi saliva con la suya hasta que las embestidas se vuelven tan fuertes que ambos alcanzamos el clímax simultáneamente.

Drew se hecha a un lado para no aplastarme y rodea mi cuerpo desnudo con su brazo. Yo, en silencio, me acurruco junto a él mientras rezo internamente porque no se marche demasiado pronto. Necesito calor humano.

—Abey... —susurra en voz baja mientras juega con mi cabello suelto.

—Dime.

El corazón me palpita con rapidez.

—¿Te importa si hoy duermo aquí?

Él no puede verme, así que nada más escuchar eso sonrío.

—No, no me importa —respondo, feliz.

Cuando éramos unas crías, Ginnifer y yo solíamos pasarnos la noche en vela esperando a Santa Claus despiertas. Sospecho que mis padres eran más listos que nosotras y ponían los regalos a primera hora de la mañana, cuando mi hermana y yo ya habíamos caído rendidas. El día de Navidad no solíamos dormir más de cuatro horas, pero supongo que la emoción nos impedía caer rendidas hasta bien entrada la noche.

Esta vez, el día de Navidad es un poco diferente. Cuando abro los ojos por primera vez, me encuentro con el guapo profesor de educación infantil tumbado junto a mí. Ambos estamos desnudos, abrazados bajo las gruesas mantas de mi pequeña cama de la adolescencia. Sé muy bien que debería sentirme horriblemente mal por lo que está pasando entre nosotros, pero en contra de lo previsto, me siento feliz.

—Drew... —susurro, acariciándole la espalda—. Deberíamos bajar a desayunar, es bastante tarde.

Ni siquiera sé a qué hora nos quedamos dormidos ayer, pero me siento pletórica y plena. Como si hubiera descansado muchísimas horas.

—Claro, Abey...

Y nada más abrir los ojos, sonrío. Una sonrisa de oreja a oreja que me parece lo más sincero que he visto en mucho, muchísimo tiempo.

Abandono el calor de la cama y me apresuro a ponerme ropa interior, unos jeans y un jersey grueso que me proteja del frío de la casa. Supongo que la planta baja será más habitable, pero hoy el entorno acompaña la fecha señalada en el calendario.

—Iré a vestirme, te veo abajo —me dice, justo antes de besarme discretamente en los labios.

Y con ese beso, la sonrisa brota sola en mis labios.

Bajo a desayunar con los pies cubiertos por unos calcetines muy gorditos, de lana, que la tía Isy tejió para mí hace unos cuantos años, cuando yo todavía vivía en Fairbanks sin intenciones de abandonar mi hogar. Nada más llegar a las escaleras, huelo el chocolate caliente de mamá y el estómago me ruge de hambre.

—Abey... —susurra Ginnifer, cogiéndome del brazo en el segundo escalón—. Tengo que hablar contigo.

No sé qué diablos le pasa a mi hermana, pero conozco ese tono de voz y cuando lo pone no es por nada bueno.

—Ahora no, Ginny, por favor... —suplico con un puchero infantil.

Estoy de buen humor y por primera vez en mucho tiempo no me siento una desgraciada sin futuro. No quiero hablar de nada serio en estos momentos.

—Sé que has dormido con Drew —me suelta—. La puerta de su habitación se quedó abierta... Así que...

Me zafó de sus manos y le dedico un guiño de ojo.

—Luego me echas la bronca, hermanita... Ahora mismo no me apetece escuchar reprimendas.

—¡Abey, espera! —exclama, esforzándose por detenerme.

Yo me giro, dispuesta a perderme escaleras abajo, cuando le veo. El tiempo se paraliza y tengo la sensación de que voy a desmayarme aquí mismo. No puede ser. ¿Qué diablos hace... él aquí?

—Buster...

Es lo único que acierto a decir, porque aún estoy en shock.

—¿Qué pasa? —la voz de Drew a nuestra espalda hace que mi cabeza sufra un electroshock y esté a punto de perder el conocimiento aquí mismo, pero consigo mantener la compostura y pensar con claridad.

—Nada bueno... —escucho susurrar a Ginny detrás de mí.

Yo bajo las escaleras.

Me tiemblan las piernas, pero consigo disimular el pánico lo mejor que soy capaz.

—Abey... yo...

—Hablemos en privado —le corto, porque sé muy bien que tengo dos pares de ojos clavados en nosotros.

Le señalo el salón y espero a que él pase para entrar después. Cierro la puerta casi de un portazo, y cruzando los brazos en jarras, espero una explicación. Pero Buster no dice nada, absolutamente nada.

—¿Qué haces aquí?

—Después de hablar contigo por teléfono... —comienza, justo antes de suspirar profundamente—. Pensé que lo mejor era venir y hablar las cosas en persona. No quería ninguna malinterpretación de los hechos.

No puedo evitar una sonrisa irónica al escuchar eso. ¿Malinterpretación de los hechos? ¿Qué diablos se puede malinterpretar?

Buster se queda mirando muy fijamente mis pies.

—¿Y tus zapatillas?

Decido ignorar esa pregunta porque nada más escucharla la sangre comienza a hervirme en las venas.

—¿Qué es, exactamente, lo que no querías que malinterpretase, Buster? ¿Qué me has sido infiel? ¿Qué me has dejado por otra?

Él sacude la cabeza.

—Te aseguro que lo mío con Georgina se ha acabado —responde, confirmando cualquier sospecha que pudiera tener—. He venido hasta aquí para demostrarte que quiero estar contigo.

El corazón se me encoge en el pecho mientras le escucho decir eso. Una parte de mí siente náuseas y ganas de abofetearle, mientras que otra parte desea saltar a sus brazos y perdonarle lo más rápido posible. Pero... Pero no necesito pensármelo demasiado para comprender que, la única razón por la que deseo perdonarle, es para poder regresar a mi zona de confort. Sí, ya no le quiero. En el fondo, hace mucho que dejé de quererle como antes. Y aunque yo no era consciente, lo único que me aterraba de esta ruptura era el hecho de perder esa famosa zona de confort de la que tanto me ha hablado Drew.

—No quiero saber nada más de ti, Buster —le digo con la voz muy seria, evitando que pueda detectar en mí cualquier duda posible—. Lo nuestro se terminó el día que saliste por la puerta de casa para irte con ella.

—No sabes lo que...

—No voy a echarte de la casa de mis padres, pero te agradecería que te marchases tú mismo

sin necesidad de escándalos.

Escuchar esas palabras salir de mi garganta me resulta extraño. Quizás porque no me creía capaz de sacar esa valentía de mi interior.

—No sabes lo que estás diciendo, Abey —me dice con el tono de voz cargado de repugnancia.

—Sí, el problema es que sí que lo sé.

Le doy la espalda porque temo poder echarme a llorar en cualquier momento y salgo del salón con paso acelerado. Corro escaleras arriba, agradeciendo que Drew y Ginnifer ya no estén ahí plantados expectantes y que Buster no se esfuerce por perseguirme innecesariamente. Cuando me encierro en mi habitación y me quedo a solas, me echo en la cama dispuesta a sacar todo el remolino de emociones que tengo dentro. Pero las lágrimas no me salen y... y las sábanas huelen a él. A Drew.

La puerta de mi habitación se abre. No es Buster, ni Ginny. Es él...

—¿Ha ido mal? —inquire.

Se ha vestido con un pijama de invierno, de esos gorditos navideños que parecen tan gustosos. Es la primera vez que le veo con un look tan casero y..., me encanta. No sé en qué momento he pasado a verle de esta forma y sentirme de este modo, pero solamente sé que ahora mismo no puedo evitar mis sentimientos.

—No, ha ido como tenía que ir —respondo, haciéndole sitio en mi cama—. Le he pedido que se marche cuanto antes.

—¿Por qué? —inquire con curiosidad—. Creí que estabas deseando recuperarle...

—Yo también lo pensaba, pero resulta que no.

Tengo la sensación de que el corazón va a estallarme dentro del pecho. Me palpita con tanta fuerza que creo que, en cualquier instante, sufriré un paro cardíaco aquí mismo.

—¿Y por qué no?

Dudo si responder la verdad o no, pero al final decido que, si algo me ha enseñado Drew, es que en la vida uno tiene que ser valiente para conseguir lo que se propone.

—Resulta que el juego se me ha ido de las manos.

Me quedo observándole para analizar su reacción. Él se muerde el labio inferior, muy serio, y sacude la cabeza de lado a lado.

—No sabes cuánto me alegro de escuchar eso, Abey...

Y si decir nada más, me besa.

No sé si pasaré a ser una de esas chicas que Drew va coleccionado en su listado de “ligues que no llegan a nada” o si, dentro de unos años, me convertiré en la madre de sus hijos. No sé si las navidades que viene los dos estaremos en Fairbanks y tampoco sé si la tía Isy estará aquí para vernos... La verdad es que, ahora mismo, mi futuro es una incertidumbre.

Pero nada de eso me preocupa porque hoy tengo un beso. Un beso eterno y sincero que, a veinticinco de diciembre, se me antoja el mejor regalo de Navidad.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofia

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa

Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector

Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magena

Denahi

Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

Lo que no esperaba

El libro de Joe Byers

El corazón de Joe Byers

Con cariño, para Sailor's Rest

Te había soñado

El viaje no soñado

¿Tú?

